



Universidad de Chile  
Instituto de la Comunicación e Imagen  
Escuela de Periodismo

## **Desde la Hilacha**

Relatos de mujeres obreras en la industria de la confección

Memoria para optar al título de periodista

Rosanna Monserrat Sánchez Morales

Profesora guía:  
Ximena Póo Figueroa  
Santiago de Chile  
2015

## **Agradecimientos**

En primer lugar quiero agradecer a todas las maravillosas mujeres que me abrieron las puertas de su casa y su corazón, más aún a aquellas que por diversas razones no pude incluir en mi trabajo. Conversar con ustedes fue un deleite y un privilegio que jamás olvidaré.

También a mi padre que con paciencia me ha soportado durante todos estos años y cuya dulzura y alegría de vivir hacen de mi universo un lugar mejor. Gracias a él puedo felizmente afirmar que conozco el verdadero significado de la palabra amor.

Gracias a Eduardo por ser mi eterno salvavidas y hacerme sonreír. A los verdaderos amigos que siempre han estado ahí y que desearía nombrar individualmente aunque se viera estéticamente mal. Y a Ximena Poo por recibirme con alegría en su oficina incluso cuando las entregas tardaban infinitamente.

A mi familia, no completa sino a la que cuenta e importa, y por supuesto a mi increíble abuela que inspiró este trabajo y tantas otras cosas.

A todos, gracias.

## Índice

Agradecimientos.....	2
Prólogo.....	5
<b>I FLOR</b>	<b>8</b>
1.1 Prefiero el 2.....	9
1.2 Techo de estrellas.....	13
1.3 Mi problema.....	15
1.4 El <i>chiche</i> .....	18
1.5 Soy sola.....	21
1.6 Vamos de a uno.....	24
1.7 Política de puertas abiertas.....	26
1.8 La que fue mi casa.....	30
1.9 Saco de ilusiones.....	34
<b>II QUENA</b>	<b>39</b>
2.1 Los del conventillo.....	40
2.2 Así de chanchos.....	43
2.3 Corazón de completo.....	45
2.4 Filas y filas.....	49
2.5 El mundo es de los chinos.....	51
2.6 Mejor no ser.....	54
2.7 El maldito.....	55
2.8 ¡Al menos un último cigarro!.....	58
2.9 Turista internacional.....	61
<b>III NENA</b>	<b>63</b>
3.1 Ya, ¿y qué quiere que le cuente?.....	65
3.1 No sé.....	67
3.3 Marcada a fuego.....	69
3.4 Partir por el principio.....	72
3.5 Mi vestido rojo.....	73
3.6 El precio real.....	76
3.7 Onceavo piso.....	79
3.8 Una oportunidad.....	81
3.9 A grito pelado.....	85

<b>IV</b>	<b>MIRIAM</b>	88
4.1	Al norte.....	89
4.2	Sin delantal.....	91
4.3	La <i>Carmela</i> se va.....	93
4.4	El pequeño drama de la enceradora.....	95
4.5	No le paro a la vieja.....	97
4.6	Sin anestesia.....	101
4.7	Intento 1., 2., 3.....	104
4.8	¿A dónde vas?.....	108
4.9	¡Todos con todos!.....	111
4.10	Dignidad al 50%.....	116
4.11	En medio no.....	118
4.12	Esto si es lo último.....	121
<b>IV</b>	<b>CATALINA</b>	125
5.1	Escuela.....	125
5.2	Golpes en la puerta.....	126
5.3	Calcetines de niña.....	130
5.4	Él no tiene culpa.....	131
5.5	¡Echo la puerta abajo!.....	134
5.6	Siempre habrá alguien.....	137
5.7	No sin él.....	139
5.8	Lo único que faltaba.....	142
5.9	Par de triunfos.....	144
5.10	¿Habré sido?.....	146
5.11	Me harté.....	148
5.12	Grano de arena.....	152
5.13	De una vez por todas.....	155
5.14	No más.....	158
	Epílogo.....	162
	Entrevistas Propias.....	166
	Bibliografía.....	166

## Prólogo

Desde la hilacha, es fruto de las muchas preguntas sin respuesta que atiborraban mi mente colegial cada vez que tocaba clase de historia; ¿Qué hacían las mujeres mientras los rebeldes se tomaban la Bastilla? ¿Habrán participado en los descubrimientos matemáticos mayas? ¿Es acaso posible que durante toda la historia humana la mitad de la población se haya dedicado exclusivamente a guardar silencio?

“Señorita Sánchez usted tiene que entender que antes las mujeres no eran consideradas un segmento importante de la sociedad, ¿cómo entonces iban a participar en los eventos registrados en los libros de historia?”, respondían los profesores todos los años. Sin embargo el argumento seguía sin convencerme ya que si algo me habían enseñado las teleseries venezolanas, era que una mujer astuta podía llegar muy lejos.

Es que en realidad para ser parte de un evento no es necesario estar en primera fila. Esposas, hermanas, madres y amantes, pese a no tener un rol público destacado, sí podrían haber influido directa o indirectamente en las decisiones de sus cercanos masculinos. Más aún ¿quién dice que no eran ellas las de las ideas y los célebres personajes históricos sólo sus marionetas? Podría ser... las películas dicen que en Roma siempre pasaba.

Conocidos son los casos de escritoras que usaban seudónimos masculinos para ser publicadas, seguro más de alguna científica en la antigüedad también los usó. O tal vez algunas fueron robadas de sus descubrimientos y sin pruebas ni forma de hacer justicia, el asunto quedó en el olvido.

¡Todo es posible! Gritaba mi mente de niña frente a los repetidos portazos de profesores y autoridades que insistían en que “poner control a la imaginación era necesario”. Años después y estando casi al borde del convencimiento, las historias de mi abuela me dieron esperanza. Ella había participado activamente en muchas cosas que aparecían en los libros y no era la única, todo un rubro industrial casi en su totalidad

compuesto por mujeres la acompañaba, esto por supuesto no salía en los textos y ahí estaba mi respuesta.

Flor, *Quena*, *Nena*, Miriam y Catalina, mi abuela, son sólo algunas representantes de ese sector nacional femenino que utilizando desde la protesta pública hasta la más íntima rebelión personal, lograron forjar los cambios políticos, económicos y sociales en cuyos frutos inicia el siglo XXI.

Más de 10 años escuchando sus relatos, siempre nocturnos y acompañados de un buen pisco, cambiaron mi visión de mundo y perspectiva de género. Recoger sus historias y compartirlas, es tanto un deber como un acto de reconocimiento a la labor de éstas y tantas otras heroínas anónimas que yacen escondidas entre las páginas de los libros.

Para lograr mi cometido visité los hogares de cada una y las entrevisté de forma libre con tal de emular las conversaciones espontáneas que hemos sostenido tantas veces. Por ello cada perfil de vida es distinto y fruto de las circunstancias del momento que escogí transparentar, en concordancia con la minimización de filtros que rige el texto en su totalidad.

Hoy no me es difícil imaginar a una mujer encabezando los descubrimientos en algún templo Maya, y mucho de ello es gracias a las historias a continuación. Quién sabe, tal vez incluso llegue el día en que las palomas chilenas de nuestras grandes ciudades tengan una estatua femenina donde descansar.

*La vida es un tango y el que no la baila es un tonto*  
–Refrán español

## Flor

La tía Flor es la primera de las chiquillas con la que me voy a reunir, su casa queda en Pudahuel y tengo cita para almorzar. Para ser honesta me siento un poco nerviosa... Mi abuela viene conmigo en respuesta a los reiterados ruegos de la tía para que vaya a su casa, pero el hecho de que se queje todo el camino por tener que ir en micro, no hace mi día más fácil.

Mirando por la ventana de la 107, caigo en consideración de que es la primera vez que hago este viaje de día. A las una de la tarde los barrios me parecen irreconocibles; estrechos y lúgubres pasajes ahora parecen acogedores, la ferias libres llenan las calles de color y hay hasta niños jugando en la calle. Es increíble cómo un poco de luz puede cambiar tanto la perspectiva de las cosas.

Como siempre, desde que ponemos un pie en su casa, pequeña y acogedora como ella, la tía nos recibe con la más cálida de las bienvenidas. Hay excitantes noticias ya que su hija menor, *Pepa*, tiene tres meses de embarazo. “¡Siempre he querido ser abuela!”, exclama con los brazos alzados. Se ve incluso más feliz que la futura madre, lo que no es de extrañar ya que la alegría suele ser su reacción inmediata a casi todos los acontecimientos.

Siempre con una sonrisa en los labios y amabilidad para todo el mundo, parece el ejemplo de positivismo. Pero tal y como suele suceder en este tipo de personas, su corazón alberga grandes dolores, los que más de alguna vez la han sumido en profundas depresiones o crisis angustiosas. “A mí la depresión me empezó cuando todo estaba bien, cuando ya la vida se había calmado y no había que hacer nada. La sicóloga dijo que era porque tenía tiempo para pensar y sentir las cosas que me habían pasado. La cosa es que de repente *cagué* no más”, reveló.

Su familia, consciente de sus problemas, se preocupa mucho por el modo en que le puedan afectar las cosas. Hace dos años, cuando a su hermana Elena le diagnosticaron

cáncer de mama uno de los primeros comentarios fue, “cuando la *Chica* se entere se nos muere”. Lo mismo sucedió un año después cuando a su hijo mayor, Fabián, también le diagnosticaron cáncer. “Mamá tú no puedes enfermarte –le dijo– tienes que estar tranquila para que yo pueda mejorarme”. Pero tal y como siempre que hay problemas, ella se mantuvo firme e incluso superó uno de sus mayores miedos.

Durante el tiempo en que Fabián era sometido a quimioterapia vivía con su pareja en un piso 16. Entre las muchas *trabas* de la tía está el miedo a las alturas y a los espacios cerrados, lo que le imposibilita subir a lugares muy altos o tomar ascensores para llegar a ellos. La situación era catastrófica y se llegó a pensar que no iría a visitarlo, pero tal como pasa en las teleseries colombianas, superó todo obstáculo para llegar a su hijo, lo que en su momento implicó subir los 16 pisos a pie. E incluso en los peores momentos tuvo tiempo para reírse de lo hermosas que le estaban quedando las piernas y autocantarse “Rica y apretadita” de El General.

Según mi abuela, la tía es del tipo de mujer a la que “le gusta *revolverla*”. Sociable y con la risa contagiosa, usualmente se convierte en el centro de atención de toda reunión. Su baja estatura no hace más que realzar la potencia de su presencia que llena todos los espacios. Puedo decir honestamente que podría conquistar a quien quisiera, pero un desamor de hace más de 20 años la hizo decidir por la soledad. “¿Para qué quiero viejos hediondos yo?”, le encanta exclamar.

## **Prefiero el 2**

Al terminar de almorzar recogemos los platos y nos volvemos a sentar. Toda nuestra conversación es como una extensa sobremesa. Mi abuela y la *Pepita* se van a sentar al sillón y ven televisión a dos pasos de nosotras. El ambiente es festivo y relajado como típica tarde de sábado.

–¿Dónde y cuándo nació?

–Parece que nací en el San Borja, pero no estoy segura...

–¡En una carpa de circo! Exclama *Pepa* desde el sillón, mi abuela se dobla en sí misma mientras ríe.

La tía Flor nació el 27 de julio de 1957 en un lugar que bien podría ser el Hospital San Borja o cualquier otro. Su verdadero día de nacimiento fue descubierto hace pocos años, cuando la tecnologización del Registro Civil demostró que la fecha inscrita a su nombre era falsa, no había ninguna Flor nacida el 2 de agosto. Para poder renovar su carnet de identidad, tuvo que investigar por sí misma los registros hechos a mano de cientos de nacimientos hasta encontrarse. Y pese a que hoy su carnet dice 27 de julio, su cumpleaños se celebra y se celebrará el 2 de agosto.

La confusión sobre su fecha no es nada comparado con lo que tuvieron que pasar sus otros hermanos para obtener carnet, la mayoría de ellos no estaba ni siquiera inscrito por nombre. En realidad todo lo relacionado con los inicios de la familia es un perfecto caos. Para simplificar el asunto hay que explicar lo básico, la madre de todos, María, tuvo 8 hijos, de dos padres distintos. De su primer esposo, Juan, hubo dos hijas, Carmen y Flor. La primogénita fue criada por su abuela materna así que nadie la conoce mucho. Luego vino otra pareja, Esteban, con la que tuvo 6 hijos, 2 varones y 4 niñas, una de las cuales murió a temprana edad.

Cuando la tía Flor llegó al mundo, María y Juan ya vivían en la calle y no contaban con redes de apoyo. María sufría de un retraso mental marcado y en la adolescencia había huido de casa debido al acoso de su padrastro. Juan era zapatero y había quedado huérfano a temprana edad. Ella era analfabeta y él apenas ganaba para comer. “Mi papá era culto y bueno, había aprendido a leer solo y le gustaba la política y la música clásica. Todo lo que hizo lo hizo por nosotros”.

–¿A qué se refiere con lo que hizo?

–Cuando yo tenía un año las cosas estaban mal entonces en la desesperación robó un par de hormas de zapatos. Su jefe lo acusó a los *pacos* y se lo llevaron preso. Yo sé que es imposible pero me acuerdo de todo... recuerdo estar en los brazos de mi mamá y quedarnos solas en la noche.

El arresto fue en pleno invierno y una vez que se fueron todos, María se sentó en la misma esquina de la detención sin otro plan que pasar la noche allí. Eran las una de la mañana cuando un hombre que se paseaba de un lado a otro se acercó y preguntó, “¿usted se piensa quedar aquí?” y ella con actitud infantil respondió que sí. “¡Cómo se le ocurre quedarse en la calle con esa guagua en los brazos! Venga conmigo será mejor”, dijo el extraño, y María sin dudar se subió al auto.

Afortunadamente el hombre resultó ser detective y las llevó al Hogar de Cristo. Ella recuerda claramente que la enorme puerta de fierro se encontraba cerrada al llegar. “Entonces el *gallo* tocó la puerta y se abrió una ventanita chiquita, ‘está cerrado’, dijeron. Él sin decir nada mostró su credencial por el hoyito y nos abrieron *altiro* ¡así como en las películas!”.

Sin tener donde ir, María se quedó un tiempo en el Hogar y pronto conoció a Esteban, quien venía de una familia adinerada y alguna vez había sido secretario del Padre Hurtado. Al parecer su relación debía ser algo pasajero pero al poco tiempo ya estaba embarazada de su tercera hija Elena. “Apenas se vieron él dijo ‘yo a esta *rucia* me la voy a comer’ y como ella también era *liviana de casquillos*... pasó lo que pasó. Lo malo es que mi mamá después no lo soltó más”.

Dos meses después María regresó a la calle pero esta vez con Esteban para velar por su familia. Él trabajaba pero no tenía mucho contacto con sus padres ni tampoco herencia ¿Se la habría gastado ya?, por lo que de todas formas eran bastante pobres. “Mi mamá era tan *cara de raja* que iba a visitar a mi papá a la cárcel ¡embarazada de la *Nena!*”, me cuenta la tía riendo.

Una vez que Juan salió de la cárcel iba continuamente a ver a María y hasta a veces se quedaba en casa junto a Esteban, formando un extraño grupo familiar. “Ella tenía un don para controlar hombres, les pegaba o lo que fuera, pero hacían lo que decía. Era Doña María y sus dos maridos”.

–¿Cómo sabe entonces que los hijos que vinieron después no son de Juan?

–¡Ahhh! Esa es una buena pregunta –parece contenta, como si recién se diera cuenta de que en verdad le estoy poniendo atención. Lo que pasa es que mi papá antes de ir preso tuvo un accidente, una de las piedras con las que limaba los zapatos se rompió y le pegó en la cabeza, casi se murió porque le partió el hueso. Mi teoría es que después de eso quedó impotente porque yo nunca los vi teniendo relaciones. Por eso estoy casi segura de que todos los demás hijos son de Esteban.

El precario equilibrio entre los 3 adultos alcohólicos que constituían la familia, se basaba en que Juan cuidaba a los hijos, Esteban conseguía dinero y María era obedecida a toda costa. Cuando cualquiera de las partes fallaba, las explosiones de violencia casi siempre terminaban en los niños.

“Mi papá a veces se escondía detrás de mí para que no le pegaran y yo también detrás de él, era como vuelta y vuelta. Me acuerdo que una vez se me ocurrió meterme debajo de la cama para que no me agarraran, pero mi mamá empezó a pincharme con un palo para que saliera, dolía más así que mejor salí para que me pegara normal”.

Si bien su madre la golpeaba como a todos los que se cruzaban en su camino, su padrastro tenía una fijación odiosa con ella. Siendo la única niña de la casa sin parentesco con él, la resentía sin tapujos, peor aún si estaba ebrio o disgustado. “¡Tú, *huacha* de mierda que te vienes a comer la comida de mis hijos!”, era la frase con la que empezaban las peores palizas. Su única salida era tratar de esconderse debajo de la mesa y ser invisible. A veces resultaba y a veces no.

## Techo de estrellas

–¿Quieren helado? Ya viene siendo la hora del postre –pregunta la tía.

Antes de que alcance a responder, mi abuela que casi dormitaba en el sillón, se levanta a una velocidad imposible en una mujer de 74 años y dice con los ojos brillantes “¿Tienes helado Florcita? Qué rico, qué rico ¿De qué es? ¿De esos que me gustan a mí?”

–Mora crema, viejita.

–¡Comamos!

Con el helado servido en pocillos pensados para mujeres golosas, seguimos nuestra conversación.

“Ahora inventaron una forma elegante de llamarnos... ¿cómo es? Ahh, personas en situación de calle, ¡suena hasta bonito! En ese tiempo éramos pordioseros así a secas o *los de la calle*, invisibles para todo el mundo. Ahora pienso ¿cómo nos veíamos en ese tiempo? Siempre sucios, así con los mocos colgando, los cachetes rojos de frío y la ropa... que eran colgajos que ahora no usaría ni para lavar el baño. Más encima ¡llenos de piojos! Y yo que era alérgica a todo, parecía que los chinches me seguían... toda mi piel era una masa de cototos y costras rojas. Con razón nadie quería vernos...”

–¿Y cómo era su mamá?

–Mi mamá siempre fue vieja, cuando me tuvo con suerte debió tener 20 años pero ya estaba acabada. Tenía problemas en el estómago entonces siempre estaba hinchada como embarazada y más encima tenía ¡un solo diente! No sé si tú sabes pero cuándo uno tiene muy pocos dientes, el espacio de sobra hace que crezcan y se hagan enormes. Así que mi mamá tenía un solo diente gigante que no sé si le servía de algo al final –Pensar en el diente la hace reír a carcajadas ¿O será al ver mi cara de incredulidad?–.

Pese a todo, la tía se recuerda como una niña feliz. Sin conocer otro modo de vida, encontraba en plena miseria un mundo de maravillas infantiles. Piedras o botellas eran juguetes y dormir en los árboles del parque O'Higgins parecía una aventura. Más aún tenía en su hermana Elena una verdadera amiga con quien compartir sus fantasías.

“*Nena* tenemos suerte –le decía abrazándola en la noche– nosotras no somos como los demás, podemos dormir mirando las estrellas”. Frase sorprendente en una niña de 5 años, digna de película y probablemente salida de una. Ya que durante su temprana infancia, la única fuente de conocimiento e imaginación eran las producciones de *charros* y de *Cantinflas*, que su mamá perseguía en los cines de barrio como un vicio más.

Donde fuera que estuvieran, María localizaba algún cine y se amigaba con los acomodadores a punta de panes con queso en los que gastaba todo lo que tenía, para que la dejaran entrar con todos sus hijos. Así pasaban tardes enteras viendo las mismas películas una y otra vez.

Tanta era su obsesión que los personajes se apoderaban de ella. “De repente estábamos en algo nada que ver y ella gritaba ‘¡Noooooo!’ o repetía algún diálogo de una película que hubiéramos visto. Cuando alguno le gustaba mucho podía pasar semanas siendo esa persona, hablando igual y teniendo conversaciones imaginarias con el resto de los personajes. Ver películas y después *tele* era lo único que la hacía realmente feliz”.

Los días pasaban lentos entre películas repetidas y caminatas por el centro en búsqueda de comida o limosna que nunca eran para ella. “¿Les ha tocado que están en un restaurant y se acercan niños a pedir? –suele preguntar a sus conocidos–. Ya, ustedes nunca tienen que darles y que se vayan, les garantizo que los papás están cerca esperando para quitarles las cosas. Lo que hay que hacer es convidarles pero con la condición de que tienen que servirse todo ahí mismo, así te aseguras de que son ellos los que comen”.

En 1963 la familia se asentó en un campamento en General Velázquez con la Alameda cuando, la hoy concurrida esquina, no era más que un barrio pobre al lado de un *peladero*. Su vivienda “que no era casa sino choza, porque no era más de tres cartones parados llenos de hoyos”, fue uno de los lugares donde el grupo pernoctó por más tiempo.

En el barrio había gente con mejor situación económica que podía contratar niños para hacer labores pequeñas, por lo que María aprovechó de enviar a su hija de 6 años a ganar dinero para la familia. Así la tía comenzó su vida laboral cuidando niños, algunos mayores que ella, y haciendo aseo. “La verdad es que trataban *como el ajo* pero yo me quedaba por el plato de comida con el que a veces me pagaban”.

Al año siguiente, una de las familias con las que trabajaba reunió dinero suficiente junto a otros parientes para comprar una casa en La Pampilla. Su madre vio la mudanza como oportunidad, averiguó la nueva dirección y un día cualquiera fue a dejar a su hija mayor allá como empleada de tiempo completo.

### **Mi problema**

“Esa fue la vez que más lloré, no entendía por qué me habían dejado tirada allá. Fue todo tan repentino que ni siquiera le pude decir *chao* a la *Nena*”.

La *Pepa* ya subió a su habitación en el segundo piso y mi abuela duerme profundamente en el sillón. No hay nada en la mesa excepto los pocillos vacíos de helado. La tía habla con soltura, mirada firme y ni una pizca de tristeza, como si me contara la historia de un desconocido. Supongo que ya nada de esto duele... aunque haber escogido el término “tirada” no puede ser azaroso.

—¿Y nunca más volvió a ver a su familia?

–Si igual después me iban a visitar y a pedir cosas pero no podía volver con ellos, ya era de la otra casa para siempre.

El trato inicial fue que trabajaría para Raquel, la mujer que la contrató originalmente en el campamento, pero la familia tenía muchos parientes y todos terminarían turnándose para utilizar sus servicios. En un principio sus labores continuaban limitadas a aseo y cuidar niños, pero pronto debió aprender también a cocinar.

“Era tan chica que me ponían un banquillo para llegar a la cocina y me dejaban con la radio Cronos. Entonces me decían ‘cuando digan que son la una y media tú apagas la olla’, y todo era así por hora para que me resultara. Lo mejor del asunto era que yo también podía comer de lo que hacía y me alimentaban mejor. Además me bañaba regularmente, tenía sábanas, ropa y todas las cosas normales. En esa casa incluso aprendí a leer”.

Como cuidaba a los niños, uno de sus deberes era asegurarse de que hicieran las tareas, por lo que se sentaba a su lado mientras practicaban las letras y números. Mirándolos silenciosamente, y pese a que nunca tuvo un libro en sus manos, ella también aprendió. Con el tiempo dejó de encerrarse a llorar sentada en el cajón que usaban de baño y se dio cuenta de que pasaba menos penurias donde estaba.

“Después se me abrió la mente y *caché* que estaba mejor ahí. Igual me trataban mal porque pasaba con distintas personas y era como lo último de la casa, pero por lo menos no pasaba hambre y me pegaban poco. Además que prácticamente crecí con los niños de la casa y me fui encariñando con la familia, si el único problema era el mismo de siempre...”

–¿Qué problema?

–Los viejos que siempre se me *tiraban*... Primero mi padrastro y después el marido de la señora Raquel, la *huevá* es que siempre había alguien ahí molestando...

Con Esteban era demasiado pequeña para darse cuenta, su única forma de enterarse de que algo estaba mal era cuando su madre la golpeaba gritando, “¡¡te voy a acusar a tu papá de que me quieres quitar a mi hombre!!”. Aparentemente mientras dormía, él se le acercaba e intentaba abusarla pero ella nunca despertó ni sintió nada raro. Quizás de alguna extraña manera, los celos enfermizos de su madre la protegieron antes de que pudiera pasar algo.

Sin embargo, a los 9 años su situación era bastante más desesperada y nadie podía ayudarla. Todos los días esperaba despierta hasta la madrugada, escuchar los pasos de Claudio en el pasillo, que sin falta se metía en su habitación para tocarla durante la noche. Ninguna diferencia hacía que en la misma cama durmiera su hija menor de la misma edad que ella. Sin gritar para no despertar a su amiga, ella se retorció, arañaba y mordía, en un intento inútil de zafarse. ¿Se habrá dado cuenta de todas formas? Nadie sabe.

Peor era cuando todos salían y quedaban solos, él decidido a violarla y ella corriendo por toda la casa sin tener donde huir. “¡Le voy a contar a la señora Raquel, le voy a decir todo, espérese no más!”, amenazaba tratando de aparentar furia y decisión; sentencia que por cierto jamás cumplió.

–¿Por qué no acusó?

–Tenía miedo de que no me creyeran y me echaran, ya no tenía familia adonde ir y no quería volver a la calle sola. Además nunca lo logró... ni ese viejo ni ninguno de los que vino después. No me preguntes cómo, simplemente no pasó. Por eso yo creo en Dios y en los ángeles... aunque las cosas estén mal siempre hay alguien velando por uno. Yo podría haber terminado de prostituta viviendo en la calle y aquí estoy en mi casa, si eso no demuestra que hay alguien ahí no sé qué más.

–¿Y cómo pasó? ¿Quién le enseñó a coser?

–Es que yo debí ser costurera en la otra vida y después el oficio me encontró de nuevo no más.

Desde que tiene uso de razón la tía cose, sus primeros diseños eran vestidos para su hermana *Nena* hechos con géneros que encontraba tirados por allí. Sin nadie que le enseñara incluso se las arreglaba para hacer prendas complicadas como faldas plisadas o vestidos con corte princesa. Por ello se cree que sus talentos tienen algo residual de vidas pasadas.

### **El *chiche***

El acercamiento a su oficio continuó junto a Raquel, quien tenía una máquina de coser antigua para hacer ropa a los niños de la casa. Sentada a su lado obtuvo sus primeras nociones de cómo funcionaba la máquina casera. Más tarde y como era común en sus labores, fue enviada a San Joaquín a la casa de un tía abuela de la familia para servir por unos meses. La señora no tenía hijos propios y su esposo era frío por lo que rápidamente se encariñó con ella.

Pasaban juntas todo el día encerradas en la cocina escuchando las telenovelas en la radio y conversando. En alguna de esas charlas la niña, en se entonces de 10 años, expresó su admiración por la modista que vivía frente a la casa. “Que emocionante debe ser saber hacer ropa como su amiga”, le dijo. Desde ese día la mujer la envió cada tarde un par de horas a la casa de la modista para que aprendiera y se divirtiera.

“En ese tiempo, a finales de los 60, todavía se usaba mandar a hacer ropa y había todo tipo de encargos, así que se podía ver de todo. Ella me enseñó mucho, a hacer modelos, coser a mano y usar la cabeza más que nada. Incluso me hizo hacer un vestido de novia con papel de diario, todo diseñado por mí. Me terminé de enamorar de la costura pensando que esa era la pega, atender gente, crear, usar las manos, pero nada que

ver. Yo alcancé a ver lo último, pocos años después todo eso desapareció, las fábricas se lo comieron”.

–¿Y cuándo empezó a trabajar en fábrica?

–A los 11 años. Es que justo después de que me sacaran de donde esa abuelita buena, me mandaron adonde la mamá de la señora Raquel. Ella tenía hijos viviendo con ella y que para variar me perseguían para *tirárseme* encima... Bueno, la cosa es que como yo ya era mayor tenía que aportar en la casa y me mandaron a trabajar.

Casualmente el trabajo que le encontraron también fue en costura, en un taller pequeño ubicado cerca de su casa. Inició cortando hilachas y a los 6 meses le enseñaron a utilizar la máquina recta<sup>1</sup>. Luego la cambiaron a otro taller donde aprendió a hacer pantalones y algo de camisería. Su rapidez y deseo de aprender hicieron que a los 13 años manejara más conocimientos que muchas mujeres con 20 o 30 años de oficio.

Sin embargo sus talentos innatos no la hacían merecedora de trato especial y sufría las mismas paupérrimas condiciones de trabajo que muchas obreras a principios de los 70'. Jornadas de 12 horas diarias que incluían los días sábado, nulo derecho a descanso y sueldos bajísimos. Dinero que en su caso más encima iba directo a la familia de la mamá de Raquel. Pero a ella nada de eso le importaba, en el trabajo era inmensamente feliz ¡al fin podía aprender! Se sentía independiente, fuerte, como si de pronto y por primera vez... su vida tuviera valor.

Cuando cumplió los 14 años, edad en que podía ser contratada en una empresa con permiso notarial, Margarita, una sobrina de la casa, la llevó a Solari.

–¡Qué joven! Una niña...–digo impresionada–.

–Uy sí ¡imagínate! –sonríe mientras se revuelve en la silla inquieta, emocionada, sus ojos brillan, sus manos se mueven. Todo su cuerpo vibra de tan solo recordar.

---

<sup>1</sup> Especializada en costuras simples y rectas en telas livianas o semi gruesas. Es la más común a nivel hogareño y su uso industrial, pese a su funcionalidad limitada, también es masivo.

Eran las 8:30 de la mañana del 13 de agosto de 1971 y la escarcha se acumulaba en las pozas de la esquina de 5 de abril con Mengual. Pero ella no sentía frío, “¡vamos Margarita apúrate!”, exclamaba juguetona mientras se acercaba a saltos al edificio enorme que constituía Textiles Solari.

Con más de 7 mil metros cuadrados, la construcción albergaba a unos 500 trabajadores que se repartían entre planchadores, bodegueros, cortadores, maquinistas, costureras a mano, directivos, mandos medios y más. Una gran fuerza de trabajo dedicada a la confección de ropa masculina de lujo que se vendía en Falabella. “Esta es mi oportunidad”, se repetía la tía una y otra vez mientras caminaba hacia la recepción.

Siempre se hizo así, un trabajador se enteraba de alguna posición disponible y traía a un conocido para recomendar al puesto. Margarita llevaba 3 años allí y quería a Flor como a una hermana. Sabiendo sus talentos en el oficio, había esperado ansiosa que cumpliera la edad suficiente para llevarla a su empresa como maquinista. Para ello en más de alguna ocasión había hablado con los jefes, recalcando su corta edad y numerosos talentos. “Tráela y vemos”, era la respuesta que usualmente recibía y ahora al fin llegaba el día.

El procedimiento para la contrata de una maquinista incluía, además de una breve entrevista, la demostración frente al supervisor de conocimiento en el uso de la máquina. Nunca una niña tan joven había llegado a postular a algo que no fuera cortar hilachas, por lo que su llegada produjo expectación. Incluso el dueño, *Tito* Solari, vino a observar su prueba, la que por cierto fue un éxito y aseguró su contratación inmediata.

Desde ese día y por varios años más ella sería, según sus propias palabras, “el *chiche* de la empresa”. Adorada por don *Tito*, era utilizada como ejemplo para todas las demás trabajadoras. “¿Por qué no pueden ser como ella?, decía. Mírenla, tan jovencita y ya sabe todo y ¡ustedes viejas que no quieren aprender!”.

Era tanto el cariño que incluso la presentaba a clientes y socios importantes que venían a reunión. “Esta es mi empleada estrella, se llama Flor, tiene apenas 15 y ya sabe hacer todo el pantalón”, decía orgulloso como si se tratara de una hija.



Flor y Tito Solari  
1972

“Yo ya no hallaba cómo dar las gracias a Dios por darme una felicidad tan grande –me dice con los ojos brillantes–. Sentía que estaba en un lugar tan moderno, tan importante, que yo era importante. Al fin estaba en una parte donde me apreciaban y yo era alguien. Se me inflaba el corazón en la mañana solo de pensar que pronto iba a estar en el trabajo. Uuuyy... es que no sé cómo explicarte... la cosa es que era una alegría inmensa, como nunca había sentido antes”.

### **Soy sola**

Es increíble como nadie ha despertado aún, ya han pasado un par de horas y el único sonido aparte de nuestra conversación proviene de la enorme televisión de 45 o más pulgadas que parlotea sin parar ¿Por qué la programación nacional de fin de semana será tan *fome*? ¿Será a propósito para facilitarnos la siesta?

–¿Ser tan apreciada por el jefe no le trajo problemas?

–Mi problema no era ese sino las viejas de Solari ¿Tu abuela te ha contado?

Me entero de que “las viejas” era un grupo de mujeres de entre 40 y 65 años con muchos años de trayectoria en la empresa, algunas incluso desde su formación en 1942.

Décadas de convivencia hicieron que simples compañeras de trabajo se convirtieran en una especie de cofradía con lazos de amistad en todos los sectores de la fábrica, contactos que les servían para salirse con la suya con casi todo lo que se proponían. Eran considerabas intocables, así que lo que decían tenía casi que ser ley o si no...

–¿O si no qué?

–Te hacían la vida imposible y movían todos los hilos para que te echaran. En mi caso me tenían mala porque creían que era *maraca*, así de simple.

Exploto de la risa, su seriedad en el tema me revuelve las tripas. La simplicidad misma de que te digan *maraca*...

“Yo era una niña pues hija, tenía 14, 15 años y me gustaba mostrar la guata y usar shorts cortos qué se yo. Las viejas *canutas* esas usaban faldas largas y nunca la habían pasado bien en su vida –la risa se empieza a colar entre sus palabras–, todas devotas de sus maridos borrachos y con el moño bien apretado en la nuca. Y de repente empiezan a aparecer cabras jóvenes con ropa a la moda, minifaldas... Ahora igual las entiendo, debió ser complicado entender que las cosas estaban cambiando ¿Pero qué le iba a hacer yo? No me iba a vestir como Testigo de Jehová para darles en el gusto”.

Para empeorar las cosas, las malas miradas no prevenían sólo de sus compañeras sino que de toda la sociedad. A mediados de los 70' aún persistía el prejuicio de que las trabajadoras de la confección eran fáciles y se acostaban con cualquiera, todo basado en la concepción de que las mujeres no debían trabajar fuera de casa. Incluso acuñaron un apodo: “las fabricanas”, por lo que muchas escondían su oficio incluso de familia y amigos para no sufrir humillaciones. A ella nada de esto le importaba, su trabajo le daba techo, ropa y comida; “vergüenza es estar en la calle”, repetía para envalentonar a sus colegas.

–Qué terrible, machismo en su peor expresión.

–En todo caso sí había hartado de eso en la fábrica, para qué andamos con cosas. Un hombre fácilmente se agarraba unas 10 mujeres ahí, eran comunes las relaciones entre compañeros. El asunto se transformaba en un festín del *cahuín*, típico que alguien llegaba el lunes diciendo, “oye vi a tal con tal saliendo del motel” y todos se enteraban. La pasábamos *chancho* contando de quién con quién, engaños, embarazos, abortos, oye si pasaba de todo... bueno como en todas partes me imagino ¿o no?

Las habladurías tampoco la perdonaron a ella cuando comenzó su relación con Antonio, uno de los jefes de la empresa, 10 años mayor. Él, un conocido mujeriego de la empresa, que vivía la vida de fiesta en fiesta y de mujer en mujer, se fijó en la jovencita nueva casi de inmediato. Ella cayó deslumbrada frente a este hombre gigante, que todo parecía saber y a quién todos respetaban. Con él se sentía segura, apoyada y contenida por primera vez. A sus 17 años enamorarse fue inevitable.

La relación transcurría en la poca bohemia santiaguina que sobrevivió al golpe de Estado del 73'. “Mi lugar favorito era La Posada de Tarapacá que quedaba en esa misma calle. Pucha que la pasábamos bien, comíamos, bailábamos, él siempre lleno de amigos. También a veces íbamos a los chinos, que en ese tiempo era un lujo... Con él me di la gran vida, conocí el mundo, pero no sé si fui tan feliz”.

Para la tía, él era el hombre de su vida, no importaba que estuviera casado ni que hubiera muchas otras en el camino. Su amor la hacía ciega y sorda ante las advertencias de todos quienes la querían genuinamente. No fue sino hasta su embarazo, 5 años después, que se dio cuenta que no era más que una entre tantas y que a fin de cuentas estaba sola.

Fabián nació en 1979 y fue reconocido por su padre a regañadientes. Desde entonces, si bien la relación entre ellos continuó, nunca fue la misma. Ahora ella lo veía por quién era y tenía los pies en la tierra. Sin embargo, y sabiendo que con él no había más que un mezquino presente, no lograba alejarse definitivamente, había algo irresistible que siempre la jalaba de vuelta sus brazos.

Así pasaron varios años de idas, vueltas y deslices, hasta que en 1990 nació su segunda hija, María José, a quién él se negó a reconocer. “Ese fue el final. Que no se dignara a reconocer a la *Pepita* es algo que jamás pude perdonar, en ese momento el *Nino* murió para mí y desde entonces he estado sola”.

Con “estar sola” la tía no se refiere a que nunca más ha vuelto a estar con alguien, sino a que ha sido incapaz de mantener una relación duradera ni menos enamorarse de nuevo. Hoy con 57 años enfrenta la soltería con alegría y sensación de alivio, su único amor le trajo tantos problemas que imagina a todos iguales. “¡*Ni cagando* aguanto ahora!”, exclama ante sus siempre divertidos oyentes. ¿Será alcanzada por la soledad de vez en cuando? Nadie lo sabe, su máscara de autosatisfacción jamás se cae.

### **Vamos de a uno**

—¿Cuándo se volvió a reencontrar con la tía *Nena*?

—Nunca nos dejamos de ver. Mis hermanos siempre estaban viniendo a las casas donde yo estaba, a pedir más que nada.

Ver a sus hermanos era como observar un espejo al pasado: sus rostros demacrados y con marcas de violencia, la hacían aferrarse a su nueva vida mucho más. Sin embargo el correr de los años hizo que ésta se volviera una experiencia desagradable, ya que donde quiera que fuera su madre la encontraba y perseguía, pidiendo cada vez más y más.

Las cosas llegaron a su tope cuando, al enterarse de que estaba en Solari, comenzó a acudir a la empresa para armar escándalo y exigir verla. Para peor llevaba a sus hermanos como evidencia del supuesto estado de abandono. “¡Eres una perra ingrata! —gritaba desde la calle. Mira como nos tienes ¡después de todo lo que di!”. El *show* acababa cuando ella le entregaba dinero.

Con el tiempo, sus compañeros ayudaban pretendiendo que no estaba en la fábrica y ella dejó de visitar los fines de mes para darles ayuda. El problema era que por mucho que resintiera a su madre, no podía olvidar a sus hermanos.

Por eso, apenas logró independizarse de Raquel, arrendando una pieza en casa de una compañera, se llevó a Elena como una especie de empleada para la familia. Pronto la inscribió en el mismo colegio que ella y años después le consiguió trabajo en su empresa como cuidadora de Sala Cuna.



Nena y Flor junto a colegas de trabajo (1era y 3ra de izq. a der.).  
1989

Desde entonces nunca más se separaron, vivieron juntas muchos años, trabajaron varias veces en los mismos lugares, sus primogénitos nacieron con 2 meses de diferencia y hasta hoy residen en la misma comuna.

Así cada cierto tiempo, otro hermano aparecía a tocar su puerta y ella lo recibía y ayudaba a encaminar su vida. Hasta llegar a la última, *Mimi*, a quién la tía se llevó apenas cumplió los 7 años. Gracias a ello, la hermana menor pudo tener una infancia normal, terminar el colegio e incluso estudiar secretariado.

Sin embargo, para la tía estudiar no fue fácil, alcanzó los 16 años sólo sabiendo leer y apenas. “Florcita no puedes seguir así, no sabes ni poner tu nombre”, le decían las compañeras ancianas de las que alguna vez fue enemiga. Finalmente una de ellas la matriculó en un colegio nocturno donde realizó su enseñanza básica hasta sexto año.

Pero cuando llegó el momento de séptimo y octavo las malas amistades hicieron que no lograra completar el curso. En vez de entrar a clases se quedaba afuera

conversando y entre fiesta y fiesta no había tiempo de repasar las materias. Al intentar retomar los ramos ya iban muy avanzados por lo que atrasada y confundida, decidió dejar los estudios definitivamente.

Hoy no haber terminado el colegio la tiene sin cuidado, lo que sí pesa es no manejar ortografía básica. “Escribo como *el hoyo*”, dice molesta. Mientras me explica se indigna, se avergüenza, se frustra. Dice que su letra es fea y que el no saber cómo exactamente se escriben las cosas, le mortifica la vida. No puede rellenar documentos y no puede ir sola a hacer trámites por miedo a que le vayan a pedir que escriba algo ¿Miedo? Sí, pánico. ¿Qué diría la gente si la viera escribir? Seguro reirían.

–¿Ha hecho apresto?, pregunto con la mayor delicadeza que puedo.

–Sí, si los chiquillos –sus hijos– me compraron silabarios, cuadernos de ejercicios, de todo para que aprendiera. Pero no puedo no más, no puedo, no puedo... La *huevá* es... es y ya. Si mi vida hubiera sido otra y hubiera ido al colegio como todo el mundo, ahora escribiría lindo, quizás hasta no sé... Me encanta leer, yo leo y digo ¿cómo hay gente que piensa estas cosas y después las pone así tan bien? ¿Podría haberlo hecho yo también?

Nos miramos. Asiento con la cabeza y le sonrío, ella hace lo mismo.

### **Política de puertas abiertas**

–Ya tía pero cuénteme de su trabajo.

–Bueno, ahora trabajo haciendo uniformes y...

–No tía –interrumpo–, pero si con suerte quedamos en que usted hace poco había llegado a la empresa y se había enamorado del hombre equivocado.

Se ríe de mi expresión digna de guión barato y continuamos con la historia.

Cuando comenzó a trabajar en la fábrica la asignaron a la sección “Pantalón” y como sabía hacer de todo se encargaba de varias costuras, como bolsillos, el pasador o pegar broches. Luego migró al departamento de vestón a cargo del jefe Juan Godoy para aprender cosas nuevas.

Durante los años 70’, la confección aún era un negocio bien pagado y la competencia era reducida. Solo 4 o 5 empresas grandes se repartían la torta de sastrería masculina a gran escala y Solari se destacaba por ser una de las más lujosas. Mucho de los trajes se hacía a mano, por ejemplo las costuras de los cuellos eran cosidas en punto cruz por verdaderas artesanas de la aguja y ese trabajo era bien pagado. No se trataba de que los trabajadores hicieran fortunas pero sí contaban con algunas garantías, como mudas completas de trabajo que se renovaban todos los años, buenos bonos de vacaciones y otros.

La situación cambió drásticamente a principios de los 80’, cuando las reformas económicas impulsadas en dictadura abrieron el comercio a mercados internacionales sin medir consecuencias. La industria de la confección se hundió al igual que muchos otros sectores que no pudieron competir con los bajos precios de las mercancías provenientes de Asia. Para sobrevivir, Solari fue declarada en quiebra y sus dueños recontrataron a una parte de la gente bajo un nombre y razón social nuevos. Textiles Diebermann inició sus funciones en julio de 1982.

Bajo estas nuevas condiciones, los sueldos bajaron, las garantías desaparecieron y muchos fueron despedidos. Por cierto que la vida de la tía se complicó, recientemente se había mudado a un departamento pequeño con la idea de vivir junto a su hermana y los hijos de ambas que no superaban los 3 años. Pero la escasez de dinero hizo tuviera que invitar a otra persona con dos hijos. El hacinamiento en los 40 metros cuadrados de vivienda era insoportable y empeoró aún más cuando su hermano Esteban de 17 años fue a tocar su puerta pidiendo ayuda ¿Cómo no recibirlo?

Por cierto que no era la única con problemas, todos la pasaban mal pero nadie se atrevía a reclamar por miedo al despido o a ser tachado de comunista y simplemente desaparecer. “Estábamos como congelados, nadie hacía nada, había que aguantar no más. Ya irán a mejorar las cosas, pensábamos. Pero llegó el 84’ y algo cambió, como que nos aburrimos del *hueveo*”. Pronto comenzaron las protestas en las calles y por cierto en las empresas. En la fábrica se rearmó el sindicato y volvieron las exigencias acalladas por años.

“Nosotras estábamos en todas, yo no sé si tú sabes, pero yo de chica que pertencí a la JJCC. Era idealista, me gustaba el comunismo porque hablaba de la gente como nosotros, como que los pobres fuéramos importantes. Recuerdo pegar carteles en la calle a favor de Allende en el 70’ y tirar piedras a los *momios* –se ríe de mi cara de susto. Pero Rosanita no vayas a pensar que era como los cabros de ahora... era de juego, por la adrenalina de salir corriendo, no de maldad –me explica con cariño”.

Sonríe al contarme de su llanto desconsolado por la muerte de Allende como quien cuenta una anécdota vergonzosa de juventud. “Me tenían la *perdiz embolinada* de que el tipo era un santo”, se apresura a explicar.

Desde muy temprano en la mañana del 11 de septiembre de 1973, se sabía que algo raro estaba pasando. Normalmente cada maquinista mantenía una radio a pila en su mesón para entretenerse y era común que se armaran disputas por las preferencias musicales o políticas de las emisoras. Pero ese día, ante los anuncios de que se movilizaban tanques en pleno centro de Santiago, los trabajadores se reunieron alrededor de una sola radio para escuchar más claramente las noticias.

Pronto la fábrica completa se detuvo para escuchar atónica el derrocamiento de gobierno, finalizado por uno de los discursos más importantes en la historia de la nación. El toque de queda fue inmediato, nadie entendía nada y el pánico se colaba de a poco en el ambiente.

“Tranquilos amigos– dijo don *Tito*, que había estado escuchando la transmisión en el piso de abajo junto a todos los demás– voy a contratar buses que van a ir a dejarlos uno por uno en la puerta de su casa. Nadie va a estar en peligro”. El proceso de volver a los hogares fue lento y tortuoso, sin celulares con qué comunicarse, todos rezaban por encontrar a sus seres queridos sanos y salvos en casa.

Tras el shock inicial, retornó la rutina en cuyas faldas se escondían numerosos horrores y ella lo sabía. Con los años terminaría escondiendo fugitivos en su departamento de Villa Francia y corriendo con los zapatos en la mano durante las protestas. “A la *Nena* le molestaba un montón que yo entrara gente a la casa, se cagaba de miedo ¿pero qué podía hacer yo? No les iba a cerrar la puerta... nunca se la he cerrado en mi vida a nadie”.

“¿Por qué no seré abogada? O no sé... ¿*curita?*” se preguntaba en las noches, cuando el sonido de balazos anunciaba las muertes de sus vecinos, entre ellos a los hermanos Vergara que fallecieron a pocas cuadras de su departamento. Estaba aburrida, asqueada, molesta por no poder contribuir más. El desahogo provino de la actividad sindical que realizaba en su trabajo, mantenerse activa y mejorar las condiciones de sus colegas le daba paz interior.

“Qué no hice... participaba en todo, organizábamos rifas, completadas, vendíamos cosas, la plata iba directo al sindicato. Los jefes nos dejaban hacer de todo y tenían disponibilidad para el diálogo. Con tu abuela, después de presidenta, íbamos a la Conteveh a aprender y la pasábamos chanco de seminario en seminario”.

La Conteveh es la sigla de la Confederación Nacional de Sindicatos de Trabajadores Textiles, del Vestuario y la Confección, fundada en 1980 en respuesta a la represión militar hacia los trabajadores organizados. Allí se hacían numerosos cursos de perfeccionamiento que entregaban herramientas a los sindicatos para defender los pocos derechos que aún quedaban en pie.

Oratoria, retórica y leyes del trabajo, fueron solo algunas de las materias que la tía pudo estudiar y que la llevaron de viaje a distintos lugares del país. “Yo que era *porra* iba más por acompañar, pero los profes eran tan buenos que igual terminaba aprendiendo, sobre todo de cómo hablar y decir las cosas para que me entendieran. O de cómo pararme frente a un grupo de gente y hablar sin miedo. Para mí que con suerte había ido al colegio, fue un cambio grande... me dio confianza”.

### **La que fue mi casa**

Una vez finalizada la dictadura, a principios de los 90', la economía se hallaba oficialmente recuperada, pero la industria nacional seguía desvalida. Desesperados, los herederos del ya fallecido *Tito* Solari buscaban la forma de competir frente a la ropa importada de Asia. Probaron con nuevas formas de organización, como cambiar cálculo de sueldo a porcentaje de meta en vez de por prenda, o abaratar costos quitando el trabajo a mano, pero nada funcionó.

A mediados de década, los sueldos se atrasaban y los rumores decían que la quiebra era inevitable, ella se negaba a creerlo. “Yo supuse que iba a ser como la otra vez que nos echaron a todos y empezaron de nuevo con otro nombre. Solari era mi casa, mis compañeros eran mi familia, llevaba más de 25 años ahí... era mi lugar”.

Se dice que en diciembre de 1997 uno de los hermanos de *Tito*, dueño de Falabella, se reunió con sus 3 sobrinos para ofrecerles la compra de la fábrica a puertas cerradas, es decir sin despedir a nadie o cambiar nada. Deseaba salvar la empresa de su fallecido hermano con quién no había tenido buena relación en vida. “Eso sí, de ahora en adelante las decisiones de la empresa tendrían que pasar por mí”, advirtió. Dos de los hermanos estuvieron de acuerdo, el mayor se negó, “prefiero perderlo todo antes que dárselo a usted”, dijo, y con ello cerró el destino de más de 200 personas.

–Que rabia tía. ¿Cómo tan egoísta?

–Yo supe esa historia varios años después, quebramos en septiembre del 98’y me habré enterado ¿cómo 10 años más tarde? En el momento pensé que me iba a morir, sino fuera por mis hijos habría llorado hasta no sé cuándo. Hicimos demanda y todo para que nos pagaran los años de servicio, pero nada resultó, el único que salió ganando fue el abogado.

Luego de la quiebra, trabajó en varios lugares, algunos donde ganaba tres veces menos que antes y otros donde hasta los baños eran miserables, más aún, por estar acostumbrada a trabajar en un lugar grande, los talleres pequeños no hacían más que deprimirla. Su tristeza venía desde la no aceptación, del resistirse a creer que esa sería su nueva vida.

“Algo va a pasar –se repetía una y otra vez– esto no puede ser todo”. Por ello cuando uno de sus ex jefes le ofreció un empleo en Trial, pensó que era la respuesta sus plegarias, al fin una fábrica con el nombre bien puesto. Mejor aún, algunas de sus amigas también estaban allí.

El plan era quedarse allí hasta el fin de los tiempos pero de nuevo la economía desestabilizó la empresa y los jefes tuvieron que anunciar la baja de sueldos. La reunión estaba programada para ir avisando a los trabajadores en reuniones divididas por sección. Cuando llegó el turno de las maquinistas de vestón, todas ya estaban enteradas de la nueva medida y sólo querían que acabara pronto.

“Resulta que cuando el viejo terminó de hablar del porqué nos iban pagar menos mi amiga de Solari, la Miriam, se para y dice ‘¿ya terminó?’ y el gallo dice ‘sí’, entonces nos paramos juntas y nos fuimos, todos nos siguieron. Fue sin malicia, sólo algo del momento, no sé... Al otro día, a las 11 de la mañana nos despidieron por falta de respeto y yo no lo podía creer, jamás quise eso. Nos fuimos de locas no más, no era por protestar”.

Para la tía fue un golpe terrible, sus esperanzas crujió mientras se alejaba por última vez del que pensó sería su último refugio laboral. Pocos años después, Trial fue

comprado por un conglomerado internacional y hoy se maneja con directivos extranjeros.

Luego de esa desilusión pasó por diferentes talleres, entre ellos Jacobo Lewis donde nuevamente se encontró con varias amistades, pero que tuvo que abandonar por el no pago de imposiciones y las pésimas condiciones laborales.

También hizo una breve incursión en la fabricación de fundas para muebles en eco cuero y algo de costura en casa. Hoy trabaja en la calle San Diego, en una empresa de tamaño “soportable” y que “al menos tiene casino”, dedicada a la confección de uniformes a gran escala y etiquetado.

–¿Qué es el etiquetado?

–Llega la ropa que hacen los chinos y nosotros le ponemos la etiqueta de nuestra empresa y hacemos como si fuera de acá. Así el empresario puede cobrar 10 veces lo que valen esos trapos asquerosos.

La ropa asiática es la pesadilla de mi tía: “paños inmundos”, “mugre china” y “*hualailas* de la peor calaña”, son solo algunos de los epítetos que utiliza para referirse a ella. Le enfurece ver pantalones con las costuras mal hechas, puestas en el lugar equivocado o faltantes. Hasta las telas le parecen dignas de avergonzarse, el tipo de material que se gasta de mirarlo y que más encima es completamente inflamable, cuya combustión genera adherencia a la piel. “¡Si te quemas, las *huevás* se te pegan y hay que sacarlas con carne y todo!” explica.

Para ella la “maldición de los chinos” no solo es pésima para su rubro sino que también es un asunto de derechos humanos. Conocidas son las condiciones de explotación con las que se trabaja en Asia y que han dado lugar a mitos como el de *Las camas calientes*.

Según cuenta la leyenda que vengo escuchando desde mi niñez, la ropa que usamos todos no sólo es transportada en barco, sino que también es fabricada dentro de

ellos por esclavos asiáticos. Se dice que las embarcaciones zarpan con los materiales, toda la maquinaria de confección y un ejército de personas que se unen a la travesía con el único incentivo de tener 2 comidas diarias y un lugar donde dormir.

El truco es que solo hay camas para el 50% de los obreros, por lo que se arman turnos de 12 horas que trabajan sin descanso. Cuando una mitad trabaja, la otra duerme y así, he ahí el nombre *camas calientes*, porque siempre hay alguien sobre ellas.

Entonces cuando llegan a los puertos de Valparaíso la ropa viene terminada y empacada en los contener, lista para entregar. Mi duda es ¿qué hacen a la vuelta? Claramente los supuestos esclavistas no van a llevar a la gente de regreso a su país sin ningún beneficio de por medio. Se supone que la ropa ya está entregada y no tendría sentido hacer más porque se dirigen a su lugar de origen ¿entonces qué pasa con los obreros?

Por cierto que he realizado esta pregunta mil veces, una por cada vez que me cuentan la historia, pero no hay respuesta. Y al averiguar la fuente de la información el asunto también tambalea porque nadie ha visto a los esclavos ni tampoco conoce alguno, solo se sabe porque bueno... todos los saben.

—¿Qué va a pasar con ustedes entonces?

—Yo creo que esta cuestión va a tocar fondo, ya no hay trabajo y la gente se acostumbró a usar mierda, olvidaron como se veía un pantalón bien hecho.

—¿Pero entonces por qué hay tanta gente estudiando diseño de moda o carreras afines?

—Cabras engañadas, igual que esa gente que se metió a estudiar algo de... ¿forense? Y resultó ser la media estafa. Las universidades engañan a la gente que no sabe, que le cuesta tanto juntar la plata... cuánto se habrá perdido...

Sin embargo la misma naturaleza de la competencia parece ser la respuesta. Al ver la alfombra roja del Festival de Viña parece todo claro. Los trajes que hacen verdaderos sastres con equipos de experticia similar a la de ellas, se venden por millones de pesos. Más temprano que tarde las cosas van a cambiar, la gente verá el valor de una prenda bien hecha y estará dispuesta a pagarla, quizás no todos puedan, pero sin duda habrá algunos. “Si ya hay gente dispuesta a endeudarse por un teléfono ¿por qué no en lo que tiene puesto?”, afirma mi tía muy seria.

–¿En cuántos años más será eso?

–No sé, hija, yo de esas cosas no *cacho*.

–Ya pues tía, *tírese* con una cifra.

–¿50 años?

Me sorprende, pesé que iba a decir una cifra donde ella estuviera para verlo, claramente no.

### **Saco de ilusiones**

La *Pepita*, animosa después de su siesta, se pasea por la casa. Su verdadero nombre es María José, el apodo de *Pepa* proviene del *Pipo*, segundo hijo de la tía *Nena* y nacido dos años antes. Los primos eran tan cercanos e inseparables que la gente comenzó a llamarlos igual.

Su vientre ya muestra señales de embarazo y parece cansada, su empleo como repostera en una fábrica de tortas le exige turno todos los sábados de 8 a 1 de la tarde. Es sacrificado pero para ella el trabajo es una fuente de alegría, siempre ha sido organizada con el dinero y ahora que va a ser madre, se exige el triple. La tía la observa y se queda en silencio.

–Que increíble eso de ser abuela...

–Si hija... más encima ¡yo tan joven! –sonríe con picardía–. La gente no me va a creer cuando le diga. Mi primer hijo fue a los 23 también... ya te conté lo complicado que fue. No tenía apoyo de nadie, la pura *Nena* que también se embarazó ¡justo! Dos meses de diferencia.

Pese a que había ayudado a cuidar a sus hermanos durante la infancia, estaba al tanto de que las técnicas improvisadas de su madre estaban lejos del ideal, por lo que se propuso aprender desde cero. Para ello fue vital la ayuda de la familia dueña de la casa en donde arrendaba una pieza. Allí la guiaron durante los primeros meses antes de que se mudara a un departamento por sí misma. Y si bien su desilusión amorosa mezclada con las dificultades de criar un primer hijo la tuvieron al borde de la locura, no se dejó vencer.

“¿Depresión? Pero cómo si llegaba del trabajo a hacer papillas y hervir pañales cagados en olla... No tenía ni un minuto para quejarme o llorar. Como siempre todo quedó guardado para más tarde y por eso después *cagué*”.

Una década después, el triunfo del *No* con la subsecuente vuelta a la democracia la tenían eufórica, “las cosas van a cambiar”, pensaba. Y así fue como un día cualquiera su amiga Cata llegó corriendo de una reunión en la Contevch y la tomó por el brazo. “Ya, Florcita, se abrió una oportunidad, ahora sí o sí saldrán las casas pero hay que movernos rápido”.

Fue un shock, llevaba muchos años metiéndose en cuanto comité podía para acceder a vivienda sin resultados. Incluso en el 81’ cuando la fábrica quebró por primera vez y los despidieron a todos, ella separó el dinero obtenido por sus 10 años de servicio con la esperanza de ponerlo como pie para una casa pero fue imposible. Con los años ese dinero se gastó y ahora no tenía nada, menos para los 200 mil pesos que exigían de inscripción. El monto debía estar depositado en una cuenta de ahorro en 2 días o quedaría fuera del programa.

“Yo tenía fe ciega en tu abuela, si ella decía que iban a salir las cosas era porque era. Entonces estaba súper desesperada porque se me iba la única oportunidad de al fin tener casa... y ¿de dónde iba a conseguir la plata? ¡¿De dónde?!”.

Finalmente, su amiga *Quena* le prestó y otro poco lo pidió en un préstamo a la Caja de Compensación. Lo que faltaba lo sacó juntando todas las monedas y billetes que pudiera encontrar en su casa, debajo del sillón o en alguna cartera, todo servía. Cuando al fin se vio en la lista de inscritos suspiró de alivio, con el tipo de exhalación que dan los rescatados de un naufragio o quienes salen ilesos de un incendio.

Con casa pronta a construirse en cuya vecindad vivirían algunas de sus amigas, noches tranquilas sin vecinos baleados o en tortura, e hijo lo suficientemente grande como para permitirse salir de vez en cuando, estaba en la gloria. Entonces resulta embarazada por segunda vez y para peor de un hombre que claramente no quería nada con ella.

Morir se convirtió en un pensamiento recurrente, “morir sí pero abortar no, eso nunca”, aclara. Lloraba sin parar camino a los numerosos controles médicos debido a su colestasis gestacional, porque si para las mujeres comunes los embarazos son molestos para ella lo eran el triple.

La colestasis es una enfermedad provocada por el malfuncionamiento del hígado, que deja de secretar bilis hacia el duodeno. Para ello hay muchas causas, como cálculos biliares o malformaciones congénitas, pero también puede ser desencadenada por el embarazo, mayoritariamente en el último trimestre, y no remitir hasta el nacimiento del bebé.

Este último era el caso de mi tía, quien durante ambos embarazos padeció la enfermedad de forma crónica y para peor a partir del cuarto mes. La colestasis no trae problemas a largo plazo para la madre pero pone en peligro la vida del feto, por lo que se suele inducir el parto prematuramente. Además entre los síntomas está el purito crónico, responsable de llevarla al borde de la locura.

“Los primeros meses nada, ni siquiera náuseas, pero después era como que *me llevara el diablo*. Tenían que hospitalizarme porque la picazón era insoportable, sobre todo en las noches no sé por qué. Apenas oscurecía los enfermeros venían y me metían en una tina con hielo para calmarme la piel y ¡el agua hervía conmigo adentro! Los remedios no funcionaban y nada que hacer no más... Lo único que quería era que me sacaran la guagua para que se acabara, pero el doctor decía ‘aguanta un poco más *cabra*, una semana y ya’, y así iban pasando los meses en el infierno, porque si hay un infierno es ese, te lo digo”.

Si en su primer embarazo no sabía lo que venía, en este estaba más que advertida, y el conocimiento de lo que sufriría en los meses venideros hizo que su sentimiento de desgracia fuera aún mayor. “¿Cómo voy a dejar a mi hijo solo por 6 meses?”, pensaba triste mientras se acercaba la temida fecha de inicio de los síntomas. Tanta angustia acumulada hizo que el purito empeorara y su embarazo finalizara con tan solo 26 semanas.

Tras el parto, las señales de que algo andaba mal con su hija se presentaron de inmediato. “¿Cómo le va a poner a la niña?”, preguntó la enfermera sin mostrársela. “María José, ¿puedo verla?”. “Es que es prematura, tengo que llevármela”, respondió la mujer sin siquiera voltearse. Su recuperación fue rápida y al igual que 10 años antes, la picazón cesó casi de inmediato, pero la inquietud de no conocer a su hija la torturaba de todas formas.

Cada mañana, pasaba un carrito lleno de bebés y la enfermera voceaba a las filas de camas con madres en espera, “¿A quién le falta guagua?!”. “A mí –decía lo suficientemente alto para escucharse por sobre las demás mujeres que gritaban sus apellidos– me llamo Flor, mi hija es María José”. “A ver... no, su hija no está aquí, quizás mañana”. Pero pasaban los días y nada, la desesperación aumentaba.

“Señorita espere –dijo una semana después a una enfermera que iba pasando– llevo muchos días esperando a mi hija, por favor ayúdeme”. Tras contarle toda la

situación la mujer se acercó y comenzó a hablar bajito. “Mire señora no le diga a nadie que yo le dije, pero algo debe estar mal con su hija... cuando les preguntan el nombre es porque no les queda mucho”.

Ya teniendo una idea de lo que pasaba se abrió camino adonde estaba internada la niña, que era diminuta y frágil como una hoja. El doctor al verla la miró con cara de tragedia, “su hija tiene un tumor en la espalda y otros problemas, no se haga ilusiones, puede que se vaya en cualquier momento”.

–¿Por qué siempre usan esa frase de “no se haga ilusiones”? Es tan cruel –opino de improviso.

–Era la verdad no más, por más dura y terrible –dice con voz firme–. Pero al final la operaron bien y todas mis ilusiones se cumplieron porque cuando entré por primera vez a esta casa, mi casa, lo hice con mis dos hijos, uno en cada mano.

“Fue como entrar a un palacio... cumplir un sueño... y ahora que lo pienso no hubiera sido lo mismo sin la *Pepita*, la alegría no hubiera sido completa. Más que una desgracia fue un regalo que llegó justo a tiempo. Y ahora ella está esperando a un bebé ¡qué felicidad más grande! y qué te apuesto que va a ser niñita”.

–¿Cómo sabe?

–Uno sabe de estas cosas pues *m'hijita*, los años no pasan en vano.

## Quena

Con la tía *Quena* nos juntamos un lunes a la salida de su trabajo en San Diego con Copiapó porque ella supuso acertadamente que de ir sola a su casa me perdería. Para llegar a su hogar desde allí, nos demoramos una hora e hicimos tres transbordos. Y pese a sus reiterados intentos de ubicarme en el mapa, nunca entendí donde vive más allá de que es en la comuna de Lo Prado.

En el transcurso del viaje me cuenta orgullosa sobre sus hijos. El mayor ya ha conseguido trabajo en Chile después de 5 años estudiando en Francia. Y la Nicole, recién titulada de Pedagogía Básica, comienza un empleo en una escuela rural cerca de Santiago. “Las cosas van tomando forma”, dice sonriente como quien se refiere al término de un largo proyecto.

Al llegar a nuestro destino tomamos té sentadas en la mesa de la cocina y continuamos hablando temas al azar. Disfruto mucho de su conversación, ¿cómo explicarlo? Hasta comentar de dietas resulta interesante con ella. Mi abuela y yo siempre hemos pensado que nació en el lugar equivocado. Es demasiado elegante para vestir y tiene actitud como de primera dama, del tipo de persona que uno esperaría encontrar en una misión diplomática a Oriente. La verdad es que de niña guardo en secreto la aspiración de hacer el experimento y tratar de hacerla entrar a La Moneda, seguro que nadie le pide identificación.

Pero aterrizando en el mundo real, podría decirse que es una líder innata. La que siempre interrumpe la conversación general para decir, “ya, organicemos el asunto ¿dónde se va a hacer la fiesta de la amiga secreta?”. Que llama para decidir qué día se hará un cumpleaños y quienes comprarán qué. La que calcula la cuota a pagar en la fiesta, junta los dineros y anota cada boleta entregada. O simplemente la que tiene la palabra final en la mayoría de las conversaciones grupales, no porque se imponga, sino

porque tiene la suficiente diplomacia como para reunir todos los puntos de vista en una conclusión que satisface a las oyentes.

La tía es el verdadero arquetipo de dama, una mujer que sin ser adinerada, seria, ni *acartonada*, impone respeto y admiración. Claro, porque no es que no diga garabatos o se ría a destajo cuando corresponde, sino que tiene una dignidad innata que ningún chiste subido de tono puede tambalear. Estoy muy feliz de venir a verla y poder conversar con ella sin tanta gente alrededor. Su compañía es un verdadero deleite.

### **Los del conventillo**

María Eugenia nació en 1960 y es la última de seis hermanos cuyo padre abandonó poco después de terminar de engendrar. Su madre, también llamada María, era lavandera a domicilio lo que significaba que casi nunca estaba en casa. A mediados del siglo XX el proceso de lavado era mucho más complicado y constaba de varias etapas, que iban desde hervir la ropa, imbuirla en líquidos blanqueadores, escobillar, enjuagar, volver a escobillar, en fin. Por ello existía la ocupación exclusiva de lavandera, hoy obsoleta.

Muchos de sus recuerdos de infancia suceden debajo de la artesa –o lavatorio grande, usualmente ubicado en el patio de la vivienda, dedicado en exclusivo al lavado de ropa–, donde pasaba horas jugando en espera de que su madre terminara de trabajar y volver a casa.

Las largas ausencias de María resultaron en que los hijos mayores tomaran muy pronto las responsabilidades del hogar, en especial las mujeres. La tía me explica que antes de tener edad suficiente para acompañar a su madre al trabajo, era su hermana mayor de apenas 7 años la encargada de cuidarla. La inexperiencia de su guardiana la convirtió en visita frecuente del hospital, casi siempre por ingerir alimentos no adecuados para un bebé de 6 meses, como pan o tomates.

Pese a la dificultad física del oficio, las lavanderas eran muy mal pagadas por lo que la familia luchaba por sobrevivir. “Vivíamos en Rondizzoni, muy cerca del Parque O'Higgins, en una zona residencial adinerada. Mi abuela tenía una casa allí y como el terreno era grande, sus tres hijas pobres pararon sus chozas en él. Todas tuvieron hartos niños así que éramos como 20 personas o más. Nos decían ‘los del *conventillo*’, el punto negro de la comunidad”.

Pese a la diferencia de clase con el resto del barrio, ni ella ni sus hermanos sufrieron discriminación por parte de los otros niños. Cuando las primeras bicicletas en llegar a Chile aparecieron como regalo de navidad para los hijos de la casa esquina, ellos las prestaron y enseñaron a andar a todo el vecindario. Y cuando querían ver televisión bastaba con asomarse a la pandereta, ya que sus vecinos dejaban las ventanas abiertas para que tuvieran vista libre a la pantalla ubicada en su living.

Sin embargo, entre los adultos era otra historia, no eran pocos los que expresaban abiertamente su rechazo a convivir con “personas como ellos”. Los únicos tolerados eran precisamente María y sus hijos, ya que su trabajo de lavandera le permitía darse a conocer y ganar buena reputación.

–A nosotros nos trataban mejor, porque le tenían buena a mi mamá. Entonces decían que éramos distintos, “los que se iban a salvar”. Y así no más fue.

–¿A qué se refiere?

–Es que esa gente tenía razón, mis primos quedaron en la pobreza y nosotros no. Y eso se debe justamente a que nuestra mamá era distinta al resto de su familia, era responsable, luchadora y veía futuro para nosotros.

Esa diferencia fue posible porque María creció en un entorno distinto al de sus hermanas. Su abuela, que desde siempre la favoreció, decidió llevarla a los 7 años a Quillota donde una tía para que tuviera mejor vida. Esa mujer era educada y había viajado, por lo que inculcó en la niña una serie de valores y perspectivas a la que sus

hermanas, criadas por una madre “ignorante, egoísta e irresponsable”, no tuvieron acceso. Lamentablemente una vez alcanzaba la pubertad, debió volver a Santiago y a la pobreza. Sin embargo su mente ya era otra.

Años más tarde, y pese a que el ideal de María era mantener a sus hijos, la situación económica se hizo tan desesperada que debió mandar a los mayores a trabajar apenas cumplieron 13 años. Hernán comenzó a estacionar y lavar autos a las afueras del “Rey del Mote con Huesillo” y al año siguiente, Virginia entró a una casa como empleada doméstica. Y así cada vez que un hermano cumplía la edad límite, María le buscaba trabajo.

Una parte del bienestar obtenido por el aumento de ingresos se invertía en educación, razón por la que todos sus hermanos eventualmente continuaron sus estudios, y la otra en ahorro para la vivienda. En 1970 el monto en la cuenta de ahorro de María le permitió acceder a un subsidio, en ese entonces llamado “Cuotas Corvi”, y la familia se mudó a Independencia.

Las cosas cambiaron cuando sus hermanos ya mayores fueron dejando el hogar para formar vida propia. Cada vez que uno se iba, su aporte monetario desaparecía, hasta que quedaron solo ella y su madre. En 1974, la situación se hizo tan complicada que no había dinero ni siquiera para pagar la locomoción al colegio. Cansada de mirar sentada como sus compañeras hacían gimnasia por falta de zapatillas, se decidió a trabajar.

–Ahhh... Entonces usted no partió a los 13 años como los demás.

–No –sonríe–, porque cuando los cumplí no había necesidad... ventajas de ser la menor. Yo empecé recién a los 14 y porque quise. A diferencia de mis hermanos a mí nadie me pidió nada.

Su primer empleo fue en verano de 1974 en una fábrica de adornos de zapatos limpiando las hebillas recién hechas con una cortapluma. “¡Imagínate cuantas cientos había que limpiar durante las 10 horas de trabajo! Ya ni me acuerdo si me gustó o si hice

amigas, lo único que me interesaba eran las *lucas*". La felicidad de tener dinero propio la convenció de no volver al colegio, cuando cumpliera los 18 se inscribiría en la escuela nocturna y todo arreglado.

### **Así de chanchos**

El relato se interrumpe con un silencio que me permite observar alrededor. En realidad nunca nos paramos de la mesa de la cocina y al contrario de lo que uno esperaría, resulta un rincón bastante cómodo e íntimo. Al lado tenemos una ventana pequeña, por lo que puedo ver que ya oscureció. Aún miro por la ventana cuando ella comienza a hablar, su voz se volvió fría y el ritmo rápido y cortante, como si quisiera acabar pronto. No me mira a los ojos, parece ausente.

"...Yo estaba en ese taller cuando me fueron a buscar porque mi hermano había muerto. Era el que venía justo antes de mí así que éramos muy cercanos. Tenía apenas 18 años cuando murió de cáncer al pulmón sin haber fumado un solo cigarro en su vida".

Todo comenzó con un resfriado mal cuidado que derivó en una neumonía. Una vez repuesto, los doctores no se dieron cuenta de que le había quedado líquido en los pulmones y que con el tiempo se transformaría en cáncer fulminante. Murió de un día para otro... nadie lo podía creer.

En medio de la catástrofe, una de las hermanas ofreció quedarse en casa por un tiempo, por lo que creyendo que la situación económica mejoraría y sin atreverse a dejar sola a su madre, ella decidió volver al colegio y avanzar a segundo medio. El descanso duró un año, luego su hermana volvió a irse y no le quedó otra que volver a buscar trabajo.

A los pocos meses, y con ayuda de su familia, logró conseguir un cupo en una empresa de confección llamada Alco como cortadora de hilachas. Quiero retroceder y

preguntarle más sobre su hermano pero no me deja, el tema está cerrado y la historia avanza sin tregua.

A principios de los 70', las industrias textil y de confección estaban muy bien posicionadas y casi sin competencia por parte de importadores lo que las convertía en una buena fuente laboral. Además era uno de los pocos sectores económicos que favorecía la mano de obra femenina de todas las edades. En su caso, y como la mayoría de las jóvenes primerizas, comenzó cortando hilachas para de a poco ir subiendo de escalón.

Primero le enseñaron a hacer ojales, luego a hilvanar<sup>2</sup> mangas de vestón, armar la delantera del mismo y utilizar la máquina embolsilladora de pantalón. En total, su proceso demoró 7 años, para luego truncarse debido a la quiebra de la empresa en 1981.

Para la tía lo peor de la crisis del 82' y de todas es general, no es que las empresas quiebren sino que a los trabajadores los despiden sin pagarles un peso. Me cuenta indignada como “el judío *cagado*” dueño de la empresa supo lo que se venía y *abandonó el bote*, dejando a unos representantes que al momento de la quiebra se lavaron las manos y no le pagaron a nadie.

–¡Típico!

–¡Sí! y más encima antes de que llegaran a rematar, agarraron toda la maquinaria y armaron un taller en otra parte ¡así de chanchos! Durante esos años la situación fue terrible para todos, pero los empresarios, como siempre, se salvaron el pellejo robando a todos los demás. La situación era peor para mí porque tenía a mi hijo chico y al poco tiempo mi marido también quedó cesante”.

–¿Hijos? ¿Marido? Hartas cosas le pasaron en esos 5 años.

---

<sup>2</sup> Proceso que consiste en unir dos partes de una prenda con una costura simple, hecha a mano y fácilmente desarmable, para así mantener su posición hasta la costura final en máquina.

–Es que esa parte nos la saltamos –dice con los ojos muy abiertos–, es complicado porque en la vida de uno suceden muchas cosas a la vez y...

No alcanzó a terminar la frase cuando se siente el ruido de la reja en el patio. El esposo de la tía ha llegado ¡qué curiosidad ver cómo es! Por problemas del pasado, él no tiene una buena relación con mi abuela y el grupo de amigas en general, por lo que nunca lo he visto. Incluso en las juntas celebradas en su casa, él se encierra en el segundo piso hasta que todas se han ido. ¡Es una oportunidad única!

### **Corazón de completo**

Al entrar lo primero que veo es que parece un gigante, muy alto, grande y con voz imponente, tipo actor de teatro. Al verme sonrío, incluso pregunta por mi abuela, lo que se siente extraño. Balbuceo respuestas y sonrío todo lo que puedo porque me siento incómoda. La tía no vuelve a sentarse porque está ocupada sirviéndole once, así que nos quedamos juntos en la mesa. En general se comporta muy amable y curioso de lo que hago sentada en su cocina, pero no puedo sino extrañar la soledad que había acompañado nuestra conversación hasta ahora.

Mejor esperar a que él termine de comer y de ahí seguimos, pienso, pero cuando el momento llega en vez de retirarse dice, “Sigan no más, no se atrasen por mí”, sin siquiera moverse de la silla. Supongo que no queda opción...

–Ehh... bueno ¿En qué íbamos? Ahh... descubrimos que nos habíamos saltado toda la parte de su matrimonio.

–Sí, bueno, yo me casé joven, a los 17 años.

–¡¿En serio?!

–¡Es que eso antes era normal *pos* Rosanna! si uno a los 23 ya era vieja. –Su esposo ríe feliz de la vida.

Se conocieron porque él era compañero de trabajo de uno de sus hermanos en una empresa de cables, cuando el significado de éstos no necesariamente involucraba electricidad. Como antes no había celular ni internet, la gente se comunicaba por mensajes escritos que llegaban a la casa, y ellos repartían los que venían del extranjero.

Sucedió por casualidad, los jóvenes de la empresa tenían planeado un asado de fin de semana, pero a último minuto la persona que iba a prestar la casa se arrepintió. “Vamos a la mía”, dijo su hermano, quien en ese entonces vivía emparejado en un terreno colindante al suyo. Al poco armada la fiesta, llegó su cuñada a buscarla porque faltaban mujeres y su madre, confiada porque era cerca, accedió. La tía en ese tiempo *pololeaba* con un vecino, Víctor, pero apenas vio a Daniel simplemente se le olvidó.

“No, no fue así, mire *m’hijita* yo le voy a contar...”, interrumpe su esposo, solo para decir lo mismo pero con otras palabras. La tía sonríe y yo también... que molesto. Afortunadamente media hora después se aburre y sube al segundo piso a descansar, así que proseguimos la conversación.

“Mira, el flechazo no fue por *mino* –aclara– sino porque era así hombre grande, trabajador. Yo antes había *pololeado* con puros niñitos de mi edad, así pollitos flacuchos y de repente aparece este hombre independiente y como superior”.

Aunque solo tenían cuatro años de diferencia la actitud madura de Daniel causó gran impresión en su corazón de quinceañera. Y si bien en la fiesta la situación no pasó a mayores, él pronto comenzó a invitarla al cine, al parque, a comer, “todas cosas nuevas y emocionantes porque jamás había salido con alguien con dinero suficiente como para comprarme siquiera un *completo*”.

En poco tiempo la relación avanzó lo suficiente como para que la tía comenzara a sentir culpa. A mediados de los 70’, tener relaciones sexuales antes del matrimonio

todavía era un pecado mortal para las mujeres y ella pensaba que de cierto modo traicionaba a su madre. De sus tres hijas, dos ya le habían fallado al relacionarse con hombres casados e incluso teniendo hijos antes del matrimonio. Por lo que pese a que nunca fue dicho en voz alta, ella sentía la responsabilidad de reivindicar el honor familiar.

Ante la imposibilidad de acceder a métodos anticonceptivos, ya sea por ignorancia, o porque simplemente no existían, decidió que el único camino posible era casarse. Vivir con el temor de un embarazo no deseado le tenía los nervios destrozados y si había amor ¿cuál era el problema? Afortunadamente, Daniel pensaba igual y muy pronto le propuso matrimonio, en total sólo alcanzaron a pololear un año y medio.

“Cuando él fue a hablar con mi mamá para pedirme oficialmente, ella no estaba entusiasmada. Aprobaba que nos casáramos pero no en los términos que propuso. Nosotros queríamos hacer todo rápido y ella al contrario, mientras más ceremonia mejor. Nada que hacer más que darle en el gusto...”

Cumpliendo con los deseos de María, hubo tres ceremonias oficiales: la postura de argollas, la firma en el Registro Civil y finalmente el matrimonio por la Iglesia. Todo separado por un par de meses para agregarle aún más legitimidad al asunto. Y aunque no fueron grandes fiestas porque el dinero no sobraba, fue lejos la unión más tradicional y honorable del barrio; María no cabía en sí misma de orgullo.

El vestido se lo prestó una vecina y no está tan segura, pero cree que se veía linda. Me cuenta que lo más terrible fue pasar directo de dormir con su mamá a con el marido. “Antes eran así las cosas, nada de irse a convivir o cumplir metas personales, te enamorabas y te casabas, punto. Y agradece que encontraste marido y no quedaste como mamá soltera o peor... ¡solterona!”

Pese a que su matrimonio fue el epítome de lo tradicional, una vez casada instauró sus propias normas, la más importante no tener hijos hasta los 20. Su meta era

llegar a conocer y disfrutar de su esposo por lo que aprendió a cuidarse de forma muy estricta, poniéndole incluso más empeño que antes de casarse. Para ella, el tener hijos cuando quiso “fue un lujo” que muy pocas mujeres de su época se dieron y hasta hoy lo cuenta como una victoria personal.



1979

El primero, Daniel, nació en 1980 y si bien cambió su universo, no acabó con sus ganas de trabajar y sentirse independiente. Por fortuna en ese entonces aún compartía casa con su suegra y ella se ofreció a cuidarlo durante el día. Pero 10 años más tarde cuando nació Nicole, su segunda y última hija, la decisión de volver al mundo laboral fue mucho más difícil. Su suegra ahora sufría de Alzheimer y necesitaba cuidados para sí misma ¿Qué hacer con la bebé?

En ese entonces el estigma asociado a las mujeres que “abandonaban” a sus hijos para trabajar era muy fuerte. Se hablaba de múltiples consecuencias a futuro, que iban desde poco apego a la madre hasta problemas psicomotrices. La presión era grande y con un postnatal de apenas 3 meses, no había mucho tiempo para decidir.

–¿Y cómo lo hizo entonces?

–*Hice de tripas corazón* y la fui a dejar. Yo merecía mi espacio para ser feliz y el sueldo iba a aportar para que ella tuviera una vida mejor.

–Han pasado más de 20 años ¿Cree que se equivocó?

–Para nada, mi mamá también trabajó toda la vida y eso no nos mató, al contrario nos demostró lo que era el esfuerzo. La *Nico* se crió feliz en sala cuna y es mucho más independiente y segura de lo que yo jamás fui. El tener que arreglárselas sin mamá o abuela al lado no le dio más que ventajas, Hoy la fortaleza de mi hija es mi orgullo. Por lo menos en eso sé que le *achunté*.

### **Filas y filas**

–¿Y qué pasó después de la quiebra de Alco? –pregunto dándole un sorbo a mi segunda taza de té–.

–Bueno, el *Dani* tenía menos de dos años cuando con mi marido quedamos sin trabajo y la cosa se puso difícil, pero en vez de desesperarme lo vi como oportunidad de aprovechar a mi guagua. Al final todo resultó bien porque a los seis meses mi esposo encontró trabajo y podía mantenernos a todos... pero yo me aburría en la casa...

En 1982, la crisis económica seguía vigente pero en el rubro de la confección las cosas seguían funcionando como siempre: por dato. Iba camino al centro cuando por casualidad se encontró con una ex compañera de Alco, Malena, quien le dijo que estaba trabajando en una fábrica grande y que la iba a llevar con ella.

La empresa se llamaba Diebermann pero todos le decían Solari, su antiguo nombre de antes de quebrar. Al saber que ya había pasado la crisis y empezado de nuevo supuso que no había de qué preocuparse y se presentó al día siguiente.

Cuando llegó a la esquina de 5 de Abril y vio que el edificio ocupaba una cuadra se asustó, pero no lo suficiente como para disuadirla de entrar. Sin embargo, una vez que ingresó a la sala de máquinas para hacer la demostración obligatoria de sus

conocimientos, entró en pánico. Decenas de mujeres la observaban fijamente, tantas que no se podían contar.

Acostumbrada a talleres pequeños cuyos miembros eran casi familia, se preguntaba qué pasaba con tanta gente junta... supuso que nada bueno. Entre tanto nervio las cosas no salieron de la mejor forma pero se necesitaba gente de pantalón así que la contrataron por un mes a prueba, para el final del día ya estaba lista para salir corriendo.

Las trabajadoras se gritaban de un extremo a otro y se escuchaban muchas groserías. El nivel de violencia era algo que nunca había visto en su vida. Pensó en no volver más pero ya llevaba casi 6 meses encerrada en la casa y estaba desesperada. A la mañana siguiente camino al trabajo le tiritaba hasta el pelo. “Hija, la gente era terrible. Estar ahí como *pollito nuevo* era una pesadilla”.

Ante mi incredulidad explica que en los lugares donde se trabaja “a trato” siempre hay peleas porque el pago es por prenda terminada. O sea que un vestón por ejemplo, se divide en una veintena de procesos, desde cortar las piezas hasta hacer la costura de la solapa. Entonces va pasando por personas diferentes, con técnicas y herramientas distintas. El pago es por cada prenda en la que el trabajador termina su parte, pero como hay más de una persona por sección se arman conflictos.

Entonces si se hace mucho, aparece la envidia por dejar a las otras que hacen lo mismo sin trabajo. Y si se hace poco, gritan por atrasar a las que vienen después que esperan las entregas para avanzar. Parece de locos, mientras más gente es peor y en Solari había filas y filas de máquinas y en cada una, alguien discutiendo. Pero lo peor dice eran las viejas, se creían las dueñas de la empresa solo porque llevaban más tiempo y *descueraban* a todo quien se cruzara.

Luchando por mantener su empleo siguió en pantalón, haciendo pretinas y forrando y cosiendo marruecos, como se le llama a la parte que lleva el cierre. Pero

luego del mes de prueba la despidieron por no ser lo suficientemente rápida. Iba camino a la salida cuando el jefe de vestón, Juan Godoy, preguntó, “¿adónde va usted?”.

Tras explicarle la situación, Juan le ofreció unirse a su sección ya que deseaba despedir a una de sus maquinistas, el objetivo era dejarla como reemplazo, así que la instruiría personalmente en pegado de sisa, hombrera y unas costuras específicas. La propuesta era buena pero le costó aceptar ya que el hombre le daba desconfianza y hasta temor. Desde el primer día que no le había sacado los ojos de encima y parecía desnudarla con la mirada. Tenía miedo de sus intenciones al incluirla en su equipo pero aceptó para tener algo mientras buscaba otra cosa.

–¿Y manga le gustó más? ¿El viejo le hizo algo?

–No, no me hizo nada. Y no, no me gustó manga. Pero no porque fuera malo o *fome* sino porque en realidad a mí nunca me gustó la costura. Desde un principio no sentí vocación alguna... no le hice ropa ni a mis hijos. Para mí esto es un trabajo, un oficio al que no desprecio porque aunque no es la gran cosa me ha dado para vivir y aportar a mi familia, pero que también coartó mis verdaderos talentos. Yo era buena alumna en el colegio, del tipo promedio seis, y debí seguir estudiando. Si hubiera terminado el colegio, mi vida hubiera sido otra.

### **El mundo es de los chinos**

A los 16 años, su sueño era graduarse de secretaria en el Duoc. El dilema era que quería trabajar para mejorar su situación lo que le haría más difícil estudiar, pero a la vez si conseguía empleo iba a poder pagar sus estudios en el instituto que tanto quería. Finalmente decidió comenzar en Alco y matricularse en secretariado vespertino del Duoc y por un breve momento todo parecía encajar. Pero unos meses después inició su relación con Daniel y comenzó a faltar a clases.

Ante la decisión de terminar con su pareja o los estudios, y como adolescente enamorada que era, se inclinó por lo segundo. “Van a ser cuarenta años de esa decisión y todavía me pesa... no me arrepiento, pero *pucha*... más aún ahora que las condiciones laborales de nosotros no hacen más que empeorar...”

–¿Se refiere a las maquinistas?

–Sí, o sea a todos los que trabajamos en confección. Yo no digo que en los otros trabajos las cosas estén de maravilla, los pescadores la siguen pasando mal. Pero también hay partes donde las cosas han mejorado un montón, los de la construcción ahora están ganando fácil seiscientas *lucas* mensuales y tienen un montón de garantías. Por supuesto nuestra situación es distinta... en la confección ahora todo es chino y nadie invierte en mano de obra nacional. Antes hasta las telas que se usaban antes eran chilenas, hoy todo llega de afuera. ¿Sabes tú cómo funcionan las fábricas ahora? Es penoso.

–No, cuente, cuente.

Me mira muy seria y advierte que todo funciona en cadena. Primero está el diseñador que va a todas las alfombras rojas y desfiles europeos para ver las tendencias de moda en las que se basarán sus creaciones. Después la modelista corta las piezas y con ayuda de las maquinistas, arman modelos de a uno por talla.

Es triste porque el crédito por el producto final va para el diseñador cuando en realidad el esfuerzo lo hacen otros. Toda la mecánica que hace funcionar aquello que yace en el papel es idea del modelista y es corregido por los maquinistas que conocen mejor que nadie los límites del oficio. El que las prendas no se desarmen y mantengan la estética casi siempre tiene poco o nada que ver con los diseñadores.

En Chile, cada fábrica tiene una empresa asociada en países asiáticos como China o Taiwán. Ellos ofrecen el servicio de hacer toda la ropa a un precio ínfimo e incluso tienen catálogos con las telas que trabajan, que por supuesto son hechas en su

país. Una vez que se mandan los modelos, los trabajadores asiáticos los copian con exactitud en las cantidades solicitadas y ya lista la ropa, la envían en barco a Chile.

“Son casi esclavos, les pagan un moco. Una polera en la que trabajaron tres personas te sale trescientos pesos, si a eso se le resta los costos llega a dar pena lo que ganan. Con esos precios, la industria chilena no puede competir”.

Una vez en el país, los container llegan a las empresas chilenas para corte de hilachas, planchado y pegado de etiqueta. Sólo por hacer eso el producto aumentan 20 veces su valor. Bluyines que llegan comprados a dos mil pesos se venden por veinticinco y en oferta a diecinueve mil nueve noventa.

Para ella, lo más penoso es que todas las tiendas venden lo mismo, desde las más baratas hasta las marcas de lujo, todo está hecho por chinos. Aunque aclara que hay chinos y chinos, algunos que trabajan con materiales finos y otros que hacen esas “*poleras* que se venden en la calle y que se echan a perder al primer lavado”.

—¿Qué futuro ve para su rubro?

—La verdad es que los empresarios se siguen llenando los bolsillos pero la cosa está en decadencia, las cabras que llegan de estudiar la moda se llevan la decepción de su vida. Hoy todas las maquinistas son gente mayor, de cuarenta y cinco en adelante ¿Quién se va a querer a dedicar a esto si es tan mal pagado? Los cabros quieren ganar plata y surgir, por último ser nana y te pagan el doble. Además como cada vez se hace menos, los talleres son más chicos y la gente no se organiza, los sindicatos no existen o valen muy poco. Ya no hay herramientas para que los trabajadores se defiendan... con *Pinocho* todo se fue a la cresta.

## Mejor no ser

Ya se hizo de noche y la tía comienza a cocinar el almuerzo para el día siguiente, “¡Sigamos conversando de todas formas!”, dice con una gran sonrisa. Al parecer aún le quedan muchas cosas por contarme y me preocupa la hora ¿habría sido mejor vernos un domingo temprano...? Sus rápidos movimientos me distraen, es increíble lo rápido que se mueve con una bolsa de verduras congeladas en una mano y la olla en la otra.

–Usted dice que con la dictadura se complicaron las cosas ¿cree que fue decisivo para que los movimientos sindicales se ahogaran?

–No, o sea sí, pero también la gente es floja. Cuando yo llegué a Solari estábamos en plena dictadura y los trabajadores igual se organizaban.

La razón del descontento era que con la crisis del 81’ se habían perdido muchas garantías para los trabajadores. Si en un principio recibían ropa y zapatos de trabajo todos los años, ahora con suerte les daban aguinaldo. La molestia crecía pero nadie se atrevía a hablar seriamente con don Tito, el *patrón*. Finalmente en el año 84’, cuatro personas se ofrecieron para ir a reclamar en representación de todos, entre ellas mi abuela, que en ese entonces tenía un poco más de 40 años.

Si bien la tía no era parte del grupo representante, sí participó en la redacción del petitorio por lo que estuvo muy al tanto de las negociaciones. Lo paradójico fue que la negativa de los jefes a aceptar su documento por no tener validez legal, fue lo que formó el sindicato y dio el empuje a la organización obrera. Si hubiesen sido menos petulantes la historia sería otra.

Una vez sindicalizados, los trabajadores consiguieron algunas mejoras salariales y garantías, lo que consolidó la importancia del mismo. Desde ese entonces ella se mantuvo cercana y activa en la organización. Llegando incluso a apoyar a mi abuela durante su candidatura a presidenta y luego del triunfo, ubicarse como su mano derecha. “Me gusta mucho la política, pero desde abajo, desde lo que la gente necesita. Creo que

a los chilenos nos gusta quejarnos pero después no hacemos nada y eso es lo que falta ahora”.

–¿No le gustaría presidir un sindicato?

–Ahora donde estoy podría, pero no, con lo que vi de tu abuela me basta. La gente es ingrata y mal paga lo que uno hace. La Carmen se sacó la cresta por la gente, dejó las patas en la calle, no robó ni un solo peso, *pucha*... honesta hasta el *tuétano* ¿y cómo la trataron? Como las *huevas*. Le escribían «ladrona» en el baño y la descueraban en los pasillos. Pero oye cuando hacía algo, todos agradecidos ¿y después? Puff... No, para eso mejor no ser.

Ya están las ollas armadas, cada una con sus ingredientes correspondientes y huele rico. Si bien la tía no se sienta, deja de moverse y se queda de pié en una esquina.

–Y ¿dónde trabaja ahora?

–En Bercovich, ya llevo ahí unos 17 años. Hago uniformes para empresas de miles de personas, como Transantiago por ejemplo. Allí a la vez que todavía se confeccionan prendas propias, también pegamos la etiqueta a cosas chinas para marcas que después se venden en tienda. Es un buen lugar, grande, no tengo nada que decir. No es Solari, pero bueno... eso ya se terminó.

Sus ojos se entristecen y caemos al silencio. Es increíble lo mucho que alguien se puede encariñar con un lugar de trabajo. Para mi, esos edificios aún significan esclavitud e infelicidad.

## **El maldito**

–¿Qué pasó con la fábrica?

–Quebramos en el 98’ por mal manejo de los dueños, pero yo me fui antes en el 94’... o sea me echaron. El *pelado maldito* hizo que me despidieran junto con la *Nena*, otra de mis amigas.

El “maldito” se llama Sergio, un ingeniero español que llegó a Chile en 90’ para modernizar la industria de la confección, que buscaba desesperada respuestas frente al fenómeno asiático. Diebermann fue la segunda empresa en la que trabajó y hasta hoy se mantiene vigente yendo de fábrica en fábrica.

Su trabajo consistía en implantar nuevos sistemas de trabajo para disminuir costos y en la empresa su primera medida fue cambiar el método de pago a los trabajadores. Si en un principio se calculaba un precio fijo por prenda terminada, ahora se haría por tiempo versus productividad. Para ello calculó cuánto demoraba la persona en hacer una prenda y sacó un promedio, que era único para cada tarea específica, o sea que el del cosido de sisa no era igual que el de pegado de botones, etc.

Una vez determinado el número de prendas promedio por hora, se calculó una escala de pago según el porcentaje de cumplimiento. El problema era que el sistema era fácilmente corrompible porque cuando se tomaba el tiempo, el obrero hacía sus actividades más lento para así estar siempre por sobre el 100% del promedio y ganar un bono. De esta forma los sueldos subieron a sumas jamás vistas y eso ayudó a la quiebra definitiva de la empresa.

Además de sus fallidas técnicas de ahorro, el problema con Sergio era que tenía una fijación enfermiza con el trabajo continuo. No soportaba que la gente fuera muchas veces al baño o se detuviera a tomar café, llegando a pasar horas deambulando por los pasillos en búsqueda de infractores a normas, que en rigor no eran tales. Y al grupo de amigas que formaban Flor, *Nena*, *Quena*, Miriam, mi abuela y varias más, las tenía en un lugar especial de su furia.

“Nosotras teníamos la costumbre de todos los días a las cuatro en punto, juntarnos en el baño a *pelar* y tomar café, no eran más de diez minutos, pero eso al tipo le sacaba de quicio. Nos odiaba por eso, tanto así que como diez para las cuatro ¡se ponía en la puerta del baño para que no pasáramos! Entonces lo desafiábamos y pasábamos por encima de él”.



Miriam, Quena, Catalina y Flor (izq. a der.)  
1988

“A todas nos tenía mala pero conmigo era peor porque mi máquina estaba frente a su oficina y me tenía que ver la cara todos los días. Ese viejo me dejó con crisis nerviosa, todo el día me perseguía, cada vez que levantaba la vista me estaba mirando y cuando iba a hacerme un café ahí estaba siguiéndome”.

Era tanta la desesperación que llegó a juntar las cajas de las hombreras que cosía para apilarlas frente a su máquina y formar una muralla. Todos los días se apuraba desesperada en coser más y más, para tener a las doce en punto una cantidad de cajas ordenada lo suficientemente alta para que no pudiera verla. Incluso tenía pesadillas con el hombre, donde éste la perseguía y ella corría muy lento, que siguieron incluso un año después de su despido.

Con el tiempo Sergio habló con Enzo, el sucesor después de la muerte de don Tito, para que la despidiera. “Él era un siete como persona, un súper buen hombre, pero *ahuevonado* como él solo. Le creía todo al pelado porque se hacía la *mosca muerta* con él. Así que dándole en el gusto me citó para ofrecer la renuncia pagándome la mitad de mis años de servicio. Por supuesto que me negué y don Enzo no insistió. Pero claro, el maldito no quedó tranquilo, no pensaba descansar hasta que me echaran”.

Una vez fracasado el primer intento, el español agudizó la persecución psicológica para forzarla a renunciar y perder sus años de servicio, pero la tía se mantuvo firme. Entonces, desesperado, se jugó la última carta: incriminarla en una falta grave que significaría despido sin beneficios.

Para comenzar, “el maldito” contactó a una joven recién llegada y le ofreció dinero para ser su cómplice. Una vez coludidos, la posicionó como reemplazo de la tía en los turnos de fin de semana, que ella se negaba a realizar para estar con sus hijos. Pasado el tiempo, la joven inició rumores de peleas entre ambas, los que se esparcieron por toda la empresa, incluyendo la Dirección.

Finalmente, la mujer habló directamente con Enzo para acusarla, seguida por Sergio exigiendo su despido inmediato. “Con esa ridiculez falsa de que yo no la dejaba tranquila fueron donde don Enzo y él se la creyó y me echó, así nada más. El viejo desgraciado estaba feliz, creía que me había ganado, que me iba a quedar sin nada, pero no sabía con quién se estaba metiendo”.

### **¡Al menos un último cigarro!**

Además de sus obvias sospechas, algunos colegas ya le habían advertido que se estaba preparando un plan para despedirla. Así que para prevenir le contó a mi abuela, que además de ser una de sus amigas más cercanas, era la presidenta del sindicato. “Recuerdo que la Cata tenía mucha fe en las personas y creía en don Enzo, así que me

tranquilizó diciendo que como yo no hacía nada malo podía estar tranquila, que el patrón jamás me despediría sin pruebas... Fue una de las más desilusionadas cuando me echaron y la primera que acudió en mi ayuda”.

A menos de una hora del despido ya se encontraba en la Inspección del Trabajo generando una queja en compañía de Catalina. Si bien lo normal es que los inspectores se demoren semanas en acudir a la empresa objeto de reclamo, su amiga tenía contactos que aceleraron el proceso, por lo que esa misma tarde estaban de vuelta en la fábrica acompañadas por un inspector.

Los interrogatorios a Sergio en busca de pruebas comenzaron de inmediato. “Mientras esperaba por los resultados se acercó mi jefe de diez años en el vestón, Juan Godoy, y me dijo, ‘*Quena* tú tienes marido, no tienes porqué aguantar lo que te hicieron. Que te pague un abogado y anda a juicio, todos sabemos que esto es mentira’. Sus palabras hicieron que juntara valentía y fuera yo misma a tocar la puerta de don Enzo”.

No se alcanzó ni a sentar cuando las palabras explotaron de su boca. “¡Yo me voy a ir a juicio, no crea que esto se va a quedar así porque aquí no hay pruebas! Y escúcheme cuando le digo que a esta niñita en el tribunal ¡se la van a comer viva! Y ahí no solo me va a tener que pagar todo lo que corresponde, sino que se va a ir con una multa ¡del porte de esta oficina!”. Él la miraba tranquilo y trataba inútilmente de calmarla, pero ella estaba demasiado alterada.

El colmo llegó cuando se percató de que se había fumado hasta el último cigarro de los puros nervios. “No sólo quedo sin *pega* sino que más encima sin *puchos* ¿cómo es la cosa?”, pensó enfurecida. “¿Y sabe qué más? ¡Convídemme aunque sea un último cigarro! Mire que por su culpa me quedé sin trabajo”, gritó al momento sin medir palabra. El hombre quizás asustado o compadecido le regaló la cajetilla completa y musitó. “Ya, ¿cuánto es?”.

Ella le informó su estimado sumando años de servicio, vacaciones, mes de aviso y más. El cheque se hizo de inmediato pero antes de irse, desde el marco de la puerta, se tomó un segundo para mantener el orgullo. “Y dígame *altiro* cuando ir a cobrar el cheque porque en mi próximo trabajo quizás no me den permiso para ir al banco a perder tiempo con un papel sin fondos”. Que quedara claro que no la habían vencido, que esto era solo un trabajo... nada más lejos de la realidad.

El almuerzo para mañana está hecho y al fin la tía se sienta. Apagados todos los quemadores de la cocina, baja la temperatura y por primera vez siento frío.

–Es terrible sentirse desechable ¿Te ha pasado alguna vez? Saber que no eres nada, que todo lo que hiciste, los años que diste, no le valen un peso a nadie.

–Por lo menos no se las regaló tan fácil, se fue con todo lo que correspondía.

–Claro, a diferencia de las chiquillas que se quedaron hasta el final, yo me fui con toda la plata bajo el brazo... Pero eso hace poca diferencia cuando te quitan una parte de la vida. Más aún que la cosa estaba mala y sabía que no iba a ser fácil encontrar trabajo de nuevo. Me sentía en un pozo... había días en que despertaba y no sabía adónde iba mi rumbo o qué *cresta* hacer con mi vida.

Después del despido en 1994 la tía se mantuvo de taller en taller por 3 años, en los que anduvo “por puros lugares de *mala muerte, cagada* de frío y con sueldos de miseria”. Hasta que llegó a Bercovich, empresa donde sigue hasta hoy.

“Un año después de que tuviera trabajo estable, en el 98’, quebró Solari. Fue horrible, una tragedia... ver a todas mis amigas cesantes, a la Flor destruida... y muchas vidas aplastadas por culpa de personas a las que en verdad le parecíamos valer un comino. Siempre ha sido igual, los empresarios nunca pierden, se roban las platas y forman nuevas cosas, y una queda botada... igual que basura”.

## **Turista internacional**

El celular suena y es mi abuela. “¿Cuándo te vas a venir? ¿Sabes que son más de la 9 verdad? La *Quenita* trabaja mañana y tu papá está esperando que lo llames para irte a buscar”. “Ya *güeli*”, respondo. La tía suponiendo lo que me dicen se ríe a carcajadas, “¿Está preocupada verdad? ¿Cómo lo hace cuando te vas a *carretear*?”, pienso que es mejor no responder.

Con papá camino a recogerme, porque realmente no sé dónde estoy como para volver sola, nos decidimos a aprovechar el tiempo.

–Oiga tía y ¿cómo que viajó por Europa?

–Me sonríe como quien se dispone a contar una aventura– Bueno resulta que mi hijo es antropólogo de la Chile y se fue becado a hacer un magíster y doctorado a París. Al principio casi me morí de pena, pero con el tiempo me acostumbré vivir con el dolor de echarlo de menos.

Durante todos los años que estuvo fuera, él esforzadamente juntaba dinero para que alguien de su familia lo fuera a ver, y en 2010 al fin logró ahorrar lo suficiente para un pasaje de ida y vuelta. Por supuesto que ella pensó que iba a invitar a su hermana Nicole, que además de joven e independiente se moría por viajar. Pero cuando llegó el anuncio a través de la webcam Daniel se apresuró a rectificar, “no mamá, quiero que vengas tú”.

Sus palabras cayeron como una tonelada de concreto a través de la pantalla del computador y sin embargo, con un esfuerzo inhumano, logró sonreír a la cámara que la conectaba con su hijo. “Que no vea mi desesperación”, pensaba. Esa noche no logró dormir, el pánico la recorría de pies a cabeza, ¿cómo iba a viajar tan lejos?

Pasó una semana sumida en el terror antes de que las voces lógicas retornaran a sus pensamientos. “Claro que no voy a ir yo, seguro se le va a olvidar. Y en el peor de

los casos jamás me van a dar permiso en el trabajo ¿para qué me preocupó? Claramente no voy a ir”. Y convencida de que sólo había sido una sugerencia loca, volvió a su vida normal. Pero los meses pasaban y su hijo insistía, “mamá ¿ya pediste permiso verdad? Todos mis amigos quieren conocerte”.

Fue tanta la tozudez de Daniel que se vio obligada a pedir permiso en el trabajo. “Esta vez sí que se acaba la cuestión, jamás me van a dar permiso por un mes... todo estará bien”, pensó. Horrible fue la sorpresa ante la respuesta de su jefe, “¡*Quena* estás loca! Por supuesto que tienes que ir, has sufrido tanto por tu hijo... ¡Anda y no te preocupes de nada! Cuentas con todo el permiso que necesites”.

Seguía sin creerlo cuando el 5 de junio, con maletas en mano, esperaba la llegada de su avión a París con escala en Madrid. Sin entender cómo la vida la había llevado ahí, pasó todo el viaje al borde del desmayo. Peor fue cuando el avión la dejó en el Aeropuerto de Madrid-Barajas y había que arreglárselas para hacer transbordo. “No sabía dónde había que ir, más encima el aeropuerto era tan grande que me perdí”. El miedo a quedar sola en un país extraño no le permitía hilar frases completas, ni menos acercarse a alguien y pedir ayuda.

“Llegué justo antes de que partiera el segundo avión... me acuerdo de cómo corría por esos pasillos enormes... no sé cómo lo logré realmente. O sea sí, un señor se compadeció de mí y me ayudó. Pero de verdad jamás pensé que llegaría”.

Aún recuerdo la primera vez que la vi después de su viaje, venía a tomar once con mi abuela y traía un montón de fotos reveladas en la cartera. Versailles, el Louvre, la Torre Eiffel, todos sirvieron de fondo para la verdadera protagonista de las imágenes: la sonrisa en éxtasis de mi tía. “Para que veas tú las cosas que pueden pasar –dijo alegremente– ¡la del *conventillo* se fue a París!”.

## Nena

La tía *Nena* vive a pocas cuadras de su hermana Flor y para llegar a su casa, sólo hay que bajarse dos paraderos antes, frente a un templo evangélico, y caminar hacia el sur. Ésa es sólo una de varias coincidencias en sus vidas ya que también trabajan en lo mismo, siendo compañeras en varias ocasiones, vivieron juntas casi toda la vida e incluso se embarazaron por primera vez al mismo tiempo.

Entre tanta similitud uno creería que se parecen, o que por lo menos comparten uno que otro rasgo, cuando en realidad pasa todo lo contrario. Estas mujeres son como agua y aceite, ni siquiera físicamente se asemejan. La explicación que siempre tuve es que por estar tanto tiempo juntas desarrollaron un complejo de gemelas e inconscientemente sentían la necesidad de diferenciarse. Pero un rápido comentario de mi abuela aplastó la idea:



1989

"Pero niña si es evidente, son de distintos papás y se parecen más a ellos que a la mamá. Por eso la Flor es morena y la *Nena* rubia. ¡Escríbelo como es, no inventes cosas raras!". Así que, en honor a ese requerimiento, he aquí la razón lógica: Genética.

La tía insistió, así que en esta ocasión también me acompaña la abuela que ya comienza a parecer mi representante. Cuando nos bajamos de la micro, lo primero que

vemos son los ojos de la tía achinados por sonreír mucho. Cuando camina la gente se da vuelta a mirarla porque es del tipo alta, rubia y regia que más encima viste a la moda y parece eternamente joven.

Ni siquiera el cáncer de mama pudo opacarla, enfermedad de la que simplemente decidió no morir. Pasó por quimioterapias, radiación y todo lo que hubiera que hacerse con el espíritu incólume. “Más sufrían los demás, yo hice lo que me dijeron y me sané –explica–. Ya van más de dos años desde que terminé y me siento bien, ahora tengo que tomar unas pastillas y controlarme cada cierto tiempo pero nada del otro mundo”.

Es ese carácter el que la diferencia del resto de rubias regias del mundo. Para describirla basta decir que si estuviéramos en un cuento, en vez de ser la damisela en peligro sería el dragón feroz. No quiero decir con eso que no sea simpática o dulce, pero su reputación de mal genio y fortaleza la precede. Cuando algo le parece mal lo dice sin anestesia y está dispuesta a todo por defender su punto de vista. “No hay que dejarse pasar a llevar”, es su frase favorita.

Hoy, con sus hijos ya adultos, sale a bailar todos los viernes, llueva o truene. Siempre tiene pretendientes pero es muy exigente con los hombres y con todas las personas en realidad, por lo que le cuesta encontrar pareja. Por ello el revuelo fue grande cuando se supo que tenía *pololo*. Ella siempre reservada no da detalles, pero sonrío muy coqueta cuando le preguntan, algo hay de disfrute en mantener a sus amigas en misterio.

Conversamos en su dormitorio, amplio y muy femenino, después de un rico almuerzo y *regaloneos* varios. Sentadas en la cama, con el cenicero en medio y un par de vasos de bebida, la tarde vuela. De fondo se escucha el ruido de la televisión en la sala, donde mi abuela se prepara para dormir siesta. No alcanzamos a hablar mucho antes de que dijera las palabras clave, ésta es una mujer que va al grano.

## Ya ¿y qué quiere que le cuente?

Gracias a su propia investigación, la tía me asegura que su fecha de nacimiento es el 31 de julio de 1959 y que es la única de sus seis hermanos de padre, en ser reconocida por él. Esteban era un extranjero de familia adinerada, los Tomasevich, que conoció a María, mamá de las chiquillas, en El Hogar de Cristo, justo después de que su esposo y padre de la tía Flor, cayera preso por robar unas hormas de zapatos.

“Mira, él era un gringo muy *pintoso*, rubio, alto y con un ojo verde y otro azul como esos perritos que hay. Más encima venía de una familia de plata y con clase ¡no me explico cómo pudo terminar con ella! –afirma risueña–”.

Estudiante de medicina de una familia adinerada, Esteban no tenía nada que perder, pero una enfermedad a la retina hizo que a los 20 años comenzara a perder la vista. Frustrado, decidió abandonar los estudios y buscar trabajo en lo que fuera. Un conocido le dijo que el Padre Hurtado necesitaba un secretario y sin dudarlo aceptó. Un empleo rodeado de personas pobres era inaceptable para su familia y la separación fue de mutuo acuerdo.

“Según él cuando vio a mi mamá pensó en *comérsela* y después *si te he visto no me acuerdo*, pero le salió el tiro por la culata... ella se embarazó de mí *altiro* y no lo dejó más tranquilo. Hinchó, hinchó e hinchó, hasta que se quedó con ella y pobre que se las diera de listo porque le sacaba *cresta y media*. Resulta que mi padrastro le servía de nana, ése le hacía las cosas y cuidaba a la montonera de hijos, mientras que mi papá le daba toda su plata. Ahora lo encuentro para la risa ¡da para teleserie!”.

En realidad más que gringo el señor Esteban era yugoslavo e investigando en internet se ve que sus parientes argentinos son dueños de un conglomerado comercial bastante imponente; los chilenos al parecer no tanto. La razón de su exilio familiar es poco conocida, las hermanas piensan que escapaban de una guerra, vaya Dios a saber cuál de todas, pero no hay más detalles.

“¡Si yo te contara todas las cosas que pasamos tendrías que quedarte hasta mañana! –sonríe ampliamente– Con mis hermanos vivimos muy mal, siempre muertos de hambre, sucios, con frío. Nuestros papás simplemente no estaban ni ahí con nosotros, imagina que nos mandaban a pedir ¡y después se comían ellos las cosas! En todo caso no éramos los únicos, antes en Chile había mucha pobreza, no sé si tanto como la de nosotros pero casi toda la gente vivía mal. Yo viví mi niñez pensando que todo lo que me pasaba era normal, nunca cuestioné. Si tenía hambre pensaba dónde conseguir comida, no me ponía a llorar porque mi mamá no me daba. Pasaron muchos años antes de que pudiera pensar *chucha... me cagaron*”.

La historia de su madre no es muy diferente, también creció en un ambiente pobre y lleno de violencia. Su padrastro la detestaba y abusaba de ella tanto física como psicológicamente ¿sexualmente? Quizás, hasta ahora solo hay sospechas. Para peor había nacido con un retraso mental importante que jamás se diagnosticó, por lo que pese a que asistió al colegio por varios años nunca aprendió a leer. Finalmente huyó de casa a los 16 años para vivir en la calle y allí se quedó.

“El problema es que como mi mamá era analfabeta, nunca se preocupó de que aprendiéramos algo, por eso no íbamos al colegio. En cambio mi papá sabía de todo. Su letra es una de las cosas que recuerdo más, casi lo puedo ver sentado ahí escribiendo cartas en la mesa. No sabría explicarlo... era como la de los carteles, así para el lado y hecha con pluma, lo que le daba un *caché* especial. Podía estar toda la tarde mirándolo... pensaba que hacía magia”.

–Pero, ¿y no le pedía que le enseñara? –pregunté–.

–¡Como se te ocurre! Exclamó con cara de sorpresa, dejando claro que no estoy entendiendo nada. Lo que pasa es que a ti te dejaron hacer de todo, pero antes uno era menos que el vecino. Lo ideal era que los niños fueran invisibles, lo que uno hiciera era considerado molestia.

A continuación me cuenta una de sus anécdotas predilectas. A los cuatro años su canción favorita era “Señor Abogado” de Lucho Barrios. Una tarde estaba cantando a todo pulmón la parte de, “busqué un arma de fuego y la acribillé”, cuando su padre aparece de la nada y le abofetea la cara por cantar cosas inapropiadas. Ella ríe y yo me quedo helada. Tras observar mi rostro dice con voz reconfortante, “¿Ve m'hijita? A uno le pegaban por todo y por nada y a nosotros más todavía. Usted tiene suerte del papá que tiene”. Sólo atino a asentir.

### **No sé**

A pesar de que sus padres no mostraban interés en la educación, al ver que todos los niños a su alrededor iban al colegio, ella también quiso ir. El problema era atreverse a hablar. Pasaron varios años antes de que, apoyada por su hermano menor, Esteban, tomara acciones. Y así fue como un día cualquiera entró a la escuela más cercana y pidió hablar con el director. Sin soltar la mano de su hermano, le explicó que tenía ganas de aprender las letras y tener amigos, que si por favor podían recibirlos.

“No sé cómo me atreví, supongo que lo hice porque estaba segura de que nos iban a decir que no –recuerda emocionada–. ¡Cuando el señor dijo que bueno no lo podíamos creer! Nos fuimos saltando todo el camino a la casa ¡imagínate! Entonces mi hermano dice ‘¿Y qué vamos a hacer con la mamá?’. Chuta... ahí recién me acordé... Claramente iba a hacer un escándalo y nos iban a terminar echando ¡qué vergüenza! Temimos lo peor, pero todo salió muy bien. El director, seguro al vernos tan grandes y sin saber nada, llamó a mi mamá a reunión y quizás qué le dijo. Lo que haya sido la asustó porque nos dio permiso para ir”.

En la primavera de 1972, con 12 y 11 años respectivamente, la tía y su hermano comenzaron a asistir a clases. Por supuesto que entraron a primero básico y todos sus compañeros eran menores, pero para ellos el colegio era la oportunidad de sus vidas.

“Nunca nos interesó la educación en sí, no pensábamos que fuera útil saber cosas. Bastaba ver a nuestra mamá que era analfabeta y vivía de lo mejor, o al papá que por muy culto que fuera estaba en la calle igual que nosotros. La idea de ir al colegio era aprender por curiosidad y porque todos lo hacían, pero más que nada porque nos daban comida. Tener leche y galletas aseguradas durante el día era lo mejor que podía pasarnos”.

Con el paso del tiempo, Esteban iba ascendiendo de curso gracias a sus buenas calificaciones, mientras que ella repetía sin poder avanzar. “Él es el más inteligente de la familia, ahora le va muy bien por eso. Incluso sacó su cuarto medio y aprendió un oficio con el que llegó a ser jefe y ganar mucha plata. Si hubiera tenido las oportunidades quizás ahora dónde estaría. ¿Y yo? mmm... Bueno yo no –afirma y se larga a reír sin tapujos–”.

Después de unos años y ya sin Esteban para acompañarla decidió abandonar la escuela, pensó que jamás volvería pero uno años más tarde, viviendo con Flor, ésta la obligó a retornar. “En esa segunda tanda llegué hasta quinto básico y ahí quedé. Simplemente no pude aprender más, era un problema mío de no poder retener las cosas”. No es la única de la familia con problemas de aprendizaje, de un total de siete hermanos vivos, tres son completamente analfabetos.

“Mira... yo sé leer pero no mucho escribir. O sea, puedo hacer mi nombre y conozco las letras, pero no sé dónde van en algunas palabras. No te sabría decir si “hacer” va con «h» o sólo la «a», entonces es como si no supiera nada. Y para peor mi letra es fea, no... horrible. No te imaginas lo complicado que es vivir con eso. Cuando voy a algún lado y tengo que llenar un ficha ponte tú, invento que se me quedaron los lentes en la casa y le pido a la señorita que por favor me la haga. Hace poco me atreví a mandar mensajes de texto, pero solo lo hago con alguna amiga muy cercana que no se fije mucho. Uno se acompleja un montón”.

–¿Y leyendo...?

–Sí, la gente siempre dice eso, que si uno lee harto va a saber cómo escribir las cosas. Cuando joven creí y lo hice, me leí montones de esas novelas Corín Tellado que uno después cambiaba. Eran baratas y cualquiera podía leerlas. También leí otras cosas... en fin, nunca funcionó, no retengo no más. Es algo con lo que tengo que vivir, además hay cosas peores.

Me da casi susto preguntar a qué se refiere y por suerte no tengo que hacerlo, mi abuela ya despierta y aburrida, interrumpe con un grito desde el comedor “¡¿Le contaste ya de tu marido o de las cosas que pasamos en el trabajo?!”

–¡Nooooooooo!, –responde también gritando la tía– ¡primero le voy a contar de mis cicatrices!

Se arremanga un poco los pantalones para mostrarme, pero lo hace rápido, como si en verdad no quisiera. No alcancé a ver mucho pero para qué insistir. Parecen estrías blancas, más claras incluso que su piel, pero nada terrible o muy feo. Es un pedacito distinto nada más. Aclara que cubren la mitad de su cuerpo y que en su juventud le trajeron mucho pesar, pero por sobre todo rabia.

### **Marcada a fuego**

Sucedió cuando tenía 10 años, era pleno invierno y el frío calaba los huesos. Se hacía urgente calentar la casa de algún modo, así que para variar la mandaron a ella. “*Nena* anda a conseguirte parafina para el *choncho* o nos congelamos” dijo su madre. Justo ese día se había levantado con ganas de sentirse linda, así que andaba con un delantal de nylon bien pegadito al cuerpo para verse más *monona*.

Partió feliz a lucirse pero no alcanzó a llegar muy lejos. Dos casas más allá una vecina le ofreció un trato: “Yo te doy parafina pero tú me tienes que ir a comprar”. La niña aceptó de inmediato, recibió el balde y salió corriendo; “no se vaya a arrepentir”,

pensó. Lo malo es que el recipiente no tenía mango, así que para traerlo de vuelta lleno tuvo que abrazarlo. Con el vaivén de la marcha se le iba cayendo la parafina lo que la puso nerviosa. Por suerte la señora no se enojó y cumplió con su parte, dándole un poco en una botellita.

Ya de vuelta, su madre molesta por la demora, se la arrebató de las manos antes de que alcanzara a entrar a la casa y prendió rápidamente el choncho. “Qué frío hace”, pensó la niña, y se acercó al fuego. Toda la parafina que le había caído en el cuerpo durante el camino se prendió en un instante, fue eso... un chispazo.

—Nunca perdí el conocimiento, me acuerdo de todo. Mi mamá trató de apagarlo con una falda, lo que hizo que el fuego se prendiera más. Era tanto el dolor que salí corriendo sin saber adónde. Por suerte un vecino que iba pasando, el *Pascualito*, se tiró arriba mío y me apagó con su propio cuerpo. Andaba con un abrigo grande entonces pudo apagar las llamas. Después de eso entre los dos me entraron a la casa y me sacaron la ropa con carne y todo para que dejara de arder. A la media hora llegó una ambulancia y partí al hospital.

Calcula que estuvo unos seis meses internada. Sus quemaduras eran de tercer grado y abarcaban aproximadamente el 50% de su cuerpo. Para salvarle la vida fue sometida a duras curaciones y numerosas inyecciones, cuyo origen u objetivo no recuerda. Hoy no tolera las agujas. Además, debido a la gravedad de sus heridas en el torso, debió someterse a una operación en la pierna derecha para obtener injertos. Y si bien éstos funcionaron a la perfección, la herida en la pierna se infectó, por lo que su estado se complicó aún más.

“Horrible es decir poco... Recuerdo que me vendaban hasta el cuello igual que una momia y que todos los días me hacían curación y me cambiaban los vendajes. A veces lo que se venía era tan terrible que me dormían con una mascarilla y cuando despertaba ya se había terminado. Lo peor es que retaban un montón porque me hacía *pipí*. Me hice hasta grande no sé por qué, era algo que no podía controlar. En la casa a

nadie le importaba entonces no me preocupaba, pero en el hospital las enfermeras se enojaban un montón entonces comencé a sentir vergüenza”.

No pasaron más de tres meses antes de que otro hijo de la señora María llegara a la misma urgencia con quemaduras graves. Su hijo menor en ese entonces, Jorge, se había caído dentro del choncho quemándose el trasero y los muslos. “Jorgito tenía un año o menos, pobrecito sufrió tanto. Yo creo que por eso quedó así diferente, los nervios le arruinaron el cerebro –asegura–.” Aclaro que con *diferente* se refiere al retraso mental de Jorge, cuya gravedad u origen se desconoce porque nunca ha sido evaluado.

–Como no me iba a dar rabia.

–¿En ese momento?

–Nooo, después cuando crecí y me di cuenta de que mi cuerpo no era bonito, de que me habían arruinado. Yo nunca pude usar bikini, ni pantalones cortos ¡nada! Era tanta mi vergüenza que andaba con abrigo en verano, toda tapada para que nadie me viera. Tenía miedo del día en que alguien me mirara con cara de susto y dijera “¿qué te pasó?”. De verdad pensé que nadie me iba a querer, que nunca me iba a casar.

–Me imagino...

–Me llené de rabia, de impotencia, pensar en todo lo que me había pasado por culpa de ellos... de ella. ¿Sabías que casi quedé inválida de pura dejación?

–No. –En verdad no tenía idea de sus cicatrices tampoco, para mí siempre ha sido una mujer guapa–.

–Bueno, cuando me llegó el desarrollo y empecé a crecer, las piernas sencillamente me dejaron de funcionar y quedé postrada en la cama. Para ir al baño me arrastraba por el piso como una culebra. Recuerdo que a veces en la noche, despertaba calentita y podía pararme, pero a los cinco minutos ya caía de nuevo.

–¿Y fue al médico? ¿Cómo se solucionó el problema?

–Nadie me pescó, hubiera muerto ahí de no ser por la *Chica* –ese es el apodo oficial de la tía Flor y hace referencia a su baja estatura. Ella llegó un día cualquiera y cuando vio el estado en que estaba, me recogió y llevó con ella. En la casa donde estábamos me daban comida y como mi hermana trabajaba me tenía de todo. Al final mi problema se arregló con puras agüitas de betarraga que tomaba todos los días. Tuve suerte... hubo otra hermana, la que nació después de mí, que murió no más. Tenía como siete años cuando se resfrió y como nadie la llevó al médico ni nada, le dio pulmonía y falleció, así no más”.

### **Partir por el principio**

Para describirse a sí misma durante sus años de infancia la tía utiliza la palabra “animalito”. Me explica que para ella dormir en la calle o comer lo que fuera era normal y que la única meta era sobrevivir. Por eso dice que su vida comenzó a los quince años cuando se fue a vivir con Flor.

“Igual era cabra chica para mi edad –cuenta risueña–. A mi hermana le daba vergüenza andar conmigo porque era rara y siempre andaba con abrigo aunque hicieran 30 grados de calor. Puro me retaba y decía: ¡Pero *Nena* cómo se te ocurre! Después me convenció de volver al colegio, supongo que para que me avispara”.

“Cuando recién entré, rogaba a la *Chica* para que nos devolviéramos juntas a la casa, tenía susto de quedar sola y sobre todo a los hombres... Me habían pasado algunas cosas malas, más que nada pidiendo en la calle. También mi papá hizo cosas que no debería haber hecho... En fin, todo eso hizo que desconfiara y tuviera miedo”.

Fue difícil, pero con el tiempo comenzó a hacer amigos y confiar en otros. El colegio la ayudó a socializar con gente de su edad y madurar, a la vez que recuperaba el tiempo

perdido de su infancia. Por primera vez pudo jugar en la calle, celebrar cumpleaños y hacer fiestas, esto a los 17 años.

–¿Cuándo comenzó a trabajar?

–Trabajo formal no tuve hasta los 20 años. Antes de eso era una especie de nana en la casa donde vivíamos, sin sueldo sí, era para justificar que me dieran comida. Más tarde me mandaron a hacer aseo a una casa cuica por allá por Tobalaba, pero el nieto de la señora era puntudo y fresco así que no duré mucho. Como me fui de allá la cosa se puso *peluda* así que la Flor me consiguió trabajo en Solari.

La tía Flor para ese entonces ya llevaba varios años en la empresa y todos conocían a su hermana menor por paseos o fiestas, donde solía asistir de acompañante como una especie de hija. Por ello apenas se abrió una vacante en la guardería de la fábrica, la ofreció para el puesto y quedó de inmediato.

"Todo iba bien... Pero me embaracé y ahí cagué".

### **Mi vestido rojo**

A Patricio lo conoció en la celebración de año nuevo de 1978, un poco antes de comenzar a trabajar en Solari. Su plan original era quedarse en casa de una amiga, pero a su hermana le dio desconfianza así que la llevó a una fiesta donde pudieran estar juntas. En ese entonces era común que para fechas importantes la gente tuviera ropa nueva, por lo que ella lucía un vestido rojo con lunares blancos, ajustado y sin espalda, que Flor le había mandado a hacer especialmente para la ocasión.

El vestido causó sensación, tanto así que dos invitados apostaron por quién la conquistaría primero durante la noche. Patricio ganó porque para la tía fue amor a primera vista. Sus ojos negros, sus pestañas, la forma en que bailaba, todo le fascinó. Para la tarde del primero de enero de 1979 ya no podía pensar en otra cosa.

Esta parte de la historia hace se ponga risueña, casi coqueta, le brillan los ojos mientras recuerda. “Yo tenía otro pololo en ese tiempo, Gabriel se llamaba. Era bueno y más lindo que el sol, teníamos como tres años de relación cuando apareció el *Pato*. Era bonito porque me respetaba... yo creo que en verdad me amaba. No como el *Pato* que no era bueno, nunca lo fue. O sea en un principio sí, pero *altiro* mostró la hilacha porque me pedía que tuviéramos relaciones sabiendo que yo no quería. Nunca me respetó. Duramos un año sin nada pero fue tanta la insistencia que un día cedí. Fue horrible, doloroso, como a todas les pasa, me dice con cara de cómplice. Después ya a la segunda me embaracé”.

Nos reímos un rato de su mala fortuna, pero pronto se corrige. La verdad es que se embarazó porque quiso. Sus amigas mayores le habían dicho cómo cuidarse, pero ella quería un hijo para poder obligar a su pareja a casarse. Esa había sido la promesa desde el principio. “Pero ya pos *Nena*... ¿Para qué le pones color? –decía–. Hagámoslo de una vez, no te preocupes tanto. Si quedas embarazada nos casamos *altiro* y nadie se entera de nada”.

“Llevaba muy poco tiempo trabajando en la guardería cuando supe que estaba embarazada. Me sentía feliz, estaba tan enamorada, casi veía pajaritos. Pero cuando le fui a contar él reaccionó mal, no quería nada conmigo y menos cumplir su promesa. Tenía como dos meses de embarazo... una cosa así... y no estaba ni ahí con abortar; así que como último recurso le dije que fuera a hablar con la Flor”.

Cuando él llegó a su casa, la tía se escondió en el baño, así podría oír sin ser vista, pensó. Sentada en la taza escuchó a su hermana exigir a Patricio que se hiciera responsable y se casara con ella. Pero también oyó como él rechazaba rotundamente la propuesta, diciendo que no se sentía listo para ese tipo de compromiso y que nadie podía obligarlo. Al escuchar a su amado negarla una y mil veces quiso huir, llorar a gritos, no verlo más, pero su escondite se había convertido en prisión, condenándola a oír en silencio cada una de sus palabras.

Luego de ese episodio, él desapareció por seis meses. “Lloré durante todo mi embarazo, no porque no quisiera a mi hija sino por amor, porque me habían dejado. Además la situación era complicada, la *Chica* también estaba embarazada de un mes más que yo y tampoco era feliz. Las dos nos apoyábamos y tratábamos de seguir avanzando, total las *cagadas* ya estaban hechas”.

–Pero al final ustedes sí terminaron casados.

–Sí, pero yo ya no lo amaba, sabía que era un hombre malo.

–Pero entonces cómo... ¡qué complicado, tía!

–Es que son cosas que se le escapan a uno. Fui tonta pues *m'hijita*, estaba convencida de que la única forma de ser independiente era casándome. Además pensaba en mi hija que no iba a ver a su papá y tenía miedo de no poder criarla sola, en fin. Cuando él volvió a rogar perdón a los ocho meses de embarazo volvimos. Después el canalla volvió a desaparecer y tuve a mi hija sola en el hospital con la Flor.

Finalmente, y pese a todo, se casó por el civil en 1982 cuando su hija Jenny ya tenía tres años. La tía no tenía idea de qué había que hacer o decir, pero el tener a su hermana de pie al lado le daba seguridad.

“La Flor salvó mi vida ese día porque cuando nos preguntaron por los bienes, me dijo bajito ‘di separados *Nena*, di que quieres separación’. No tenía idea qué era lo que preguntaron pero repetí exacto lo que me dijo y firmé. Imagínate que hubiera sido de mí si mi hermana no se hubiera *avisado*... supongo que habría perdido todo”.

Los problemas en la pareja empeoraron aún más después de casados, al alcoholismo incipiente también se sumó la violencia. Pero ella se mantenía firme con la ilusión de que si jugaba el papel de esposa perfecta él se detendría y la querría más. Por ello todos los días llegaba temprano del trabajo para hacer aseo, comida y cuidar a la niña, cosa de que cuando él llegara viera todo ordenado esperándolo.

Tremenda fue su desilusión meses después cuando comprendió que no importaba cuanto se esforzara, él siempre encontraría razones para agredirla. Un viernes, los insultos y empujones subieron demasiado de tono y temiendo por su vida huyó donde su hermana. Patricio se demoró un mes en ir a buscarla.

“Cuando él apareció pidiendo perdón dijo que lo habían despedido del trabajo, entonces me aproveché y le dije ‘vuelvo contigo pero con una condición: tienes que agarrar esa plata y comprarme todos los muebles ¡Ya llevamos mucho tiempo viviendo en el suelo!’ Dijo que sí y volví con él, pero ahora con otra mentalidad. Me di cuenta de que yo también merecía descansar y divertirme porque él no iba a cambiar, así que empecé a salir con mis amigas los viernes y a pasarla mejor”.

Lamentablemente esto hizo que su marido la violentara aún más, pero se mantuvo fuerte. Estaba con él porque necesitaba bienestar para su hija y sola no le alcanzaba, nada más. Mientras lograra su meta podía cerrar los ojos ante todo lo demás.

## **El precio real**

Para 1988 estaba embarazada de su segundo hijo, *Pipo*, y su marido no hacía más que desilusionarla y agredirla, por lo que tomó sus cosas y se fue a vivir con Flor de forma definitiva. Pero fue tanto el desgaste emocional de dejar su casa que poco después de nacido el niño, perdió todo el cabello. En intento por proteger su dignidad, el grupo de amigas juntó dinero para comprarle una peluca.

“Yo fui a escogerla, sí, ellas me dieron la *plata* y yo busqué una que se pareciera a mi pelo natural. La usé por seis meses pero era incómodo porque justo estábamos verano y me *cagaba* de calor con ella –explica risueña–. Cuando estaba en el trabajo no me la podía sacar pero de repente no aguantaba más. Así que esperaba que el baño estuviera vacío y metía la pelada al chorro de agua del lavamanos, ahí recién descansaba”.

Por un tiempo parecía que la pareja al fin se mantendría separada, pero pocos años después la necesidad de casa propia los volvió a juntar. “La Cata era presidenta del sindicato cuando se abrieron unos cupos de subsidios especialmente para trabajadores. Era la oportunidad de tener casa... Era ahora o nunca”.

Para estar en la lista era necesario tener 220 mil pesos en la cuenta de ahorro, una suma importante considerando la equivalencia del dinero a principios de los 90'. Al verse incapacitada para reunirlos acudió nuevamente a su marido. Éste le dijo que ya estaba en un comité para la vivienda y que tenía todo casi listo. Ella, con desconfianza, decidió ceder.

“Como él ya estaba inscrito me salí del de la fábrica y esperé. Eso sí me preocupé de que la Flor lograra reunir la plata para el suyo. Ella siempre ha sido más quedada que yo, le da susto arriesgar. Yo le decía, ‘tú métete y ahí vemos como lo hacemos con la plata’. Un año después le salió la casa a ella y a todas las chiquillas que postularon. Mientras yo nada... la cuestión del *Pato* nunca fue. Otra desilusión”.

Pasaron dos años antes de que se abriera una nueva oportunidad y esta vez no la iba a dejar pasar. El único problema era que ahora pedían ahorrar 420 mil pesos, más del doble que la vez anterior. “Era mucha *plata* pero ya estaba decidida. La Caja de Compensación me prestó una parte, la *Quenita* me dio para otra y el resto se lo pedí al *Pato*. Le dije ‘consíguete sí o sí 150 lucas’ y me las trajo”.

Al año siguiente, 1993, le entregaron la propiedad inscrita a nombre de Elena Tomasevic. Todo parecía un sueño, con el detalle de que tendría que volver a vivir con su esposo como pago por esos 150 mil pesos. No pasó mucho tiempo antes de que la violencia regresara.

“Él terminó por convertir mi casa en una botillería, incluso amenazó con matarme porque no quería acostarme con él. Estaba mal acostumbrado porque antes yo lo hacía aunque no quisiera para que estuviera más tranquilo. Pero al final ya no podía,

tenía demasiada pena y rabia. Entonces me acusaba de tener a otro hombre, lo que no era cierto pero ¿cómo hacerle entender?”

Finalmente llegó el día en que Patricio cumplió su amenaza. En medio de una discusión tomó un cojín para taponarle la boca y comenzó a darle puñetazos en la cara hasta atontarla. Luego fue a la cocina a buscar un cuchillo, “pero justo desperté y salí corriendo. El problema es que la reja estaba cerrada con candado y no podía salir. Entonces me doy vuelta y veo ¡que viene corriendo con el cuchillo en la mano! Fue tanta la desesperación que agarré impulso y salté la reja. No me preguntes cómo lo hice, no tengo idea. Después pedí ayuda a la vecina de enfrente y ella me escondió”.

Esa fue la gota que rebalsó el vaso. Aconsejada por sus amigas decidió ir al juzgado con todas sus denuncias y constancias de lesiones bajo el brazo. El día de la audiencia se sentía feliz, “hoy te vas de aquí”, le dijo a su marido. Nada podía anticipar lo que diría el juez: “Pero señora, es su marido, no puede simplemente echarlo. ¿Por qué no intenta convivir con él aunque no sean pareja? Vamos a dejar a Carabineros atentos a su caso y hablaremos con su marido para que deponga su actitud. Con eso debieran terminar los problemas”.

Volvió a su casa destruida y sin ninguna esperanza, no quedaba otra más que seguir aguantando. Un año más tarde, sus hijos comenzaron a dar muestras de que la violencia les afectaba, esa fue la señal para abandonar definitivamente la casa.

“Lloré todo el camino hasta la casa de la *Chica*. Mi único consuelo era la promesa de que él iba seguir pagando, tenía la esperanza de volver algún día. Mientras tuviera a los niños, había razones para seguir luchando. No iba a permitir que se criaran como yo, ellos iban a tener su espacio, sus cosas, un lugar donde invitar a sus amigos, costara lo que costara”.

## Onceavo piso

Seis meses después, las chiquillas se preparaban para ir de vacaciones. Como todos los veranos el grupo de amigas partiría con hijos y todo a la playa, siendo los maridos los únicos vetados. La cita era en el terminal San Borja a las seis de la tarde, así que la tía *Nena* partió temprano al banco para sacar dinero y pagar cuentas. Sus dos hijos la acompañaban y el ánimo estaba al cien.

En la fila del banco los niños se aburrían así que su hijo menor fue a jugar con las nuevas máquinas de información a cliente. “¡Mamá mamá dame tu rut a ver que te sale!” porfiaba tirándole el brazo. Se lo dio para que jugara, sin saber muy bien de qué se trataba la máquina.



Quena, Catalina, Inés, Flor y Miriam (izq. a der.)  
Nicole y María José en brazos de Nena.  
Ventana, 1994

Cuando el niño volvió dijo “mamá según esto no te sale nada porque tienes deuda”. “Ya hijito, quédese tranquilo”, respondió sin poner atención. Al llegar a la ventanilla hizo sus transacciones y ya se iba cuando recordó lo que había dicho el niño. No pierdo nada, pensó, y preguntó por si acaso: “señorita sabe que mi hijo metió mi rut en esa máquina y le salió que yo tenía deuda ¿me puede decir que pasa?”. “Sí, –dijo la cajera– usted está seis meses atrasada en el pago de su casa”.

“Casi me desmayo, sentí que iba a morirme. ¡Seis meses! ¡Seis meses!”

De inmediato corrió a dejar a los niños donde Flor y fue a su casa a enfrentar a Patricio. Apenas entró vio los sobres sin abrir sobre la mesa y se sentó a leerlos uno por uno. Su marido ni siquiera se volvió a mirarla, siguió como si nada. Su indiferencia fue lo que más dolió, la promesa que habían hecho no significaba nada... Iba a sacarlo de la casa ese mismo día. Lo lograba o se moría.

Siguió corriendo, esta vez hacia el juzgado. Al llegar le pidió a la recepcionista que le dejaran ver a un juez. “Quizás qué cara tenía o cuánto rogué para que me dejaran entrar. La cosa es que cuando me dieron con el juez y le conté lo que pasaba, lo primero que me dice es, ‘ya... ¿pero usted se casó con bienes separados?’”. Creo que había esperado toda la vida para que alguien me hiciera esa pregunta. ‘¡Sí!’ le grité. ‘Por Dios que sí, mi hermana me dijo que lo dijera y después más encima inscribí la casa a mi nombre. ¡Es mía, es mía!’”.

“Pero el viejo maldito me miró de arriba abajo y se quedó como pensando, con cara de que me iba a decir lo mismo que el otro: ‘¿pero qué le cuesta convivir?’”. Entonces sin pensar le grité, ‘¡Si usted no lo saca de mi casa hoy mismo me voy a tirar por la ventana en frente suyo!’”.

Estábamos en el piso once y lo más increíble es que de verdad iba a hacerlo. Pensé en mis hijos que al igual que yo, iban a crecer sin nada. Pensé en todo lo que me sacrificué, para que un desgraciado forrado en plata, que no tiene idea lo que es comer *mierda*, me volviera a quitar mi casa. No... yo me tiraba, te lo juro que me tiraba”.

La amenaza surtió efecto. Salió del juzgado con una orden de alejamiento y desalojo, que tenía que entregar a Carabineros para que la hicieran cumplir. Con la orden en la mano corrió aún más, ahora para alcanzar a llegar al banco antes de las dos. Una vez allí entregó todo su dinero para pagar la deuda, justo tenía acumuladas vacaciones y un finiquito, por lo que le alcanzó casi exacto. Se quedó sin nada, ni siquiera para ir de vacaciones, pero había recuperado su casa.

“De verdad me iba a tirar –repite sonriente– así era mi desesperación. ¿Puedes creerlo?”

### Una oportunidad

–¿Estamos?

–¡No! Espere tía, nos falta conversar de su experiencia laboral.

–Ahh sí, es que nos fuimos por otro lado. ¿Dónde quedamos? ¿Quiere más bebida?

–No, gracias. Quedamos en que usted primero había sido una especie de nana y que después la contrataron en la guardería de la empresa donde trabajaba su hermana.

“Claro, yo partí cuidando a los hijos de las trabajadoras, pero justo quedé embarazada de la Jenny... ¡Ahí quedamos! Bueno, resulta que tuve a mi niña y volví, pero alguna gente reclamó que no era bueno que trabajara con mi propia hija. Decían que era injusto, que iba a ponerle menos atención a los demás y qué se yo. La cosa es que tuve que irme”.



Nena (izq.) y compañeras de trabajo  
1978

Ante la posibilidad de que su hermana quedara cesante, Flor movió sus influencias para encontrar otro puesto dentro de la fábrica y lo consiguió en confección. Pero como la tía no sabía usar máquina de coser, fue destinada al cortado de hilachas. “Cortar hilachas es bien simple, a una la sientan en un lugar y le pasan una tijera. Después viene un carrito con los paquetes de ropa hecha y hay que cortar todas las

hilachas que aparezcan. Eso es todo. Se gana poco y es muy repetitivo, la idea es no quedarse ahí sino que es como para partir”.

Y así sucedió, ya que a los pocos meses, y debido a su rapidez con las manos, fue trasladada a la máquina fusionadora<sup>3</sup>. El problema con esa posición era que la tela iba pasando por una cinta transportadora, acelerando el trabajo a un ritmo que pocos podían tolerar. Casi nadie duraba en el puesto e incluso había prohibición de ejercicio para las embarazadas por riesgo de pérdida. Sin embargo ella, decidida y acostumbrada a las dificultades, duró cinco años.

–Estuve un montón ahí, siempre con la esperanza de que me pudieran enseñar máquina.

–¿Y la tía Flor no le podía enseñar?

–Cómo, si no teníamos máquina en la casa. Además tampoco uno podía interrumpir a los otros en horario de trabajo, menos quedarse hasta más tarde en la fábrica sin permiso de alguien. La única manera era pedirle al jefe que te enseñara. Entonces yo le pedía a Juan Godoy todos los días, “por favor don Juan deme una oportunidad, yo soy rápida usted sabe y además quiero aprender algo distinto ¿qué le cuesta?”. Y de tanto insistir me dijo que sí.

Pero cuando al fin se abrió la oportunidad quedó embarazada de su segundo hijo, lo que complicó las cosas. “Creí que no me iban a enseñar. O sea sí o sí había que sacarme de la fusionadora, pero que me iban a mandar a otro lado, no a coser. Pucha que sufrí pensando eso... pero don Juan me enseñó igual... fue bueno conmigo”.

Para comenzar la ubicaron en las máquinas simples y automáticas, como las que hacen ojales o pegan presillas a los vestones. Y una vez que las dominó, le enseñaron a manejar la máquina de coser propiamente tal. En ese entonces tenía 25 años.

---

<sup>3</sup> Máquina que pega dos telas por medio de calor. Es utilizada en cuellos y puños de camisería masculina y en toda prenda que necesite soporte especial de dos o tres capas.

“Mi sección era manga, porque todo en la costura se hace así, unas hacen un pedacito y otras otro. Algunas posiciones son mejores que otras, se gana más o son menos aburridas, a mí gustaba la mía. El problema era que con Juan Godoy vivíamos peleando. Él era buena persona pero de repente se ponía molesto, le gustaba hacer bromas y cosas. Yo salí a mi mamá en ese sentido, no me gusta que me molesten, me altero *altiro*, así que le respondía y eso le molestaba. Entonces como castigo me mandaba a una máquina de pegar forros que sabía que no me gustaba ¡igual que cabra chica! Una vez me dejó por hartó tiempo... así que ya después mejor no le decía nada”.

–Oiga pero entonces lleva 30 años en costura... si partió a los 25.

–Si pero no es tanto, mi hermana lleva como 45 y tu abuelita va por ahí o más. Este es un oficio largo que no cambia mucho. Uno cose de todo, pero al final es más o menos lo mismo.

–¿Y las máquinas, no han cambiado?

–Ahh sí, eso va modernizándose. Imagínate que la *Chica* cosía con una de esas máquinas a pedales y ruedita al lado, en la que no podías retroceder o te quedaba la cagá. Ya después están las que no necesitan movimiento de pedal todo el rato, sino que mantenerlo apretado, y te dejan volver y coser dos veces una parte y no pasa nada. Aún se usan esas en los trabajos. Las últimas son las máquinas automáticas, que cortan el hilo cuando terminas y te hacen solas el atraque<sup>4</sup>.

Una vez conquistada la posición en manga, nadie la movió de allí hasta su despido en 1994. Causado por el mismo engaño del que fue víctima su amiga *Quena*. “Ese pelado nos tenía sangre en el ojo, no descansó hasta que nos echaron. Incluso contrató gente para mentir. Lo bueno fue que al final nos pagaron todo, en cambio al resto de las chiquillas las cagaron como quisieron”.

---

<sup>4</sup> Repaso de costura al finalizar un trazo para asegurar su firmeza.

Luego del despido, trabajó en varios talleres pequeños, sin contrato y por menos sueldo. Hasta que en 1998 su ex jefe, Juan Godoy, la llamó para trabajar en una nueva empresa: Jacobo Lewis. “Ahí estábamos todas de nuevo. Fue lindo porque, aunque siempre nos juntábamos, hace años que no trabajábamos juntas”. El reencuentro las mantuvo en la empresa por cinco años, hasta que las malas condiciones de trabajo, el no pago de cotizaciones y los atrasos de sueldo, hicieron que cada una volviera a tomar caminos separados.

“Después de dejar Jacobo Lewis en el año 2007, una amiga me ofreció aprender a coser muebles. Era la oportunidad de hacer algo distinto porque en la ropa nos estaba yendo mal y no se veía que fuera a mejorar. Así que agarré a la *Chica* y partimos a aprender”. Con coser muebles la tía se refiere a hacer las fundas que cubren sillones, sillas o cojines. La mayoría del trabajo es con cuero natural o sintético, por lo que se necesita aprender a utilizar máquinas especializadas en coser esos materiales.

Si bien ha pasado por distintas empresas, el rubro de los muebles fue el definitivo para ella. Hasta hoy trabaja en lo mismo y no tiene planes de volver a la confección de prendas. “Ya quedé en esto ya, me gusta más y hay trabajo, el problema es que en ninguna parte contratan, desde que me fui de Solari que las cosas no son lo mismo”.

Me explica que antes el obrero era respetado o por lo menos había contrato. En Solari ella recibía uniformes y allí se formó el comité que la ayudó a tener su casa. Insiste en que ahora los trabajadores no valen nada y que nadie respeta sus derechos. Las pymes, que son las que más dan trabajo en el rubro de la confección, se niegan a pagar imposiciones y con suerte respetan las 45 horas de jornada. Ella muchas veces ha sido presionada para trabajar los sábados y son pocos los lugares que ofrecen contrato.

“No entiendo por qué están así las cosas, ni quién se supone que tiene que hacer algo. Lo único que sé es que no va a seguir por mucho porque las cosas están cambiando. La juventud no aguanta lo que nosotros, yo lo veo en mi hijo. Él exige sus

derechos. Me dice ‘mamá tú no tienes que permitir que te estafen, esos son unos sinvergüenzas, ándate y denúncialos’”.

Si bien en un principio se aprovechaban de ella, con los años ha seguido el consejo de su hijo y ha aprendido a hacerse valer, lo más importante dice es la información. Me cuenta que muchas veces la gente pierde porque no sabe sus derechos y se queda con lo que el jefe dice. Hoy cada vez que tiene una duda va a la Inspección del Trabajo a preguntar y pide que le den por escrito la ley o reglamento que la ampara para presentarlo a su empleador. Su técnica le ha permitido salir ganando en la mayoría de sus disputas y aprender bastante.

–¿Qué ira a pasar con su rubro en el futuro?

–Van a trabajar las puras viejas. La juventud quiere ganar plata y en condiciones dignas, todos estudian y hay más oportunidades. ¿Quién se va a encerrar a coser hasta fundirse las manos?

–¿¡Usted ya empezó con los *achaques*!? ¿Tan luego?

–Si pos, ya me duelen las manos y el brazo derecho, todas las que trabajamos en esto terminamos igual. Por eso si tú me preguntas yo hubiese preferido ser secretaria o vendedora. Siempre me gustó trabajar con gente, mi verdadero sueño era ser enfermera. Pero en todos esos trabajos tienes que escribir o llenar fichas... y en enfermería hay que estudiar... En todo caso coser no es malo, igual me entretiene y mientras tenga para vivir y salir los viernes ¿qué más?

### **A grito pelado**

No es tan tarde porque aún entra luz por la ventana. Por el sonido distingo que mi abuela cambia los canales de la plasma de 42 pulgadas a gran velocidad, ya está aburrida.

–Tía le tengo que preguntar... ¿Cómo hizo para sacarse la rabia? Esa que le vino en su juventud por todo lo que había sucedido.

–Fui al psicólogo, ya vieja sí, como a los 30. Tantos problemas con el *Pato* me dieron depresión, así que tuve que ir al médico. Mientras me trataban descubrí que había muchas cosas que yo consideraba normales, que no lo eran. Entendí que me casé con un alcohólico golpeador porque era el único tipo de familia que conocía. Eso me abrió la mente, supe que era yo la que tenía que cambiar.

“Pasé por varios psicólogos, incluso uno me mandó al cementerio a pelear con mi mamá y decirle lo que pensaba. Así que ahí estaba yo a grito pelado discutiendo con una tumba ¿qué habrá pensado la gente? Que estaba loca seguro, lo que tampoco era tan falso”.

–Espere, ¿su mamá está muerta? ¿En qué momento fue eso?

–Mi mamá murió el 88’ de la enfermedad del embudo. Se vino a vivir con nosotros justo un año antes, cuando estaba con prenatal por el *Pipo*, viviendo con la *Chica* y recién me habían dado permiso para aprender máquina ¿Te acuerdas?

Con la enfermedad del embudo ella se refiere a cuando, debido a cáncer de mama avanzado, el pezón de la mujer se deforma hacia adentro. En ese punto hay muy pocas posibilidades de sobrevivencia.

“Ella tenía 56 años cuando la trajimos a vivir con nosotras porque se veía media decaída, así como viejita. Y cuando llegó a la casa y la bañamos, lo primero que vimos fue que le salía materia de uno de los pezones. ‘¿Qué te pasó ahí mamá?’, pregunté, y ella dijo que se había pegado en la micro con un fierro para afirmarse. No le creímos y la llevamos al doctor”.

Desde la primera visita al médico se les informó que no había mucho por hacer, el cáncer estaba demasiado avanzado. Sabiendo que no duraría mucho, las hermanas trataron de que disfrutara sus últimos meses.

“Fue bonito porque cuando nació el Pipo, ella lo regaloneaba y jugaba con él, algo que nunca hizo con nosotros. Incluso una vez dijo en el almacén que yo era una buena hija. Ahí me di cuenta de que me quería, que sentía algo por mí. Por eso tampoco le recriminé nada y perdí la oportunidad de preguntarle muchas cosas”.

La señora María se mantuvo estable hasta que la tía *Nena* volvió a trabajar y se vieron en la obligación de internarla. Al verse lejos de su familia, murió en una semana. “Dijo que la habíamos abandonado, nunca entendió que lo hicimos por su bien, para que estuviera bien atendida. Al contrario de lo que pensé en mi juventud, lloré mucho cuando se fue. Llevábamos un año juntas y me había encariñado con ella como nunca antes. Fue un final cruel... justo cuando nos habíamos reencontrado”.

Cinco años después en el cementerio, mientras gritaba a una lápida todo el dolor que le carcomía las entrañas, se sorprendió a sí misma echándola de menos. “Hubieras sido una buena abuela... vieja loca... qué te costaba quedarte”.

## Miriam

La tía *Miri* es una mujer preciosa cuyo cuerpo no se ha enterado que tiene más de 60 años. De piel oscura y tersa, pómulos altos, cabello negro brillante, ojos *achinados* y contextura delgada, es el tipo de persona que los alienígenas querrían conservar bajo el rótulo de «Princesa indígena de Chile».

Siempre va a las juntas con tacos de mínimo 8 centímetros y ropa moderna pero sobria. Además, transforma su pelo según la ocasión igual que las actrices: a veces tiene rulos, otras ondas y más de alguna vez pelo liso. Bendecida con belleza natural, usa poquísimo maquillaje que reemplaza con accesorios de muy buen gusto. Jamás he visto sus manos sin al menos un anillo.

Su cuerpo grácil y cuidadas maneras parecen corresponder a una persona delicada y sutil, pero tras su apacible sonrisa se alza una mujer aguerrida con coraza de hierro y alma curtida por el trabajo duro, que por milagro genético su cuerpo no acusa. Dotada con la sabiduría de la hormiga, que labora sin apuro ni descanso hasta construir palacios en grietas olvidadas, ha logrado convertir su casa básica en un próspero negocio que no hace más que crecer.

Empresaria de temer y matriarca de la familia, todas las noches antes de dormir traza objetivos nuevos que va anotando en una libreta mental. Metas que por cierto no la distraen del cuidado de los nietos, manejo del orden en casa y las cuentas del negocio. Todo sin perder el estilo ni el humor, porque si hay algo que la define además de la belleza es su filosa lengua. Posee respuestas ingeniosas para todo, algunas inocentes y otras ácidas que ya cuentan con varios cadáveres a su haber. Para la tía, empujar las barreras de lo correcto y reír de aquello que se supone no hay que hablar es un verdadero deporte.

Roberto, su marido por más de 40 años, es un hombre sencillo y amable que suele respetar mucho los tiempos de su mujer. Hoy luego de almorzar no es necesario

que le digan que se vaya, solo se va a dormir siesta al segundo piso. Hay un poco de culpabilidad en esto de invadir las casas y desterrar a los esposos, pero el brillo en los ojos de la tía indica que se muere por contar su historia.

Conversamos en la cocina, junto a la misma mesa donde almorzamos. La casa es hermosa, todo con el buen gusto característico de la tía y un visible esmero en los detalles. Al frente puedo ver el living y a mis espaldas está la puerta que conecta con el negocio de artículos de aseo, comida para mascota y demás, que tienen en el patio de su casa esquina.

### **Al norte**

“Yo soy del sur, dice a modo de introducción y declaración de principios. Nací en Carahue el año 54”. Jamás había escuchado ese nombre en mi vida. Pacientemente me explica que es una comuna de la Región de La Araucanía, colindante a Puerto Saavedra, Nueva Imperial y Chol Chol. Allí vivió hasta los seis años, cuando migró con su familia a Isla de Maipo.

A mediados de siglo pasado aún era común que los dueños de fundos en la zona central fueran al sur en busca de trabajadores. Ofrecían llevarse a la familia completa, casa digna y vida mejor. Con esta promesa en mente, su padre –mapuche acostumbrado a trabajar la tierra– decidió firmar contrato y tomar el tren al norte junto a su esposa y siete de sus hijos, dos de ellos hombres aptos para el trabajo. No pudieron llevarse más de lo que podían cargar así que hasta los niños más pequeños llevaban ollas, cucharones o frazadas.

“Llegamos sin nada, a casa pelada. Pero mi mamá estaba contenta porque la casa era de material sólido, con chimenea, parrón y hasta corredor de patio, así como casa de campo. Era un cambio grande de la choza donde vivíamos así que no preocupaban los

muebles. Lo mejor de todo era la abundancia, las uvas estaban para llegar y agarrar, lo mismo que todo lo demás. La pobreza que vivíamos era de ropa, pero no de hambre”.

Para Petronila, su madre, Isla de Maipo constituía un escape en el que había puesto sus últimas esperanzas. Creía que en Carahue su marido se rodeaba de malas amistades que incitaban su alcoholismo y violencia. Todos los fines de mes se iba con ellos recién pagado a la casa de remolienda y aparecía una semana después, sucio, borracho y furioso. Ahora, en Isla de Maipo y con nuevas personas quizás iba a cambiar... Además, sus hijos mayores tendrían trabajo y estaría más cerca de María, su niña mayor que a los 16 años se había ido como empleada a Santiago.

La hilera de 14 casas se ubicaba a las afueras de los fundos La Arquería y San Javier, el primero propiedad de Víctor Pinto y el segundo de su esposa. El espacio se dividía entre paltas, limones, naranjas, huevos, chanchos y uva, siendo este último el cultivo más grande y demandante.

La tía me advierte que las uvas son muy caprichosas “y no se dan *así porque sí*”, es un proceso largo que comienza por plantar, podar y amarrarlas a una totora. Después, cuando la uva está en verde, se deben sacar las hojas de más porque le hacen sombra al racimo, lo mismo con los zarcillos provenientes de otras matas para que no se mezclen. En algunos casos hay que enfundarlas para que el sol no las queme. Es un proceso larguísimo y engorroso.

Víctor solía pasar en un auto rojo todas las mañanas y tardes frente a la pequeña población. “Don Víctor –suspira cariñosamente–...él nos hacía siempre con la manito para saludarnos. Fue gracias a él que recibí, sin saber, mi primer regalo de Navidad”.

–¿Cómo, sin saber?

–Nosotros qué íbamos a saber que en la Navidad se daban regalos o había que hacer un árbol; nada de eso. Un año cualquiera me acuerdo que nos reunieron y don Víctor regaló un atado de tela floreada a todas las mujeres, seguramente para que se

hicieran un vestido o algo, y a mí me dieron una muñeca, mi primera muñeca. Después andaba con ella para todos lados ¡era como mi sombra! Además, le hacía ropa; tenía todas sus tenidas en una caja de zapatos.

–¿Pero cómo?! ¿Quién le enseñó a coser?

–Así *chamullado* porque mi mamá no sabía hacer ropa, cosía a mano no más las sábanas que se hacían de saco. Yo me las ingeniaba de la nada y hacía pantalones, faldas, chalecos y hasta vestidos chiquititos. Más encima todos los días le cambiaba de ropa según la ocasión sin haber visto nunca nada de eso. Todas las personas que había conocido eran pobres, no tenían mucho y siempre usaban más o menos lo mismo ¿De dónde saqué esas cosas? Vaya uno a saber.... Por eso dicen eso de las vidas pasadas... hay cosas que uno trae...

Nos miramos y hacemos silencio digno de algo tan misterioso como las vías pasadas y tan real como la violencia de la pobreza.

### **Sin delantal**

Hace calor y tomamos bebida sacada directo del refrigerador de su negocio. La tía está vestida con unos bluyines sencillos, polera manga corta y los infaltables tacos que en este caso, situación casual, son de sólo 6 centímetros ¿Cuántos zapatos tendrá?

“Yo llegué hasta séptimo básico, fui la que más estudió de mis hermanos y era muy buena alumna”, comenta orgullosa. Su vida de estudiante comenzó a los seis años en el sur, pero por la mudanza perdió una parte de primer año y en Isla de Maipo la pasaron directo a segundo. Luego en cuarto básico su madre la envió a vivir con su hermana María, ya casada, a Santiago, el año se dio por perdido y al volver a casa tuvo que repetirlo.

Sin embargo, y a pesar de los atrasos e interrupciones, nunca bajó las notas ni descuidó la buena conducta. Sus padres no comprendían el esmero ni la insistencia en seguir yendo después de lo que consideraban mucho tiempo.

“¿Para qué vas a *hueviar* allá?”, preguntaba insistentemente su padre, mientras Petronila se negaba a ir a las reuniones de apoderados porque “puro pedían plata”. Nadie nunca le miró la libreta de notas ni preguntó qué aprendía, pero poco importaba ya que en el colegio se sentía segura y recibía la atención que en casa escaseaba.

–Yo me llegué a matricular sola después cuando ya mis papás no estaban ni ahí.

–¿Y no le preguntaban por su mamá?

–Sí, pero yo decía –la risa se cuele entre sus palabras–... que no podía venir porque tenía que hacerle comida a los trabajadores.

–¿Y era mentira? –asumo contagiada por su risa–.

–No, pero tampoco era verdad. Lo que pasa es que en la casa trabajaba mi papá y dos hermanos mayores, el *Toño* y el Pablo. Entonces mi mamá les cocinaba cosas contundentes al almuerzo y en la tarde, cuando también se comía. Yo exageraba eso para que sonara como que los trabajadores eran muchos y que por eso no aparecía, pero la verdad era que no quería no más.

Pese a sus esfuerzos por continuar, su suerte acabó cuando la obligatoriedad del uniforme escolar, instaurada por Eduardo Frei Montalva, fue acatada por el colegio. Su madre dijo “no tengo para delantal, uniforme ni ninguna de esas cosas, si no te aceptan así no vas no más”. Esas palabras dieron por finalizada su etapa escolar. Lloró hasta más no poder por la pérdida de una vida que atesoraba y hasta de un *pololo* que, dice, “había encontrado por ahí”. Al poco tiempo debió comenzar a trabajar y ya nada volvería atrás.

–¿Sabes qué Rosanita? Yo todavía tengo guardadas mis libretas del colegio.

–¡¿En serio?!

–Sí... –confirma con una sonrisa de ojos tristes–, de ahí todo se fue cuesta abajo.

### **La Carmela se va**

Si hubiese que resumir el inicio laboral de la tía en una palabra, esta sería “secuestro”. Es más, su relato podría corresponder a la perfección con el de una víctima de tráfico de personas.

En Isla de Maipo había una mujer encargada de “ubicar” a las niñas cuando sus padres ya no podían mantenerlas. Cual versión real del *Viejo del Saco*, este personaje tomaba a las jóvenes y las hacía desaparecer. Su método de trabajo era codearse con las comunidades de clase media y alta de Santiago, a la vez que conocía a todas las familias en Isla de Maipo. De este modo, cuando una persona necesitaba una *niña de mano* con tales o cuales características, ella se acercaba a ofrecerle la chica exacta acorde a sus necesidades porque las conocía a todas.

Para cerrar el trato, la mujer ofrecía ver a la candidata en persona y organizaba un viaje en el auto del interesado a la casa de la niña. Así fue como una tarde aparcó un vehículo desconocido en la puerta de la tía *Miri* y de él bajaron tres personas: la *Vieja del Saco* y una pareja. Hasta hoy recuerda perfectamente el sórdido diálogo que escuchó escondida detrás de la puerta.

La mujer explicó que el matrimonio necesitaba una empleada y que podía ser Miriam o su hermana mayor, Nelly. También se discutió el precio y los términos del arreglo que incluían una visita a casa cada 15 días. “Ya, ¿satisfechos todos? –dijo la *roba niñas* para finalizar la negociación– ¿Cuál ofrece?”. “Que vaya la *Carmela*”, respondió seca su madre.

Sin tardanza ni dirigirle palabra, Petronila la mostró brevemente a la pareja y ordenó sus escasas pertenencias en una pequeña maleta. “Hija, te vas con ellos –dijo mientras la subía al auto–, pórtate bien y haz caso. Chao”.

–¿Eso fue todo? Espere, ¿su apodo es *Carmela*?

–Sí, porque me llamo Del Carmen. Y sí pues, así no más me metieron en el auto y llevaron lejos. Yo lloraba sin parar, no entendía como me habían mandado con esa gente que no había visto nunca. El dolor que sentí... fue muy grande.

El vehículo la fue a dejar a Plaza Egaña, barrio de clase media habitado por profesionales y comerciantes. Olga y Mario, sus nuevos empleadores, eran un matrimonio a la espera de su tercer hijo y con necesidad de ayuda para los quehaceres. *Carmela*, promocionada como niña hacendosa acostumbrada a ayudar a su madre, parecía la respuesta a sus problemas. Descripción que, si bien no era falsa, resultaba por lo menos engañosa.

“Era obvio –explicó Olga a su marido– cómo iba a saber encerrar si su casa no tiene piso. Por mucho que ayudara, lo que sabe no nos sirve”. La pareja, ante la disyuntiva de despedirla o enseñarle, optó por lo segundo y así comenzó su vida laboral.

Esa fue la única casa en toda su trayectoria donde la trataron bien. Tenía una habitación cómoda y comía con la familia. Olga incluso se tomaba el tiempo para enseñarle a hablar mejor y consentirla. Allí también fue la primera vez que vio televisión con regularidad y tuvo un programa favorito, *Juani en Sociedad*, telenovela protagonizada por Silvia Piñeiro y Emilio Gaete. Otro de los beneficios era que le permitían llamar a sus hermanas, María y Nelly, también empleadas domésticas, a sus lugares de trabajo para que no se sintiera sola.

“En esa casa yo fui muy querida; la señora Olguita cocinaba hartas cosas ricas como galletas o queques y siempre comía. Lo único malo era que tenía que desmugrar pañales y yo era *asquienta*, entonces no me gustaba, pero además de eso nada... Esa gente era realmente buena, me hacían sentir como parte de la familia...”.

Las razones por las que se fue son confusas. Explica a tropezones que llegó un momento donde no pudo soportar la lejanía con su madre y sintió la imperiosa necesidad

de huir. Para ello aprovechó una de sus salidas cada 15 días y cuando llegó la hora de volver a Santiago simplemente no lo hizo. Además, como era su primer trabajo, no supo valorarlo porque no tenía con qué compararlo.

Ese domingo en la noche, cuando Petronila escuchó a su hija anunciar entre lágrimas que no viajaría a Santiago, en vez de regañarla o insistir optó por la indiferencia. ¿Qué sentido tenía pelear? En menos de un mes volverían a ofrecerle otro trato y ella aceptaría ¡Que la *Carmela* renunciara cien veces daba igual porque otras doscientas la vendrían a buscar! Nelly y María al principio habían hecho lo mismo y de lo mejor que trabajaban después.

Esas doscientas contrataciones fueron la cuesta que la tía bajó durante muchos años. En ella aprendió lo que era recibir sobras, comer encerrada en una cocina y dormir en cuartuchos abandonados llenos de baratas. Con tanto abuso e indignidad estuvo al borde de olvidar su condición de ser humano, de rendirse, de convencerse que ésa era la vida que merecía.

Pero entonces, al borde del abismo, el ring del teléfono la rescataba. Las risas disimuladas de sus hermanas mayores tras el auricular le recordaban quién era y de dónde venía. El trío constituía la única red de apoyo en el Santiago cruel que se las había tragado y, aunque fuera por un minuto, esos resquicios de libertad hacían más llevadera la condena que compartían.

### **El pequeño drama de la enceradora**

—Oiga, que bueno que por lo menos entre las tres se apoyaban, algo es algo.

—Si —afirma suavemente—, la *Mari* fue la madre que siempre quise. Tenía cinco años más que yo no más, pero era tan grande...

Una de sus anécdotas favoritas es como una vez la rescató de una casa horrible y limpió su reputación. Ella tenía 15 años y trabajaba para una familia muy acomodada en Echaurren, calle cercana al Parque O'Higgins que en ese entonces se llamaba Parque Cousiño. La vivienda era tan antigua que con suerte tenía ventanas y sus moradores vivían a oscuras. Para ella, criada en los amplios páramos campestres, la falta de sol directo era insoportable.

“Eso de que las cosas reflejan a los dueños es verdad ¡el alma de esa gente era tan negra como su casa!”, insiste. Cansada de los abusos sufridos durante sus primeros 15 días de trabajo, usó su único día libre para pasar las penas donde María, quien tras escuchar el relato tomó una decisión drástica: “Te vas de ahí hoy mismo”.

Decidieron que la mejor forma de hacerlo era que no volviera a trabajar el domingo, sino que se quedara con ella hasta el lunes e ir juntas a renunciar y recoger sus pertenencias. Sabían que no iba a ser fácil enfrentarse al carácter endemoniado de la mujer, así que hasta habían ensayado lo que iban a decir.

Ese lunes, a las 9 de la mañana, se presentaron en la puerta de la casona y, como era de esperar, la mujer, ya odiosa de tener que abrir por sí sola la puerta, no pareció intimidada por sus diálogos ensayados. Sin escrúpulos anunció que *Carmela* no recibiría paga alguna por las dos semanas trabajadas y que el “parcito” no iba a poner un pie en su casa.

Ante la negativa María recurrió a su última carta y amenazó con ir a denunciar a la comisaría. Sabía que era poco probable recibir ayuda de Carabineros, pero el escándalo y posteriores rumores en el barrio serían inevitables. El plan, lejos de funcionar, sólo la hizo reír: “Si vas dónde los *pacos* les contaré que tu hermanita rompió la enceradora y exigiré una compensación. ¡Incluso reteniéndole el sueldo me van a quedar debiendo! Después de eso ¿quién la va a contratar?”.

Por supuesto que la historia de la enceradora era falsa. A María le bastó una mirada a los ojos de su hermana para saberlo. Confiada replicó: “Ya, vamos y usted

denuncie lo que se supone está malo. Voy a exigir que venga un oficial a probar la enceradora y ahí usted va a pasar una vergüenza muy grande... A los carabineros no les gusta perder el tiempo sabe... en una de esas le sale más barato pagarnos”. La frase surtió efecto, el rostro de la mujer cambió de inmediato y cinco minutos después estaban camino a casa con el dinero y las cosas.

–Que valiente su hermana, era como para asustarse.

–Sí, pero la *Mari* no se *achunchó* y ganamos. Cuando iba saliendo pasé por la cocina y en frente de ella prendí la enceradora ¡y funcionaba de lo mejor! –exclama a carcajadas–.

### **No le paro a la vieja**

Luego del sus 15 días de infierno en Echaurren, volvió a Isla de Maipo sólo para ser enviada nuevamente a quién sabe dónde. Con los años, ya desencantada de la figura de su madre, no sólo la pasaba mal en el trabajo sino que también en los escasos momentos de retorno al hogar.

Petronila era dura con todos sus hijos pero a las mujeres las presionaba el doble, en su mente el rol femenino no era tal sin una cuota de sufrimiento y restricción. Los golpes y castigos excesivos eran parte de la rutina, los que fueron escalando hasta resultar en que la tía huyera definitivamente del hogar.

María por supuesto la recibió en su casa y comenzó a correr la voz de que su hermana necesitaba trabajo. Blanca, una de sus cuñadas, informó que tenía el dato de una mujer a la espera de una nana del sur, “mientras llega ¿Por qué no le dices a la *Mirita* que vaya?”.

La señora en cuestión se llamaba Amada Urs, inmigrante alemana que trabajaba como nutricionista en el Hospital J. J. Aguirre. El trabajo consistía en cocinar y ver a sus

hijos de 3 y 5 años. La vasta experiencia de la tía aseguró su contratación inmediata fijada el 2 de noviembre de 1969.

Una de sus labores diarias era ir a dejar al hijo mayor a kínder, el colegio quedaba lejos y la caminata era larga. Con el tiempo descubrió que un vecino de enfrente la seguía y no sólo en ese momento, sino que también cuando iba a comprar o a ver a su hermana. En un principio sólo la miraba pero después hasta le hacía sonidos como para llamar a los gatos. “¿Quién se cree que soy?”, pensaba indignada.

Cuando por fin el hombre habló se preparó para lo peor, seguro le diría cosas feas como los *gallos de la construcción* ¿Tendría que pegarle acaso? Pero de su boca sólo salieron frases hermosas; decía que ella era linda, maravillosa, sus ojos de estrellas, sus manos de reina ¿Y su pelo? Bello también, por supuesto. Por primera vez se encontró a sí misma pensando en la posibilidad de que quizás no eran tan horrible; tal vez sí había algo en ella digno de mirar.

Se llamaba Roberto y una vez le dio un beso en la esquina, “por cansancio”, asegura. Jamás pensó en él como algo a largo plazo pero, para ser justa, en esos años evitaba todo tipo de planes a futuro. ¿Para qué si todo terminaba en decepción?

No supo cómo se encariñó, algo había de soledad, de inseguridad, de pena. Además, él era bueno, la trataba con cariño y siempre sonreía. Mientras ella criticaba sus toscas maneras, él la pensaba perfecta, y si ella dudaba del amor, él permanecía seguro.

Su trabajo con la señora alemana duró poco porque la niña del sur llegó a los pocos meses. Ya en casa de su hermana pensó que la relación había terminado, pero allá apareció Roberto tan dulce como siempre. “Tiene que buscar trabajo en ‘El Mercurio’ *Mirita*”, aconsejaba. Pero ella no conocía Santiago ¿Cómo llegaría a las entrevistas? “Yo la llevo”, decía solícito. Siempre era igual de atento, a ella le parecía extraño. ¿Era eso el amor?

Con ayuda de su ahora *pololo*, consiguió trabajo como empacadora de zapatos en un taller de la calle Chiloé, su primer “trabajo serio”, recalca. Allí al fin pudo tener amigas y conocer gente nueva de igual a igual. Se sintió grande y de pronto Roberto le pareció poco; su seguridad renovada la llevó terminar la relación. “El problema era que él no quería”, me dice muy seria.

–Pero era suya la decisión ¿o no?

–Sí pero el *Rober* siempre me convencía. Todas las mañanas estaba a las 6:30 de la mañana esperándome en la esquina de mi casa ¡imagínate a la hora que se levantaba! En ese tiempo no había micros, así que de su casa a la mía había que caminar una media hora. Sus esfuerzos me ablandaban... Siempre volvíamos, pero después yo de nuevo lo dejaba y así. Pasamos un año en el tira y afloja y en ese tiempo hasta tuvimos relaciones.

Por si fuera poco, en medio de su confusión sentimental se encontraba una suegra salida del infierno. “¡Deja tranquilo a mi hijo mal nacida!” , gritaba cada vez que los veía juntos en el barrio y ahora que se había mudado, iba especialmente a humillarla a la casa de su hermana. Su locura la llevó a amenazar a María y a todos con quienes cruzó, a excepción de su amado e inocente hijo.

Todos los que conocían a la suegra le aconsejaban que terminara la relación: “Te va a hacer la vida imposible si te casas”, aseguraban, pero los consejos caían en oídos sordos. Finalmente fue María la que dio la sentencia final, cuando cansada de ser gritoneada por la señora, le indicó que “lo dejara lo más pronto posible”.

Ante las palabras de su hermana, la tía al fin se decidió. Al día siguiente lo citó para decirle que iba a terminar y que esta vez sí que era en serio, que nada en el mundo podría hacerla volver. Él, alertado por la seriedad de sus palabras, cayó en desesperación. Lloró y juró todo lo que pudo, incluso trató de arrodillarse, prometerle el cielo y la tierra, pero sus palabras se perdían en el vacío, ella ya no escuchaba.

Esa noche durmió intranquila. El peso que se había quitado al cortar definitivamente la relación volvió a las pocas horas en forma de extraña inquietud. A la mañana siguiente salió a trabajar con el corazón apretado, esperaba verlo en la esquina pero no estaba. Se convenció de que todo estaba bien, que de seguro él había comprendido y al fin podría retomar su vida, pero ¿por qué estaba tan nerviosa?

A las 12 en punto tocaron la puerta del taller, era Gervasio, amigo de Roberto que había ganado su apodo por la increíble similitud con el cantante: “Miriam el *Rober* está en la *posta*, se trató de matar, ven pronto”. Casi se desmayó, más que por amor por culpa. Era tanta la desesperación que tuvo que ir a tomar fuerzas a su casa antes de ir al hospital.

María fue tajante: “No vas a ninguna parte *Carmela*, la vieja ya estuvo aquí y amenazó con matarte si te veía por allá”. Pero para ella no había opción, se sentía responsable de lo sucedido y quería arreglarlo. Apenas lo dieron de alta esa misma tarde, se fue directo a su casa. Sorprendentemente, la suegra no le impidió verlo y hasta los dejó solos. La visión de Roberto moribundo le sacudió el piso.

“Sin ti no puedo vivir, si no me quieres moriré”, anunció débilmente. Sin encontrar respuesta, ella solo lo abrazó y se quedó a su lado. Durante una semana permaneció allí solo saliendo para ir a trabajar, cuidándolo para que mejorara. A la cuarta noche entre sueños le dijo, “promete que te vas a quedar a mi lado para siempre”, y ella, asustada de negarse, aceptó. Jamás pensó que lo recordaría a la mañana siguiente ni menos que se lo tomaría tan en serio, pero Roberto nunca lo olvidó.

A los diez días de quedarse y viendo que ya estaba recuperado, decidió volver a su casa. No alcanzó a estar ahí una hora cuando Roberto apareció en su puerta exigiendo el retorno, muy serio, como nunca antes, dijo, “usted me hizo una promesa y esas se cumplen... así que se viene *altiro*”.

—Yo agarré mis cositas y me fui, no tuve valor para negarme ¿Y si se mataba?

–Pero tía, cómo puede ser eso, si usted no estaba segura.

–Tenía 16 años y estaba asustada, no quería cargar con una muerte en la espalda. Imagínate que ya van más de 40 años con él... –abstraída comenta–. Para que veas tú como es el destino.

–¿En qué sentido?

–Al día siguiente que terminamos, la mamá del *Rober* tenía que ir a hacer una entrega a Lautaro, ¿te dije que era comerciante? Él esperó que se fuera, como a las 7 de la mañana, para tomarse todas las pastillas que pilló. Pero justo a ella todo le salió mal, la micro no le paró, se le desarmaron los paquetes en el camino, y así, hasta que perdió el tren. La cosa es que falló el viaje y cuando llegó, muerta de rabia, pilló a su hijo con la espuma saliéndose por la boca.

“¿Qué hubiera pasado si la primera micro le hubiera parado? Yo no estaría casada con él ni tendría a mis hijas ¿Cómo sería mi vida ahora? Pequeñas cosas, insignificantes a primera vista, pueden hacer la gran diferencia. El chofer de ese bus jamás sospechó las consecuencias que tendría el no pararle a la vieja llena de paquetes”.

### **Sin anestesia**

Su vida con Roberto comenzó en diciembre de 1970 y al mes siguiente ya estaba embarazada. Aún se sentía confundida sobre sus sentimientos y no entendía muy bien cómo había terminado viviendo allí. Su suegra la maltrataba sin piedad y esta vez no había dónde huir.

“Yo no quise a la *Elsita*, me da mucha pena, pero así fue”, afirma con lentitud. Me explica que a los 16 años aún era una niña que salía a jugar con sus amigas del barrio y aunque era difícil saltar la cuerda con un vientre de ocho meses, ella igual le hacía empeño. Su suegra la trataba peor que nunca y aumentó sus labores hasta convertirla en

la empleada de la casa, pero si se apuraba y terminaba rápido, podía escaparse un rato a la calle cual Cenicienta. Roberto nunca hizo nada.

Los meses pasaron rápido y pronto llegó a la hora del parto. La tía asegura que había toque de queda, aunque su marido porfíe que durante el gobierno de Allende no hubo tal cosa, y que los dolores empezaron en plena noche. Una ambulancia la fue a buscar y a las dos de la mañana la dejaron completamente sola en el Hospital Barros Luco; los dolores continuaron sin descanso toda la noche.

“¿En qué piso estoy? ¿Me podré suicidar a esta altura?”, se preguntaba tristemente al ver que ninguna enfermera ni doctor parecían interesados en ella. “Deja de quejarte tanto *cabra*, todavía te falta”, era lo único que le decían.

A la mañana siguiente, el 21 de octubre de 1972, nació su primera hija y no sintió nada; era como si su corazón estuviera vacío. Durante los siguientes 15 días se negó a alimentarla hasta que se pudrió la leche en sus pechos, causándole un dolor inimaginable. Por supuesto que la guagua también enfermó y tuvo que llevarla al policlínico.

“Ya ni me acuerdo de lo que tenía; sólo sé que el doctor fue y la tomó con una sola mano para mirarla completa. Entre los dedos del médico se veía tan chiquitita que me dio pena... así que me decidí a quererla... pobrecita...Solo desde ese día fui madre”.

Una vez asumida como mamá, probó todos los remedios caseros que escuchó para no tener más hijos. Metió los pies en agua caliente, tomó malta hirviendo y se lavó de forma furiosa cada vez que tenía relaciones, pero nada sirvió... Tres meses después del parto estaba embarazada de nuevo. Todas las lágrimas del mundo no podían arreglar su problema, así que tras varios meses de miseria emocional, simplemente se resignó.

El 30 de octubre de 1973, casi a un año exacto de su último parto, sintió nuevamente el dolor de las contracciones. Otra vez había toque de queda, ahora impuesto por Pinochet, y había que llamar a la ambulancia, pero ella se resistía. No

quería otro hijo y pensaba alargar su nacimiento lo más posible, aunque fuera media hora. El problema es que de tanto esperar llegó un punto donde ya no pudo moverse.

Isolina, una vecina que las hacía de doctora, enfermera y componedora de huesos, fue la encargada de dirigir el parto. “Ya hija, sé valiente y puja largo”, dijo la mujer al ver que ya se había roto la fuente y que el parto era inminente. A la tía esas palabras le sonaron a condena, pero nuevamente se encontraba sin salida, había que sacar el bulto sí o sí.

—¡No puedo creer que haya tenido un hijo en la casa!

—Pero si en ese tiempo todavía se usaba. Muchos nacían en la casa porque no había hospitales o porque la gente prefería atenderse con la partera que conocía antes que irse a meter con extraños que venían quizás de dónde. A mí la señora Isolina me vio todos los embarazos y atendió los problemas de la familia completa hasta que murió. Era la doctora del barrio y una amiga, nada que ver con los médicos de ahora que cobran *un ojo de la cara* y a veces ni solucionan lo que tiene uno.

—Sí pero ¿y la anestesia?

—Ahhh sí... el dolor fue tremendo, jamás lo olvidaré. Fue como que me agarraron las dos piernas y las separaron hasta rajarme. Yo creí que me había partido en dos. Pero con la niña ningún problema, después la llevé al hospital y la encontraron sanita, todo bien. ¿Te das cuenta? No sólo los doctores saben hacer las cosas.

Tener a Ivonne en los brazos no fue como esperaba. En vez de rechazo sintió un verdadero *shock* de energía, de deber, de compromiso. “Ahora debo luchar por la dos”, se dijo y nunca dejó de repetirlo, a veces débilmente en las mañanas al levantarse, otras con desmesurado fervor al acostarse. Porque si Elsa la había convertido en madre, Ivonne la transformó en adulta.

### **Intento 1., 2., 3...**

Pasaron años antes de que la tía se decidiera por un método de lucha y trazara un camino. El primer paso fue abandonar la resignación mental y atreverse a soñar una vida distinta, asunto que suena fácil pero que en verdad no lo es tanto. Años de desilusiones la habían convencido de que aceptar la vida como viene es la única forma de sufrir menos. Pero esta vez era distinto, si ella no cambiaba las cosas ¿qué iba a ser de sus hijas? ¿Serían empleadas también, durmiendo en cuartuchos infestados de *baratas*? No, todo menos eso...

Roberto trabajaba en tapicería de muebles y tenía talento, el único problema era que no le gustaba “estar *apatronado*”. Su sueño era ejercer el oficio de forma independiente, pero la falta de dinero e iniciativa para formar un negocio propio no le dejó más opción que trabajar con un tío en un pequeño taller donde ganaba muy poco.

Las preferencias laborales de su esposo hacían que la familia dependiera de su suegra para sobrevivir. Así que por mucho que la detestara no quedaba otra que avanzar al segundo escalón: involucrarse en los negocios de la mujer para ganar su ayuda.

–Por eso aprendí a coser, para cooperarle a mi suegra con las ventas y que ella le comprara leche a mis hijas.

–¿Y qué cosía?

–Enaguas para niña. Ella compraba sacos llenos de retazos de tela que teníamos que cortar y coser para comerciantes que revendían en Chillán.

Para ganar su favor cosió noches enteras sin descanso hasta terminar decenas de sacos. En un principio resultó y la situación mejoró un poco, pero pronto la mujer retomó sus viajes de negocios al sur, que podían durar de tres meses a un año, y la familia retrocedió al punto de partida.

La única salida era trabajar, ¿pero qué hacer con las niñas? Analizando sus opciones se topó con que la mejor disponible era ir a vender a la feria. Allí a nadie le molestaba que fueran los hijos y podía manejar su horario. Envalentonada, esa misma mañana pidió dinero a Roberto para comprar un saco de ropa y a las 7:30 del día siguiente ya estaba instalada en la feria para venderlo. “¿Debo gritar como los verduleros o esperar a que la gente se acerque a preguntar?”, dudaba al ver que nadie mostraba interés en su mercancía.

–Empezar en la feria fue difícil, me daba hasta vergüenza que la gente me mirara mucho, pero con los años uno aprende.

–Pero al final, ¿logró llevar más dinero a la casa?

–Claro, si después tuve éxito, vendía en el persa y en varias ferias, invertía en mercadería y me iba bien. Gracias a eso me atreví a tener a la *Solita*.

–¿Por qué más hijos?

Cuenta que a lo largo de su adultez vio a muchas embarazadas felices y quería saber cómo se sentía. Necesitaba experimentar la maternidad con nuevos ojos y como ya tenían más dinero ¿por qué no? Solange nació en el hospital a mediados del 82' y fue todo lo que soñó. El embarazo fue un disfrute y una vez nacida sintió amor de inmediato. Todo el proceso la ayudó a perdonarse; no había nada malo en ella como madre, lo que había fallado antes había sido producto de la inmadurez y el mal estado emocional.

A mediados de los 80', con tres hijas al hombro y más experiencia laboral, cambió los sueños por proyectos e inauguró su libreta mental. La primera anotación fue «comprar casa» y el plan para conseguirla incluía ingresos estables del tipo que se conseguía trabajando en una empresa. En el barrio se decía que en las fábricas textiles siempre había trabajo para las mujeres y como ella ya sabía coser partió por ahí.

Su primera experiencia fue en Valrop, una empresa dedicada a la confección de bluyines y otras prendas de mezclilla. Una amiga que trabajaba allí la presentó al jefe y comenzó sus labores cosiendo forros ese mismo día, pero la mala paga, el frío y un comedor inmundo, la hicieron renunciar dos jornadas más tarde.

Sin rendirse siguió buscando y al poco tiempo encontró un nuevo empleo en un taller pequeño. El jefe era un chileno recién llegado del extranjero que había comprado una casa e iniciado un taller en ella. El patrón, René, ejercía a la vez de cortador, y la maquinista principal era tan experta que también las hacía de modelista. Hasta la secretaria era también la diseñadora. Más aún, trabajaban con telas muy delicadas, del tipo que requiere un manejo liviano y rápido de la máquina que no cualquiera sabe hacer. En caso de error las puntadas generan fisuras en la tela y esas marcas, consideradas grotescas, arruinan la pieza.

Siendo la única inexperta se sentía abrumada por la dificultad. “Yo no sabía nada, puro coser recto, ni pretinas<sup>5</sup> pegaba, entonces era mucho pedir”. Finalmente, la ausencia de utensilios básicos como cocina para calentar comida y hasta de lavamanos en el baño, la hicieron renunciar a los cinco meses.

Mientras esperaba por una nueva oportunidad volvió a las ventas en la feria y trabajos esporádicos. Estaba trabajando como empacadora de uvas en Buin cuando Inés, hermana de la amiga que años atrás la había llevado a Valrop, le ofreció llevarla con ella a Diebermann. El 7 de marzo de 1989 tuvo su entrevista con Juan Godoy.

“Ya, siéntese aquí *m'hijita*, le dijo bruscamente y como si estuviera apurado. Para esta costura tiene que dejarle un centímetro de este lado y después tomarla por acá y seguir por aquí hasta llegar el final. Cuidado con eso que no se le enrolle”. Fueron las únicas palabras de Juan antes de dejarla sola en la máquina por el resto de día.

---

<sup>5</sup> Tira de tela que va alrededor de la cintura o cadera de los pantalones, suele contener el botón y ojal de cerrado, más los soportes del cinturón.

“Más que un entrevista esto parece fusilamiento”, pensaba la tía acongojada mientras esquivaba las miradas curiosas de las maquinistas a su lado. La costura que la habían mandado a realizar era la cercha<sup>6</sup> del vestón que de por sí era complicada. Sin tener idea de lo que estaba haciendo, al final del día le encontraron todo malo.

Para peor la empresa era tan grande que cuando fue al baño se perdió y tardó más de media hora en retornar a su puesto de trabajo. Al tercer día ya estaba de vuelta en Buin para seguir empacando uvas y olvidar de una vez por todas sus aspiraciones de maquinista. Con 35 años quizás ya era hora de resignarse.

–*Pucha* tía... Pero entonces, ¿cómo volvió?

–Volví porque me gusta *echar la talla*, mi lengua suelta me llevó de vuelta–, sonrío pícara.

### **¿A dónde vas?**

Mientras conversamos se me va la vista hacia la bolsa repleta de uvas verdes sobre el mueble de la cocina. Traté de disimular pero a la tía no se le va una... al rato me preguntó como por casualidad, “¿Quiere uvas Rosanita?”. Me dio vergüenza pero acepté, se las habían traído del campo donde algunos de sus familiares aún residen.

Por lo general, la tía sólo retornaba de Buin los fines de semana, pero ese día viernes tenía que ir a hacerse un examen al Barros Luco. Eran las 7 de la mañana cuando salió de su casa a tomar la micro y se encontró con Inés de camino al trabajo. Su amiga había estado sentida con ella por haber mal aprovechado la oportunidad que le había conseguido, así que optó por hacer como si no la hubiera visto. Se disponía a continuar su camino cuando Inés la interrumpió.

---

<sup>6</sup> Costura que va alrededor del cuello en zigzag entre la tela exterior y la pañeta (genero de capa interior usada para dar firmeza a cuellos y puños). Su dificultad radica en la delicadeza de la tela y en que al ser cosida siguiendo una forma redonda, requiere de cierta experiencia en la máquina.

–¿Miriam adónde vas?

–Voy a Solari a buscar trabajo, respondió como jugando, solo para ver la cara que pondría su amiga ante el descaro de su respuesta.

Increíblemente apenas pronunciadas las palabras apareció el bus que servía para llegar a la calle 5 de Abril. “¡Corre que allá está la micro!”, gritó Inés tomándola del brazo. Sin pensar se subió y una vez arriba se percató de los ridículos alcances que estaba tomando su broma. “No queda otra que seguir el juego”, pensó, y se preparó para volver a la fábrica. Inés sonreía.

Cuando llegaron a la puerta de la fábrica, le dolía el estómago de los nervios y no podía sino maldecir por enésima vez su negro sentido del humor. “El portero dice que Juan no ha llegado, espéralo aquí para preguntarle apenas aparezca”, aconsejó su amiga. Ella se limitó a sonreír y se despidieron. A los cinco minutos divisó al jefe dando vuelta en la esquina, de chaqueta blanca y zapatos blancos, llevaba la última moda en ese entonces.

–Don Juan, buenos días, –dijo lo más humilde que pudo– ¿se acuerda de mí?

–Pero claro que me acuerdo de usted –respondió.

–Yo sé que me fui, pero fue porque no estaba preparada para una fábrica tan grande... ¿Usted cree que pueda haber otra oportunidad para mí?

–Pero claro *m'hijita* ¡Oportunidad siempre hay! Yo la tendré en mente para, apenas salga algo, llamarla.

Sorprendida por sus palabras de amabilidad no supo cómo responder, solo lo observó muda. Al ver su reacción, Juan dio por terminada la conversación y entró al edificio. Aún pasmada se dirigió al paradero del bus que la llevaría al Barros Luco, iría aunque estuviera atrasada, ese día andaba con suerte y en una de esas la atendían.

–Yo le debo mucho a Juan Godoy, como jefe era medio bruto pero una excelente persona.

–¿Era *mino*? –pregunto con la boca llena de uva– Lo digo porque un hombre tiene que tener personalidad para vestir de blanco.

–No, no era *mino* –responde pensativa–... Pero era de esos tipos que no se achican ante nadie, tenía harta personalidad tal como tú dices. Todos se podían poner nerviosos con él, pero nunca al revés. Juan podía estar frente a la mujer más linda y seguía como si nada, por eso era buen jefe, inspiraba respeto.

A los pocos días de la conversación con Juan la suerte le volvió a sonreír. La encargada de hacer “Vista”<sup>7</sup>, pidió permiso para ir a hablar por teléfono a la esquina y jamás regresó. Entonces la tía *Nena*, que ya había salido de la máquina fusionadora y se encargaba de la atracadora, aprovechó la oportunidad y solicitó quedarse con esa posición. Juan aceptó y de inmediato gestionó para que Miriam tuviera su segunda oportunidad en la máquina atracadora.

Las máquinas atracadoras sirven para hacer y asegurar ojales, pegar presillas y coser etiquetas. Sólo había una para toda la sección de vestón y era una posición decentemente remunerada. Para la tía constituía la respuesta a sus plegarias; sólo quedaba por aprenderse bien el camino de regreso del baño y buscar amigas.

Lo primero fue cosa de tiempo y para lo segundo contó con ayuda de Inés, quien le presentó a su grupo que incluía a su vecina de máquina, *Nena*, y a Flor, *Quena*, mi abuela y varias más. Para ella, verse por primera vez en un grupo tan grande, resultó aterrador. “Yo era muy pollita, veía a las chiquillas con tanta personalidad que me cohibía... y a la *Florcita* que era tan linda y risueña... no es que ahora no siga siendo bonita pero cuando joven lo era aún más...Imaginate que llegué el 28 de marzo a la atracadora y fue recién para el 10 de mayo que hablé y me integré de verdad”.

---

<sup>7</sup> Costura recta que une el cuello del vestón con su base.

El destape ocurrió para el día de la madre de 1989, cuando entre cerveza y cerveza logró demostrar sus dotes humorísticas. No cabía de la felicidad cuando se percató de que sus bromas y ácidos comentarios en vez de molestar causaban sensación. ¡Al fin estaba frente al público correcto!



Catalina, Flor y Miriam (izq. a der.)  
1992

No sólo fue su humor el que encontró sitio sino también su autoestima; tenía dinero propio cada mes y amigas que la valoraban como persona. Pero sin duda lo más importante fue darse cuenta de que no estaba sola. Muchas mujeres habían pasado lo mismo que ella e incluso cometido los mismos errores. Habían cientos ¿miles quizás?, albergando los mismos sueños y esperanzas.

El cambio de actitud se notó de inmediato e hizo que su suegra agudizara sus ataques. Ya no sólo era contra ella sino contra su familia completa. “Yo no vendo la casa sólo por estos *huevones* –solía decir a las vecinas–, sino fuera por mí estarían en la calle”, pero al llegar a casa insistía en que se fueran.

Una tarde, cansada de callar, la tía *Miri* respondió furiosa “¿¿sabe qué!?! ¡Me voy a ir tal como quiere, pero me voy a ir cuando tenga mi casa y no antes! ¡¿Está claro?!” Desde ese momento, como era de esperar, su enemistad empeoró hasta hacer la convivencia imposible.

–Cuando salieron las viviendas para los trabajadores en el 90’ yo fui de las primeras en inscribirme y puse *altiro* mis ahorros en donde dijeron. Incluso me atreví a pedir una casa esquina para tener la posibilidad de tener un negocito pequeño. Estaba

súper emocionada pero mi suegra me decía todos los días que me iban a estafar; supongo que eso era lo que deseaba...

–Apuesto a que era la más feliz cuando se fueron.

–No, lloraba amargamente y después cayó en una depresión espantosa. Para peor yo me llevé todo lo que habíamos comprado con Roberto y dejé la casa pelada, hasta la loza quedó a la mitad...

–Entonces al final la quería.

–No creo... –guarda silencio por un momento como sopesando sus palabras–, su pena era porque no iba a tener a quién humillar. Se me hace que le gustaba tenerme ahí para sentirse superior, entonces cuando me fui y vio que yo era tanto o más que ella, le dio pena. Así es la gente Rosanita, hay mucha envidia en este mundo–, advierte con seriedad mientras me observa comer uvas sin descanso.

### **¡Todos con todos!**

Ante la pregunta de si participaba en el sindicato de la empresa asegura que no, pero se contradice de inmediato diciendo que lo integraba y que vivía con mucho nerviosismo las negociaciones colectivas. Según cuenta, cuando el altavoz voceaba los nombres de las cabezas del sindicato para ir a reunión con los dueños, a todos se les anudaba el estómago.

“¿Qué irán a conseguir? ¿Habremos pedido mucho?”, pensaba nerviosa mientras cosía acaloradamente en espera de que la gente saliera y se llamara a reunión extraordinaria. La idea era dar a conocer los avances o retrocesos de la negociación formalmente durante la reunión, pero siempre se filtraban cosas en el almuerzo lo que hacía todo muy entretenido y hasta adrenalínico.

Para ella, la política de partidos es algo lejano, cree que tanto izquierda como derecha roban y mienten por igual. Con el sindicato era distinto, dice, porque estaba organizado desde abajo y realmente se hacían cosas, como celebraciones con buena comida, entretenimiento y baile hasta el amanecer.

En el caso de las fiestas patrias se organizaba un verdadero carnaval, donde los trabajadores se tomaban la empresa casi sin limitaciones. “Ahí se metían todos con todos ¡era el *acabose!*”, asegura sonriente. Para Navidad, en cambio, el ambiente era familiar, con regalos para los hijos y elección de reina entre todas las niñas presentes.

Pero no todo era para enfiestarse, había un pozo de ayuda en caso de que un trabajador tuviera una emergencia o accidente, *polla*<sup>8</sup> común, y negociaciones efectivas con los dueños donde sí se conseguían cosas.



Miriam, Malena, Flor, Quena y Catalina (izq. a der.)  
Fiesta de alianzas. Septiembre, 1991

Fue para una de las fiestas del 18 de Septiembre que una de las amigas más revoltosas del grupo, Praxedes, se esguinzó un pie bailando cumbia con don Enzo, el menor y más guapo de los tres hermanos dueños de la empresa. A Juan, patrón de

---

<sup>8</sup> Sistema anual o semestral de ahorro grupal por cuotas que mes a mes sortea el pozo completo a alguno de sus miembros.

sección, le correspondía la tarea de buscar un reemplazo para hacerse cargo de la máquina de golpe<sup>9</sup> y escogió a la tía *Miri*.

“Lo bueno de Juan era que sabía todo del vestón, podía manejar al revés y al derecho todas las máquinas y te enseñaba personalmente”. Para la ella esos 15 días fueron como un *aguinaldo* del cielo porque ganó 11 mil pesos semanales en vez de los 7 mil acostumbrados. Y eso que no cosía ni la mitad de rápido que Praxedes porque era nueva en la máquina; seguro su amiga terminaba muchos más forros y ganaba 14 o 15 mil por semana.

–Es harta la diferencia tía, increíble la importancia de quedar en una buena posición.

–Sí pues, la Praxedes llevaba muchos años en la empresa entonces había logrado agarrar allí. La *Florcita* y otras también tenían buenas máquinas, pero como yo llevaba poco no tenía mucho donde escoger. Había que esperar a que alguna se fuera y hablar con Juan de las primeras no más. Pero todo cambió con el español.

Los cambios instaurados por “el español” hicieron que el sistema de pago por posición desapareciera y pesara más la velocidad promedio por prenda. Para los trabajadores era fácil burlar el sistema de cálculo de velocidad al trabajar más lento durante las mediciones y ganar el doble de sueldo.

Ese fue el caso de mi tía, cuya situación económica fue de ensueño durante un poco más de un año, tanto que “ni sabía qué hacer con tanta *plata*”. Para después descender a los infiernos tras la quiebra de la empresa debido a la llegada de prendas chinas a muy bajo precio y acelerada precisamente por el descalabro en las remuneraciones.

---

<sup>9</sup> Máquina que hilvana el forro interior del vestón. Es tarea complicada porque no debe quedar totalmente ajustado a la tela exterior o se romperá, ni tampoco suelto porque arruina el acabado. Deben quedar espacios en lugares específicos que aseguren movilidad a la prenda sin deformarla.

“Fueron los chinos –afirma seria mientras rellena por tercera vez mi pocillo de uva–, era mucho lo que entraba y a precio ínfimo”. La empresa trató de incorporar nueva tecnología y abaratar costos pero ya era demasiado tarde. Chile estaba muy atrasado en términos industriales. Su llegada a Diebermann en el 89’ coincidió con los últimos coletazos de una batalla perdida.

“Yo llegué justo cuando empezaron a llegar las máquinas automáticas que hacían el atraque y cortaban el hilo y también unas computarizadas que traían una pantallita donde se manejaban las puntadas. A mí no me tocó ninguna porque yo trabajaba en las automáticas, como la de atraque donde cosía yo y la de golpe que era donde se hacía millonaria la Praxedes –dice risueña–. Esas cosas nuevas iban a las posiciones más importantes y que tenían que salir rápido como la que unía espalda o pegaba manga”.

La empresa finalmente quebró en el 98’ sin pagarle un peso a nadie. Hay muchas versiones de lo que sucedió en los meses previos. Flor cuenta que el tío de los dueños intentó comprar la empresa entera para salvarla y ellos se negaron por orgullo. La tía *Miri* afirma que la culpa de que no les pagaran nada es del presidente del último sindicato, Segundo Fuentes.

La historia dice que los dueños, a sabiendas de que la quiebra era inevitable, ofrecieron a Segundo el pago de la mitad de los años de servicio a todos los trabajadores y terminar la empresa ahí, a lo que él se negó por extremista. Con extremista se refiere a que era muy de izquierda y no entendía los límites de las cosas.

¿Cómo ganó la votación para negarse entonces? Contaba con el apoyo incondicional de los planchadores de la empresa, una multitud de hombres a quienes él invitaba a tomar todos los viernes con dinero del sindicato. Ellos aprobaban todo lo que él decía y ganaban las votaciones aunque todos los maquinistas, en su gran mayoría mujeres, estuvieran en contra.

Otro aspecto importante en la quiebra fue la muerte de Tito Solari, dueño original y fundador de la empresa, cuya capacidad para los negocios no logró traspasar a ninguno de sus tres hijos.

–Yo justo llegué el año en el que él murió.

–Oiga tía ¡usted llegó justo para todas las cosas! –exclamo con mucha risa–.

–Es que el final de los 80’ fue una época de cambios tremendos y yo llegué a Solari en el 89’ ¡justo! ¿Qué quieres que haga? –dice divertida antes de continuar con su relato–. El funeral de don Tito fue triste, él era muy querido y respetado por todos sus trabajadores...–de la nada sus palabras, antes muy serias y a tono de funeral dan paso a una carcajada enorme.

–¿Pero tía qué le pasa?

–¿Tu abuela te contó el numerito que se mandó en el funeral? –pregunta muerta de risa.

Sin contenerse para esperar mi respuesta cuenta que durante la ceremonia se dieron varios discursos, él era un empresario exitoso de una familia importante y había muchísima gente. ¿Por qué mi abuela habló? ¿Era presidenta del sindicato en ese entonces? No lo recuerda, sólo sabe que ella fue la encargada de hablar por los trabajadores. Como buena oradora habló con gran elocuencia y emoción de quien había respetado y querido profundamente, todo iba bien y el público estaba emocionado.

“Hasta que para concluir el discurso dijo: ‘No queda más que decir... descanse en paz don Enzo...’ ¿Entiendes? ¡Se equivocó y nombró al hijo! –exclama riendo a más no poder–. Para peor no se dio cuenta *al tiro* sino que fue cuando miró la cara de don Enzo que *cachó* que la había *cagado*”.

Todos los presentes guardaron en silencio en un esfuerzo sobrehumano por no reírse y para peor mi abuela se deshizo en disculpas tras el micrófono, alargando

eternamente su intervención. Hasta que Enzo, el aludido, subió al podio para rescatarla con un “por favor no se preocupe”, que oyó todo el mundo, y bajarla de allí.

Más tarde comprobaría que este es una de los *chascarros* favoritos de las chiquillas y que a mi abuela le da mucha vergüenza, razón por la que decidió omitirlo durante todos estos años.

### **Dignidad al 50%**

Tras la quiebra, la tía de inmediato buscó empleo y migró de taller en taller por varios años. En ellos tuvo casi puras malas experiencias y fue como regresar al principio, cuando los lugares con suerte tenían cocina. Una de las excepciones en cuanto a precariedad fue su estancia en El Águila, empresa dedicada a ropa de mezclilla. Allí había casino con todas las comodidades y buena comida, pero estaba el problema de la disciplina. El patrón, Abelardo, hombre de baja estatura, taxista a medio tiempo y militar frustrado, mantenía a sus trabajadores como si estuviera en un regimiento.

Todo era sospechoso y prohibido, no se podía ingresar con cartera o bolso más allá de portería y diez minutos antes de la hora de inicio, una mujer entraba a los casilleros para apurar a todas las que aún se estuvieran cambiando de ropa. También el baño se cerraba con llave hasta las nueve y después de nuevo a las 17:30 para que nadie sacara la vuelta al empezar o terminar la jornada.

Si alguien llegaba atrasado, Abelardo lo humillaba frente a todos y hasta para salir había que hacerlo en fila y en un orden específico. Tantas reglas le resultaban insoportables pero necesitaba el dinero. Cuando finalmente la despidieron a los diez meses de trabajo, y pese a no tener más opciones, sintió alivio.

Un mes después, en junio de 2000, habló a Juan para decirle que no tenía empleo y él la llevó a Trial, donde también estaba Enzo como gerente. Al poco de llegar llamó a Flor, que estaba trabajando en una fábrica de parcas frente al Teatro Teletón, y la

convenció de venir con ella. Todo iba bien, ganaban buenos sueldos y como se manejaban por el sistema de paga por velocidad, se apresuraban hartos en la mañana para poder sacar la vuelta y conversar en la tarde. Dos años después, cuando ya pensaban que se iban a jubilar allí, sucedió el malentendido con Enzo y las despidieron.

–Pucha sí... la tía Flor ya me contó cómo fue.

–Es que eso fue un error. Lo que pasó es que de nuevo subieron mucho los sueldos por esa *huevo* de pagar por tiempo y avisaron que teníamos que cambiar de contrato. Ahí decía que nos iban a pagar menos por prenda y que qué se yo.

“Entonces cuando pregunté que si eso era todo era porque ya sabíamos lo que iba a pasar, nunca fue mi intención faltar el respeto a nadie. Todo ya se había filtrado y para qué seguir escuchando algo que todos sabían... más encima que don Enzo era tan lento para hablar... no terminaba nunca la reunión ¿Me entiendes?”.

Pero para Enzo fue inadmisiblesu actitud y Juan tampoco las defendió. Testigos dijeron que al ser consultado por la situación dijo, “bueno si hay que echarlas hay que hacerlo no más, si se ponen *huevo* que se vayan y punto”. Y tal cual, a las 11 de la mañana del día siguiente les informaron que no se iba a requerir más de sus servicios.

Más tarde, durante el humillante ritual de ir a buscar las cosas y pasearse por la empresa mientras todos miran, la tía hizo esfuerzos por mantenerse digna e incluso responder a las pesadeces de las secretarias. Pero su plan de mujer respetable cayó al suelo cuando Flor fue desbordada por la pena y, a pesar de sus numerosas súplicas y consuelos para acallarla, se deshizo llorando frente a todos.

Luego, en 2002, varias del grupo se volvieron a encontrar en Jacobo Lewis y mi abuela la propuso al jefe como candidata a la vacante de “Pin Pon” o “traca traca”<sup>10</sup>. La máquina para esta posición era cara y pocas empresas la tenían, por lo que eran aún

---

<sup>10</sup> Máquina especial que hace una costura detalle en todo el contorno del vestón para darle mejor acabado y elegancia.

menos los que sabían manejarlo. Ella había aprendido en Diebermann y, tras demostrar sus habilidades, fue contratada de inmediato.

Los buenos tiempos en la empresa duraron poco, pero se mantuvo firme a pesar del frío, los bajos sueldos y la falta de imposiciones. ¿Por qué? Porque el jefe tenía sentido del humor y psicología para convencer. No se enojaba por los atrasos o ausencias sin avisar y hacía sentir a los trabajadores como en familia para que a la hora de reclamar sintieran culpa. ¿Cómo quejarse después de lo comprensivo que había sido con las faltas de los trabajadores? ¿No era eso injusto?

Sin darse cuenta pasaron ocho años y cada noche los compromisos y plazos de su libreta mental parecían más lejanos ¡había que hacer algo!

### **En medio no**

Ya no hay uvas, de mi frenesí goloso solo quedan ramas secas. Se oscureció y esta vez mi abuela no llama porque está entretenida en la casa de su hija sin sospechar que no he llegado.

–¿Sabías Rosanita que mi papá tenía tierras en Carahue? –, comenta cariñosamente.

–¿En serio? ¿Y qué pasó?

–Las cambió por vino...

Durante la primera mitad del siglo XX los acuerdos de palabra aún valían y se podía conseguir una propiedad a cambio de lo que fuera que el propietario necesitara con muchas ganas en el momento. Engañar a los adictos era mucho más fácil y así fue como su padre, quien iba a heredar un pedazo de terreno grande en Puerto Domínguez, se lo dio todo a una sobrina a cambio de vino.

Su abuelo materno, en cambio, dejó todo a su segunda esposa, 40 años menor con la que se casó poco antes de fallecer. Recordarlo le llena los ojos de lágrimas: el tiempo que vivió con él fueron los únicos recuerdos felices de su infancia. “Mis primeros años los viví en una choza que se llovía entera, pensando que las goteras nos iban a inundar y a ahogarnos. Cuando, a los cuatro años, me mandaron donde mis abuelitos fue como ir al paraíso”.

Ellos tenían un campo enorme entre Puerto Saavedra y Carahue, donde se cultivaban manzanas y guindas, y se criaban corderos, cerdos, gallinas, abejas y vacas para consumir y vender. En la gran casa patronal la niña tenía un lugar especial por lo que era vestida con telas de calidad y usaba zapatos de cuero por primera vez.

Durante dos años los días pasaron tranquilos, cuidando que los chanchos no se pasaran al cultivo, entreteniéndose en la cocina y recibiendo a su abuelo con una cueca improvisada cada vez que venía a almorzar. Él feliz tomaba cualquier cosa a mano para usar de pañuelo y unírsele.

Después cuando llegó la hora de iniciar el colegio también era él, quien orgulloso, la iba a buscar y a dejar en su carreta, siempre cargada de frutas para la niña. Todo parecía un sueño hasta que llegó la oferta a su padre para ir a Isla de Maipo, y pese a los intentos de sus abuelos por adoptarla, Petronila se la llevó.

Cinco años después cuando al fin pudo regresar todo había cambiado, su abuelo estaba viudo y muy triste. Empeñada en devolverle la sonrisa dedicó todo su verano a bailar, conversar y pasear con él, pero al final de la temporada nuevamente su madre la arrastró de regreso. Él para consolar sus llantos prometió que a la mañana siguiente, cuando la fuera a dejar a Temuco, le daría un reloj.

“Teníamos que salir a las cinco de la mañana para llegar a la ciudad a las nueve y mi abuelito iba a manejar la carreta, pero fue tanta su pena de separarnos que amaneció enfermo y no se pudo levantar. Sólo salió para decirme adiós con un pañuelo blanco cuando la carreta partía... ésa fue la última vez que lo vi”.

Hoy, sin haber recibido nunca el reloj, busca recuerdos de su abuelo en todas partes. Parece verlo cada vez que aparece una carreta en su camino o come manzanas grandes, con los programas de televisión que recorren los campos, con el olor a harina tostada y bailando cueca.

–*Pucha* tía...

–Más encima que me fui a puro pasarlo mal; mi abuelito jamás me hubiera sacado del colegio ni mandado a trabajar a casas ajenas. Él me hubiera protegido de tantas cosas...

Dice que quizás por haber estado dos años en el campo su familia la sentía menos cercana. Incluso su madre, que era fría con todos, la trataba aún peor. “En la Isla mi mamá dormía con todos los hermanos chicos menos conmigo; a mí me mandaban a dormir con los mayores en una pieza aparte”.

La habitación tenía dos camas, una en la que dormía su padre y otra que compartía con Pablo y *Toño*. A los pocos meses el mayor se casó y quedó a solas con Pablo. Ahí empezaron los problemas.

Habla muy bajito y atropelladamente como si no quisiera ser interrumpida para no arrepentirse. Sus manos juegan con el individual de plástico en la mesa y no saca los ojos de ello, quizás para evitarme. Hace un rato me preguntó si acaso seguíamos grabando, le respondí que sí pero no pidió que la apagara ¿Debí haberlo hecho?

Él tenía 19 y ella 11, todas las noches después del trabajo el joven salía a juntarse con sus amigos y cuando regresaba borracho intentaba violarla. Su única defensa era afirmarse los calzones con ambas manos, concentrada en no llorar ni gritar para que su madre no se enterara. Cada vez que parecía a punto de perder la batalla su padre, durmiendo en la cama de al lado, tosía con fuerza y el sonido mandaba a su hermano a dormir automáticamente

¿Habría sabido lo que pasaba? Cree que sí porque una noche, tras meses de infierno, cuando llegó la hora de acostarse y ella se negó llorando, él la tomó de la mano y se la llevó a dormir con él. Afortunadamente un par de meses después se cambiaron de casa, dentro del mismo fundo, y cambió el orden de camas.

“Yo quedé con mi hermana Rosa y dormía tranquila; el único problema era que cuando venían visitas a quedarse de nuevo se reordenaba todo y nos metían al Pablo en la cama. Entonces yo trataba de acostarme lo más temprano posible para agarrar una orilla y dejar a mi hermana en medio”.

Décadas más tarde, cuando a su hermana le quedaba poco de vida tras el diagnóstico de un cáncer fulminante, tocaron el tema por primera vez. A ella le habían hecho lo mismo muchas veces y también trataba de dejar a su hermana en medio. La tristeza les sacó carcajadas.

### **Esto sí es lo último**

–Yo siempre quise tener un negocio, después de tener mi casa me dediqué 100% a ahorrar para eso.

–Ahorrar cuesta, siempre sale algo y uno gasta.

–No pues, si una está determinada hace esfuerzo y mantiene su platita lo mejor posible. Yo siempre estuve en *polla* y además juntaba aparte. Cuando trataba de tener casa, en los 80', llegué a tener un millón de pesos en la cuenta, lo que en ese tiempo era mucha plata.

En febrero del 92, mientras observaba de pie a Patricio Aylwin cortar la cinta para inaugurar su población, la libreta mental de la tía *Miri* corría a toda velocidad. Estaba tan ocupada reescribiendo plazos, tareas y costos que no escuchó los aplausos y

se perdió el discurso. Toda su concentración iba a la siguiente gran tarea: formar una tienda en el patio de su flamante casa esquina.

El mayor obstáculo no era el dinero, eso con esfuerzo se lograba, sino la renuencia de su esposo. Siempre había excusas, “no sé comprar mercadería”, “ahora no tengo tiempo” y “no se me ocurre cómo hacerlo”, eran algunas de sus preferidas. Como ella trabajaba, dependía completamente de él para al menos iniciar el negocio y esa dependencia impedía poner en marcha las primeras etapas del plan.

Pese a la demora, su determinación siguió intacta y donde quiera que fuera ponía especial atención a los negocios que la rodeaban. Cuáles eran las ventajas y desventajas de enfocarse en pan, artículos de aseo o ferretería, ¿a qué hora cerraban?, ¿a qué hora abrían?, ¿qué era lo que hacía falta en su barrio?

“En un principio me di cuenta que como población estábamos aislados y había que salir a la carretera a comprar verduras. Hablé con Roberto, pero no escuchó y al año después una familia vecina se puso con la verdulería. Me dio pena pero no me rendí, quizás no sería por ese lado, pero ya saldría otra oportunidad y tenía que estar preparada”.

Convencida de que no iba a lograr que su esposo partiera de un día para otro, decidió disimular el asunto con la excusa de mejoras en el hogar. “El patio está feo... ¿por qué no ponemos cemento?”, fue el puntapié inicial para una serie de inversiones que terminarían por construir una pieza de material sólido en el patio. Con el negocio armado sólo quedaba decidir a qué rubro enfocarse.

En los primeros años de la década del 2000 llegó la oleada de interés por las mascotas; los perros y gatos de raza se hicieron famosos y la gente comenzó a invertir más en los animales. El problema era que en su barrio no había supermercado cerca y la gente debía movilizarse para adquirir alimento. “¡Esa será mi clientela! –pensó una noche de invierno– Los animales viven harto y nunca dejan de comer, incluso si mueren la gente *altiro* consigue otro. No me puede ir mal con eso”.

–Ya, ¿pero y cómo convenció a su esposo?

–*Me puse en las coloradas* y presioné hasta que salió. Nos conseguimos un millón en el banco, 300 mil para comprar estantes y 700 para mercadería. Y no sólo nos pusimos con comida de perro sino también con útiles de aseo; todos artículos de primera necesidad.

El negocio se inauguró en septiembre de 2010 y en tres meses fue lo suficiente firme como para que la tía renunciara a Jacobo Lewis y dejara el rubro de la confección para siempre. Si bien en un principio tenían que poner las cosas separadas para llenar los estantes y ni siquiera tenían tarros para almacenar la comida, al poco tiempo el negocio prosperó y hasta se expandió a nuevos productos como desodorante, cremas, pinturas de uñas y algunos bebestibles.

Hoy su libreta mental planea una ampliación del negocio por medio de una modificación en la cocina de la casa. Así el negocio quedará conectado directamente a ella y quien atienda se sentirá más acompañado. Incluso piensa en la posibilidad de arrendarlo en caso de que, por vejez o quién sabe qué, ya no puedan atenderlo. “Hasta le hice un baño pensando en eso; la idea es que sea una inversión para toda la vida”.

–Tía usted tiene todo planeado.

–Ay hija, es que hay que pensar pues; soñando se hacen las cosas. Yo en la noche, cuando rezo, le digo a Diosito que “por favor, yo no soy malagradecida de lo que tengo, sé que he sido bendecida con mucho, pero lo último que te pido es que resulte el cambio de la cocina. Si hago eso ahí sí que me quedo tranquila, eso sería lo último, lo juro”.

Me río porque dudo que sea lo último, probablemente antes de fin de año tenga todo listo y estemos comentando un proyecto nuevo. A la libreta de la tía aún le quedan muchísimas páginas, tantas como uvas llevo de regalo a casa. Las que vi en la mesa eran

una ínfima parte del saco que le trajeron sus familiares del campo y del que me convidó cinco maravillosos kilos.

## Catalina

Escribir de mi abuela es difícil porque de cierto modo refiero a una parte mí. Siempre he estado con ella, desde los primeros recuerdos cuando escondida agregaba café a mi mamadera, hasta la tarde de ayer que pasamos jugando dominó con mi *pololo*. Mudanzas o el trabajo jamás se interpusieron, la he sentido cerca incluso cuando no estaba. Su voz es parte ineludible en mis decisiones, sus consejos se cuelan entre mis palabras y las letras de sus canciones favoritas no se borran de mi memoria.

Pero este relato es de todo lo que pasó antes de que Catalina se convirtiera en *la güeli* y se conforma de todas las historias que me ha contado a través de los años. Muchas repetidas en infinitas ocasiones y otras reveladas tan sólo una vez para nunca volver a mencionarlas. Relatadas en tardes lluviosas frente al televisor, en conversaciones grupales junto a sus amigas o mientras tejíamos sin tener nada más que hacer.

Esta es la historia de todo lo que fue antes de que yo fuera.

### Escuela

Catalina es una lideresa que nació adelantada a su tiempo. Todas sus amistades son 20 años menores que ella por lo que asume fácilmente el rol de profesora. A quien pilla, le enseña algo y a quien escucha le da un consejo. La vida de los demás le interesa tanto como la propia, más que por chismosa por genuino interés en el bienestar del otro.

Dotada con gran sensibilidad para las energías, muchos la tildan de *bruja* ya que suele predecir el futuro con facilidad. “Ahh no, esta *cabra* va a quedar embarazada a la primera” o “ese *huevo* te va a engañar”, son sólo algunos de sus aciertos más comunes.

La vanguardia no sólo reside en su mente, también alguna vez estuvo en su forma de vestir. Seguidora de la moda y ágil para copiar los modelos y confeccionarlos por sí

misma, su *look* parecía salido de una revista. Más aún, poseedora de un cuerpo privilegiado y extremadamente curvilíneo, nada le agradaba más que resaltar su sensualidad a través de la ropa. Los atrevidos escotes y pantalones ajustados como segunda piel, aún son leyenda en el barrio y entre todos quienes tuvieron la fortuna de verla pasar.

Independiente cuando había que tener dueño, sensual cuando lo ideal era el recato, fuerte cuando pertenecía al “sexo débil” y con voz firme frente al silencio ajeno. Catalina, según palabras de la tía *Quena*, “es escuela”, parte de las miles de mujeres cuyo nombre no conoce nadie pero que con su mera existencia cambiaron el mundo.

Es fácil caer en el error de pensar que las personas de tal magnitud nacen con un tipo de poder especial, pero la verdad es que se construyen y usualmente a golpes. De esos, Catalina recibió muchos, tal vez demasiados. Dolores que alguna vez decidió silenciar u olvidar pero que ahora a los 75 años, le pesan como nunca antes. Depresión, crisis de pánico y pesadillas, son sólo algunos de los estragos mentales que la aquejan y que pesan tanto como los años vividos.

La pelea hoy es frente a sus demonios internos y al miedo subterráneo que amenaza todos sus pensamientos. Y si bien a veces le roban la sonrisa o sus ganas de levantarse, no es por mucho, más temprano que tarde se alza para seguir luchando un día más. Catalina puede estar herida pero jamás será derrotada.

### **Golpes en la puerta**

Nacida el 17 de diciembre de 1939, mi abuela es la segunda hija de una docena de hermanos provenientes de 3 mujeres distintas, aunque se sospecha que Leonardo pudo haber dejado más niños desperdigados por el mundo. Su madre, Elena, era una mujer joven e inestable que abandonó a sus 3 hijos antes de que aprendieran a hablar. La siguiente esposa de su padre, Marina, los acogió como propios.

Luego de oficiado el matrimonio, dos hermanas se sumaron a la familia, no sólo a quitarle el lugar de *regalona* sino que incluso a ¡robarle el nombre! Cecilia era sin dudas una molestia, su tez blanca y rizos dorados acaparaban toda la atención, pero la pequeña *Cati* era una afrenta directa a su persona. Sus sentimientos de pérdida y abandono sólo encontraban consuelo en el cariño sin diferencias de *mamá Marina*, alivio que lamentablemente duró muy poco.

Era de madrugada cuando sintió los golpes en la puerta, Leonardo cansado tras largas jornadas como chofer de bus interurbano ni siquiera escuchó. Asustada corrió a la habitación de su padre para avisar que había alguien en la puerta. “*Mamá Marina* se había ido al hospital a tener otro hermano ¿será que ya terminó?”, pensó. Escondida tras las piernas de su padre escuchó al carabinero decir que había una emergencia. Él se fue sin siquiera decirle adiós.

“Cuando desperté al otro día ya estaban haciendo los arreglos para el velorio. Nos dijeron que la mamá se había ido al cielo y que la *guagüita* que quedó se iba a llamar Marina. Fueron como dos días velándola en los que mi papá rompió la tradición al no dejar que la gente tomara... aunque eso no impidió que nos robaran todo lo que pillaron...”.

Los golpes en la puerta de esa noche de agosto marcaron el final de su infancia. Desde ese día y con sólo 7 años, quedó a cargo de sus tres hermanas menores y debió transformarse en adulta. Para peor, Susana, la antes empleada de la casa, no tardó en autoproclamarse señora del hogar e impartir sus propias reglas dejando claro que no tenía ningún interés en jugar el papel de madre.

“Ella no nos quería... pero al menos a mí no me molestaba. Fueron mis hermanas las que lo pasaron pésimo, sobre todo cuando crecieron y yo no estaba. En mi caso lo terrible fue tener que hacerme cargo de ellas tan chica y sin saber hacer nada, con suerte podía freír un huevo. La primera vez que me mandaron a hacer uno lo puse en el sartén ¡con un litro de aceite! Me acuerdo que la cuestión no calentaba nunca...”.

Dos años después, hacía malabares entre las niñas y el colegio. Sus únicos respiros eran las vacaciones, cuando Leonardo enviaba a sus 4 hijas donde fuera que se las recibieran. En algunas casas las trataban bien y descansaba un poco de la carga de sus hermanas, en otras no tanto. El mayor problema era su hermana menor, que con apenas 2 años nunca dejaba de molestar, siempre llorando por algo e impidiéndole dormir.

Estaba cansada... tanto que cuando en un impulso la tiró al río no sintió nada. La idea era que se callara al menos un momento pero pasó todo lo contrario, Marina gritaba como nunca antes. Sin poder soportarlo decidió sacarla y la niña al verse fuera de peligro al fin calló. Increíblemente el susto le duró hartos tiempo y se portó mejor.

En la década de los 40, la escolaridad infantil no era tema y menos para las niñas que debían ayudar en el hogar. Pero en casa, su padre insistía en que todos fueran al colegio y ponía mucho esmero en su educación, vigilando que hicieran las tareas e incluso estudiando con ellos cuando era necesario. La idea era dejarles un oficio con el que pudieran mantenerse y vivir dignamente.

De su Escuela, la A24, en Independencia con Colón, sólo quedan los naranjos: hoy es una bencinera. Lo mismo pasó con la Técnica 1 donde su padre la envió a aprender confección y cursar secundaria. Ubicada en Alameda con Santa Rosa, frente a la Biblioteca Nacional, fue demolida para hacer un edificio de tiendas y oficinas.

“Sabes qué, *guachita* –me contó un día cuando caminábamos por el centro– yo no quería estudiar la moda, quería ser profesora o enfermera. Pero mi papá me obligó diciendo que era el único trabajo que podía hacer desde la casa para no enojar a mi futuro marido. Qué pena tenía... pero ahora que lo pienso no podría haber sido otra cosa. No tengo la paciencia de profesora y me desmayo cuando veo sangre, tampoco me gusta vender o atender gente y en ese tiempo nadie iba a la universidad ¿Qué queda?”.

En la Técnica 1 se estudiaban las materias regulares y se hacían cursos de confección, estos últimos abarcaban desde lo básico a diseño avanzado. El primer año se

dedicaba a habilidades manuales con el método del muestrario<sup>11</sup>, primero los tipos de puntadas como la sastre, araña, hilván, reversible, etc. Luego los ojales que incluían el tipo ojos de punta, bordado, ribeteado, etc. Y así se continuaba con los bolsillos, pabilos y más.

Durante el segundo año se comenzaba a utilizar la máquina recta, único modelo casero disponible en Chile en ese entonces, para hacer costuras simples. También se enseñaba a cortar modelos en papel de mantequilla y coserlos a mano a modo de ensayo. Una vez que la versión de papel quedaba perfecta se pasaba a tela con el mismo proceso.



Catalina (4ta de izq. a der., fila superior) y compañeras de la Escuela Técnica 1  
1953

Ya en el tercer periodo se tomaba el modelo de falda recta básico y se instaba a las alumnas a modificarlo utilizando su creatividad. Para la confección debía utilizarse tanto máquina como detalles hechos a mano y era la oportunidad de mostrar destreza en técnicas avanzadas. Para ella estos exámenes eran un disfrute, manejaba aguja y máquina a la perfección y gozaba de gran talento para crear piezas modernas y favorecedoras en la silueta femenina.

---

<sup>11</sup> Trozos de tela de 20x20 en los que se repite un tipo de costura específico. Se utilizan tanto como técnica de aprendizaje, como pieza de recordatorio.

¿Qué se aprendía en los años siguientes? Jamás lo supo.

### **Calcetines de niña**

Julio era un hombre 13 años mayor, primo de su abuelo, por lo que desde pequeña se familiarizó con él. En un principio no había nada especial en su relación, siendo un señor más a quien saludaba de vez en cuando, pero apenas cumplió 14 años la situación cambió. De la noche a la mañana él comenzó a prestarle atención y tratarla como si fuera importante. El gozar del interés de un hombre mayor la hacía sentir increíble ¿Acaso tenía algo que no tuvieran las otras?

Con apenas 15 años cayó rendida a sus brazos, él la hacía sentir protegida y especial, ya no era una más de entre sus 5 hermanos, el cariño de Julio era sólo para ella. Pero su idilio romántico pronto cayó a tierra cuando él comenzó a presionarla sexualmente ¿Cómo negarse sin saber qué era lo que intentaba?

“Ustedes tienen suerte –suele decir a las mujeres jóvenes– en mis tiempos uno no sabía ni de su propio cuerpo ¡menos lo que era el sexo! Yo no supe cómo me embaracé, ni menos por dónde me iban a sacar la guagua, tampoco se podía preguntar. Imagínate que me fui a enterar en el hospital cuando me bajaron los calzones que mi hijo iba a salir por ahí y casi me desmayé”.

Al igual que con sus hermanas, la maternidad volvió a inmiscuirse en su vida sin invitación, pero esta vez cargada con estigma difícil de asumir. Incapaz de enfrentar a su padre hizo lo posible por abortar, pero hierbas, golpes y pastillas, fallaron en su cometido. Fajada día y noche y sin entender bien lo que le habían hecho, el repudio a su hijo no hacía más que crecer.

Meses después y con la fecha de parto acercándose peligrosamente, Julio tomó la decisión de hablar con su padre y acordar la fecha de matrimonio. Los detalles se

decidieron sin si quiera preguntar su opinión pero estaba feliz, se iba a casar con el hombre que amaba e iban a ser felices para siempre.

¿Cómo fue su matrimonio? Ya no lo recuerda y tampoco hay fotos, el único detalle que sobrevive es que llevaba calcetines de niña, de esos blancos con vuelos en el tobillo, debajo de las sandalias. Me atrevo a especular que es porque pasó toda la ceremonia con la vista fija al suelo.

### **Él no tiene culpa**

Pedro nació el 4 de febrero de 1957 con 8 meses de gestación y bajo peso incluso para un niño prematuro. Sin jamás haber ido a un control, toda la experiencia de parto fue inesperada y chocante. Las matronas de turno aportaron con su dosis de humillación y el doctor con el típico pronóstico desalentador, “lléveselo y disfrútelo porque no le va a durar más de 2 días”.

De vuelta a casa y con una sentencia de muerte en la espalda, su corazón se hundió en culpa. Estaba convencida de que todos los intentos de aborto habían causado el daño y que se merecía el infierno. “Yo vine recién a querer a Pedrito cuando lo sentí moverse en la guatita como a los 6 meses –me contó emocionada alguna vez mientras comíamos duraznos con crema–, pero el amor verdadero vino una vez nacido. Era tan chiquitito y había sufrido tanto... yo le rezaba Dios que por favor me perdonara y cuidara a mi niño... él no tenía la culpa”.

Los doctores no podían creerlo cuando una semana después volvió a control con el bebé en brazos. Asombrados le dieron nuevas recomendaciones que implicaban una esperanza de vida. Debía mantener la temperatura del niño estable con una botella de bebida llena de agua caliente en la cuna, alimentarlo en intervalos de 2 horas y vigilarlo las 24 horas al día. Ella ya llevaba 5 días sin dormir ¿qué eran 10, 15, 30 días más?

Devota y enloquecida por la culpa, se dedicó al bebé sin descanso hasta que salió de peligro.

Si bien el destino le había dado un respiro con su hijo, en el amor no daba tregua y ahora el abuso sexual, físico y psicológico, se habían instalado definitivamente en su vida. Convencida de que la falla se hallaba en sí misma intentó todo para reconquistar al hombre que amaba, pero las nuevas comidas y el trato dulce poco servían, siempre había un error que terminaba por arruinar todo y separarlos más.



Catalina con 5 meses de embarazo y Pedro  
Talcahuano, 1959

Alicaída y con el fantasma de la infidelidad rondando su matrimonio, recibió con esperanza la noticia de un nuevo embarazo. “Con la Marinita fue todo diferente –me contó en soledad mientras poníamos potes de plástico bajo las goteras del pasillo–, a ella la quise *altiro*. Julio siempre salía con Pedrito y me dejaban sola, entonces yo soñaba con una niñita para que fuera mía y me acompañara”.

A fines de 1959, y con dos hijos a cuestas, la situación no hizo más que empeorar. Su esposo le daba cada vez menos dinero para sobrevivir y desaparecía por semanas. No pasó mucho antes de que se enterara del apodo de la mujer con quien la engañaban: *Nana*.

Ese mismo año la asociación de empleados de la Empresa Nacional de Transportes Colectivos del Estado (ETC), a la cual pertenecía su padre, se organizó para comprar un terreno en Renca y contratar una constructora para que fabricara viviendas a

todos sus miembros. Leonardo, cansado de ver a su hija de *allegada*, decidió traspasarle el beneficio para que viviera con su esposo.

Mi abuela se mudó a la casa N°186 de la Población San Genaro, bautizada por el fundo donde se construyó, en octubre de 1960. La vivienda no tenía piso, terminaciones, reja ni separación con el techo. Tampoco había alcantarillado ni luz y estaba en pleno campo. Lo único asegurado era un nochero que se paseaba entre las casas gritado la hora durante la madrugada.

Acostumbrada a vivir con muchas más personas y en plena ciudad, la oscuridad y el silencio de su nueva casa la aterrorizaban, convirtiendo las noches de soledad en verdadera tortura. “Pasaba toda la noche sentada detrás de la puerta con mis hijos en brazos –suele recordar–. Julio nunca llegaba por andar con esa *galla* y yo lloraba solita pensando en que si venía un ladrón o un asesino ¿Adónde iba a huir en medio de la nada?”.

Después de 45 años mi abuela y yo seguimos viviendo en la misma casa. Cada vez que se corta la luz se asusta y me hace las mismas preguntas.

–¿Qué vamos a hacer si entran a robar? –dice mientras se aferra a su radio a pila como si fuera un auténtico rayo de sol–. Cuando se corta la luz salen todos los malos porque uno no los ve.

–*Güeli*, de aquí a que terminen de *sopletear* las protecciones o derrumbar la puerta alcanzamos a llamar por celular hasta a la presidenta.

–Ya, pero ¿y si vienen?... ¿Sabes todas las noches que pasé aquí a oscuras cuando esto no era más que campo? Me sentaba ahí, detrás de esa misma puerta con mis *cabros*...

–Síiii pero eso ya pasó y ahora tenemos mil linternas... ¿Y si jugamos cartas? ¿Por qué no cambia las noticias y pone cumbia mejor?

## **¡Echo la puerta abajo!**

Un buen día, cansada de los golpes y desilusionada del amor, tomó unas pocas cosas y se fue con los niños a la casa de su madre. Elena, ahora con 3 hijos más, se había reencontrado con ella para el nacimiento de Pedro. Simplemente llegó diciendo “hola, quiero conocer a mi nieto” y desde entonces su relación más que cercana fue cordial. Decidida a devolverle la mano se apareció 5 años después en su puerta diciendo, “hola, ¿me puedo quedar con los niños?”.

La necesidad de sobrevivir sola y con Angélica, hija mayor de Elena, al cuidado de sus hijos, la convencieron de que era momento de trabajar. Su primera oportunidad fue gracias a una amiga de su madre que le consiguió un puesto en una fábrica de ropa interior. Asustada pero decidida se presentó el lunes a las 8 en punto en la esquina de Rosas con Puente.

“No pude entrar –recordó mientras nos bajábamos del colectivo “Renca-Centro” cuya parada hoy está media cuadra más allá–, tenía tanto miedo que me paseé de Bandera a Puente y de Puente a Bandera como 10 veces. Por suerte una señora, que seguro llevaba rato mirándome con lástima, preguntó ‘¿viene aquí a la empresa?’ y me hizo entrar con ella”.

Con 23 años y sin haber trabajado nunca, ni siquiera se atrevía a levantar la mirada frente a sus compañeras. Afortunadamente ya venía recomendada y le tenían la posición lista de cerradora de cintillos de tela, última moda en los 60’. Para ello debió aprender a utilizar una nueva máquina, la overlock<sup>12</sup>, conocimiento que resultaría muy útil en el futuro.

Un año después ya se había acostumbrado al trabajo y a tratar con gente. El contar con dinero propio y algo parecido a una familia, le habían dado renovada confianza en sí misma. Pero justo cuando comenzaba a sentirse segura, su madre volvió

---

<sup>12</sup> Máquina que puede coser con 3 o más hilos a la vez y se especializa en terminaciones o dobladillos. Su uso es exclusivamente industrial aunque hoy existen algunas versiones más pequeñas pensadas en talleres caseros o para el hogar.

a fallarle al desaparecer sin aviso nuevamente. Sin dinero suficiente para pagar el arriendo sola debió abandonar la casa y recurrir a otros familiares.

La única en recibirla fue su cuñada Inés, quien prometió vigilar a los niños mientras ella trabajaba. Y si bien sus intenciones eran buenas, el alcoholismo le impedía cumplirlas. En un principio eran cosas pequeñas, como olvidar llevar a Pedro a su primer día de clases, o tener la casa un poco sucia. Pero con los meses la situación escaló a la despreocupación total.

Sin poder más que observar como sus hijos adelgazaban y se llenaban de piojos, comenzó a desesperarse. Dejó de comer para llevarles su almuerzo a los niños y trató de hablar con Inés pero nada servía. Abrumada tomó la única opción que le quedaba: enfrentar a Julio. “Mis compañeras me ayudaron hartito, me *aleonaban* para que lo llamara y recuperara mi casa. Pero el pensar en que mis *cabros* sufrían fue lejos el mayor incentivo. Mi pobre Pedrito que fue a su primer día solito como un *guachito*... que dolor más grande”.

Cansada y dispuesta a todo, amenazó a su marido: “tu verás cómo lo hacemos, vivimos los dos o los tres, no tengo problema. Pero si no me vienes a dejar la llave el viernes te echo la puerta abajo, ¿está claro?”. Al día siguiente cuando vio a Julio aparecer en portería fue como que le quitaran 10 kilos de encima. El sábado ya estaba en casa con sus hijos.

En un principio tanto él como *Nana* se habían ido de casa, pero antes de una semana Julio regresó a exigir su lugar en el hogar y en su lecho. Quería que fuese su pareja de nuevo y abandonara el trabajo, ninguna mujer suya iba a andar por ahí todo el día como una cualquiera. Sin fuerzas ni salidas aceptó todas sus condiciones, al menos tenía una casa para sus hijos y su madre, que en menos de un mes había llegado a su puerta, esta vez con pareja nueva y sin hijos.

Tras dos meses de tortuosa relación estaba embarazada y confundida. ¿Cómo alimentarlo si con suerte había para los dos primeros? No podía tenerlo ¿Pero cómo

abortarlo? El dolor por los intentos fallidos con su primer hijo, que ahora padecía sople al corazón, aun la perseguía día y noche. Entonces nuevos golpes en la puerta surgieron para aclarar su situación.

–Hola, busco a la señora de Julio.

–Yo soy.

–No, busco a la esposa.

–Yo soy le digo ¿qué quiere?

–Pero usted no puede ser ¡Julio me dijo que era un vieja gorda y fea!

–Bueno para que vea usted, soy yo.

Los ojos de desilusión de *Nana* la irritaron profundamente, casi disfrutó decirle que estaba embarazada.

Él dijo que entre ustedes no pasaba nada ¡No lo puedo creer!... Lo voy a dejar...

–No se preocupe, yo mañana mismo me deshago de este problema. ¿Y sabe qué más? ¡Lléveselo! Se lo regalo. Sáquelo de mi casa y váyanse lejos.

Apenas la mujer se fue, consiguió dinero con Elena y partió a hacerse el aborto. En ese entonces, la alcaldesa de Quinta Normal los hacía en su casa por un precio módico. El procedimiento consistía en un abrir el útero con unas tenazas que debía afirmar la paciente, mientras la alcaldesa hacía el raspaje. Con anestesia costaba más y no era opción, por lo que se concentró en no desmayarse y no morir; sus hijos la esperaban en casa.

En los años 60', la locomoción destinada a la periferia era nula por lo que para viajar de Quinta Normal a Renca, comunas vecinas, había que ir a darse la vuelta al centro de Santiago. El viaje de dos horas, que incluía caminatas largas y dos transbordos, era una verdadera tortura. Incapaz de sentarse y con una herida abierta que sangraba por

el esfuerzo, pasó todo el camino rezando a la Virgen de Monserrat, que por ser mujer y madre la entendería, para que por favor parara su dolor.

“Ay hija yo aborté tantas veces... tantas, tantas..., me confió adolorida cuando salió el tema en una reportaje televisivo. Lo hice por mis chiquillos, para asegurar que lo poco que tenía fuera para ellos. En ese entonces no había como cuidarse y los hombres no aceptaban ninguna restricción. Me los hice sola con cánulas, pagando en lugares tan sucios que daba asco, y más de alguna vez en donde, por no demorarse, preferían quemarte con los instrumentos recién esterilizados en agua hirviendo”.

“Casi me morí de hemorragias e infecciones y nunca tuve derecho a anestesia, pero sobrevivía siempre por mis hijos. Por ellos acepté y me hice todo tipo de cosas, cometí pecados horribles. Hoy me duele más que nunca y tengo miedo del infierno, pero si mis hijos son lo que son es por lo que hice y si volviera al pasado lo haría de nuevo”.

Cuando Julio volvió y supo lo que había pasado amenazó con meterla presa junto a su madre, pero en vez de eso sólo se fue y esta vez para siempre.

### **Siempre habrá alguien**

Cada vez que vemos la Teletón mi abuela sonrío y dice, “y pensar que este viejo me agarró la tetas”. La primera vez que lo escuché simplemente no podía creerlo.

—¿Cómo que le agarró las tetas? ¡¿Cuándo?!

—Pero si yo trabajé con él, lo conozco de jovencito. Era un fresco descarado y la esposa más encima lo defendía. Decía, “pero déjelo ¿qué le cuesta? No ve que yo no tengo nada...”.

—¡Ohhhhhhh!

Luego de que Julio desapareciera de su vida se vio en la necesidad de volver a buscar trabajo. Juan, su hermano materno más cercano, era planchador y calderero<sup>13</sup> en Confecciones Eric, empresa especializada en ropa de hombre, propiedad de la familia del famoso animador que en ese entonces era un joven de 24 años.

Gracias a la recomendación de su hermano, ingresó como forradora de vestones en octubre de 1964. En ese entonces todo el trabajo se hacía a mano siguiendo el hilván que dejaban listo en la sección anterior. Algunos diseños llevaban interiores simples y otros con fruncido de tela, o pequeñas tablas que se dejaban en los bordes de las mangas o cuello, que conllevaban mayor dificultad.

Era usual que en cada empresa hubiera de 8 a 15 forradoras que debían convivir en la misma mesa y ganando paga fija. Por ello en esta empresa acordaban un número semanal de producción para que ninguna destacara y hubiera que trabajar más. Nueva en la posición y con poca experiencia laboral, mi abuela desconocía los acuerdos y se desempeñó lo mejor que pudo, sacando evidente ventaja de sus compañeras. Molestas por su actuar y decididas a darle una lección, las mujeres se decidieron a robarle.

El sistema de pago para la sección consistía en anotar diariamente el número de vestones forrados y cortar el ticket de «terminado» que venía cosido a cada prenda como comprobante. En un principio cuando las listas dejaron de cuadrarle pensó que eran simples errores de cálculo, hasta que un par de días después una compañera le avisó que sacaban sus tickets. “Como eres nueva te están molestando, no esperan que hagas nada”, le advirtió. En respuesta a sus palabras se paró del asiento y fue directo a la oficina del gerente.

Tras una reunión de cinco minutos consiguió que cambiaran el reglamento de pago en la posición. Cada forradora, además de anotar y guardar el ticket, debía bordar su nombre en el bolsillo interno de los vestones terminados. Al volver a su puesto con la

---

<sup>13</sup> Empleo que consistía en echar carbón a las calderas de las fábricas. En el caso de la confección éstas servían para calentar las planchas industriales con las que se daba acabado a las prendas y las máquinas que funcionaban con calor o vapor.

nueva medida de seguridad bajo el brazo, se ganó el respeto de sus compañeras y del resto de la empresa sin necesidad de pelear con nadie. Quedó claro que con esta mujer no había que meterse.

A esta pequeña victoria se sumaron muchas más y, años después, con estabilidad laboral, nueva pareja e hijos más grandes, todas las experiencias perdidas de su juventud regresaron para darle una segunda oportunidad. Decidida a ser feliz y consciente por primera vez de su valía, cambió los calcetines de niña por tacos y aprendió a bailar rock and roll toda la noche. El goce había entrado en su vida y no se iría nunca más.

“Todas mis vecinas me creían prostituta porque andaba todo el día afuera y me vestía provocadora –le encanta recordar cuando caminamos por el barrio habitado casi por la misma gente–. A mí me daba igual porque cuando era esposa devota y Julio me sacaba la *chucha* tampoco me querían mucho. No importa lo que hagas siempre va a haber gente que te *pele*, sácate el qué dirán y serás libre”.

### **No sin él**

Ese 11 de septiembre era un día como cualquiera y ella, que gustaba de llegar temprano a tomar desayuno a la fábrica, se dirigía con media hora de anticipación a su trabajo en Rosas con Amunátegui. Durante el camino se extrañó al ver que muchas calles del centro de Santiago estaban cerradas pero no sospechó nada terrible, seguro eran reparaciones. Grande fue su sorpresa cuando al llegar se encontró con otras tres madrugadoras que miraban extrañadas el portón de su empresa cerrado.

El minuto de confusión y teorías sobre lo que podría haber pasado fue interrumpido por un auto que se acercaba a toda velocidad. De él bajó Francisco en calzoncillos y camiseta gritando, “¡Tienen que irse! ¡Va a haber golpe de Estado! Cerraremos por un tiempo así que tomen esto y váyanse ¡Rápido!”.

Más que la agitación en sus palabras, fue el verlo semi desnudo lo que las convenció de la gravedad del asunto. Sin pensar mucho tomaron los billetes y se fueron. Para el resto de los trabajadores que llegarían durante la mañana solo quedó un cartel de «Cerrado hasta nuevo aviso» colgando en la puerta.

Camino a la Panamericana con otra compañera que también vivía hacia el norte comenzó el temor. Al parecer mucha gente se había enterado o escuchado algo porque los buses iban repletos de personas tratando de salir del centro. Subida en la pisadera del bus que por lo menos la acercaría a Domingo Santa María, no podía sino recordar la desesperación del “Tanquetazo” tres meses antes.

En 1973 mi papá con 16 años, estudiaba en la Escuela de Artes y Oficios, ubicada en los terrenos de la Universidad Técnica del Estado hoy conocida como USACH. Por lo que apenas se anunció por radio que había tanques en la Alameda, mi abuela corrió a pedir permiso para ir a buscar a su hijo.

Al salir de la fábrica se percató de que las tropas se paseaban por el centro y que el tránsito estaba cortado, por lo que decidió trotar por Alameda hasta allá. Mientras más se acercaba al poniente el caos parecía aumentar y tanques bloqueaban su camino. Pero lo peor estaba por venir cuando, tras una hora de rebuscadas maniobras, llegó al portón de la escuela y se encontró con hombres armados custodiando la puerta.

–Vengo a buscar a mi hijo déjeme pasar.

–Lo siento señora pero a su hijo lo necesita la patria. Va a haber un golpe de Estado y tenemos que defender a nuestro gobierno.

–¿De qué está hablando?! ¡Él es un niño! ¡Déjeme pasar y llévmelo!

–No.

Desesperada buscó alrededor alguna otra mamá con quien apoyarse pero no había nadie, solo hombres mayores, que mostrando una credencial de Dios sabe qué,

entraban y salían del recinto. “No me voy a ir sin él”, advirtió, para acto seguido hacer uno de los mayores escándalos de su vida. Corrió, lloró, gritó y zamarreó a quien pudo exigiendo ayuda.

“¡Pedroooooooooooooooooooooo! ¡Pedrooooooooooooooooooooo!” Se oía a por lo menos una cuadra a la redonda. Tras media hora de locura desatada el guardia aburrido la dejó entrar.

“Nunca había visto tantas armas en mi vida –recordó mientras tomábamos mote con huesillo en la Quinta Normal–, los fusiles estaban apilados de a tres en todas partes. Más encima buscaba y buscaba pero mi hijo no estaba en ningún lado. No sabía si se lo habían llevado o quizás qué. Si no fuera porque la Marinita estaba en el colegio de Renca fuera de peligro yo creo que me hubiera muerto”.

Tras recorrer el lugar de pies a cabeza varias veces, el mismo guardia la detuvo para decirle que ahora sí debía irse. Su tajante negativa debió hartarlo o conmoverlo porque rompió todo protocolo al informarle que no todos los niños habían sido reclutados, muchos de los chicos habían huido temprano saltando una pandereta que daba a la Quinta Normal. Según él lo mejor que podía hacer era volver a casa y esperarlo allí. “Si no llega a la casa voy a volver, téngalo claro”, amenazó antes de salir.

En la misma Panamericana se había sentado a esperar el bus que la llevaría al recuento con sus hijos ya en casa. Efectivamente Marina nunca había estado en peligro y Pedro había saltado la pandereta apenas detectó señal de problemas junto a varios compañeros. Esa tarde mientras remojaba los pies destrozados por su maratón corrida en tacos, las noticias avisaron que todo quedó en nada y La Moneda seguía invicta. Parecía chiste de mal gusto.

Ahora tres meses después, se repetía la misma situación y sólo podía agradecer que su hija siguiera aislada en Renca y que Pedro justo no tuviera clases ¿Por qué? No recuerda y nunca importó.

## **Lo único que faltaba**

Siempre le ha sido difícil decir que no, por ello en su casa ha vivido más gente de la que se puede contar. Hermanos, primos, amigas, sobrinos, nietos y todo quien cupo dentro de la vivienda se quedó, más aún en tiempos de catástrofe. Y para al año 73' fue el turno de Cecilia y Marina, que cansadas de los malos tratos de Susana, habían buscado asilo en casa de su hermana mayor.

También *Cati*, ahora embarazada de su tercer hijo, era visita frecuente. “El Carlos como era de la Fuerza Aérea pasaba harto tiempo fuera, así que yo agarraba a mis chiquillos y me iba para allá —rememoró mi tía mientras tomábamos amarula viendo el Festival de Viña—. Además yo había vivido hartos años con ella antes de casarme entonces era como mi segundo hogar, el lugar donde vivía la persona que yo sentía como madre”.

Los sentimientos con su hermana del mismo nombre habían avanzado mucho desde los años en que la solución a los problemas se ubicaba al fondo de un río. Y esa noche de septiembre mientras dormía en el suelo abrazada de sus hijos, cada balazo la hacía iniciar un nuevo Ave María por el bienestar de su tocaya cuyo marido seguro se hallaba lejos.

Las horas pasaban lentamente en espera de que levantaran el toque de queda y pudiera recorrer los escasos 4 kilómetros que la separaban de su hermana. Pero esa no era la única preocupación en la familia, el novio de Marina, íntimo amigo de Allende, también podía estar en peligro.

Jorge, de 28 años, era dueño de un negocio en la calle San Pablo y miembro de rango en el Partido Comunista. Su generosidad los había salvado de la escasez de alimentos durante la Unidad Popular y era querido por todos. Desde la noche del golpe nadie sabía su paradero y podía incluso estar muerto.

“Apenas se levantó la prohibición yo corrí a buscar a la *Cati* y cuando llegué a la casa el Jorge ya estaba ahí –me dijo alguna vez bien bajito como si alguien nos fuera a oír–. Había llegado a pedir que lo escondiéramos esa noche porque a la mañana siguiente tenía que irse del país y no tenía donde estar”.

Imposibilitada para decir no, decidió arriesgar el pellejo por una buena causa. A él lo acomodó en un rincón del cuarto trasero y su auto fue cubierto con cartones para que pareciera abandonado. El resto de la familia pensó que venía a visitar como un día cualquiera y, tal como acostumbraba hace mucho tiempo atrás, se acomodó para dormir tras la puerta para escuchar cualquier cosa fuera de lo común.

El plan estaba listo cuando unos gritos desde la reja la sobresaltaron, era una vecina, la única con teléfono de la población, diciendo que había recibido una llamada de Carlos para *Cati*. Le costó fingir felicidad mientras le abría la puerta a su emocionadísima hermana. Lo único que faltaba era que a su cuñado *milico* se le ocurriera venir y encontrara un auto lleno de fusiles comunistas en el patio.

“Dice que necesita que le lleve ropa al cuartel –informó *Cati* con una sonrisa de oreja a oreja–, gracias a Dios que está bien. ¿Podríamos ir mañana en el auto del Jorge? Como él dijo que iba a salir temprano en una de esas puede llevarnos”. Si no fuera porque estaba muerta de miedo se hubiera reído, la coincidencia era de película ¿Pero cómo decir que no? Jorge era famoso por su buena voluntad y una negativa sospechosa podría acabar con todos muertos.

A las 9 de la mañana del día siguiente y en plena dictadura, mi abuela entraba a una población habitada en su totalidad por militares en un auto conducido por un perseguido político lleno de armas, junto a su hermana embarazada de 4 meses. “No me preguntes como lo hice, sólo sé que cuando nos bajamos de su auto en Mapocho, el lugar donde lo iban a recoger y cambiar de vehículo para llevarlo a la cordillera, supe que había un Dios”.

Todavía me asombra que la abuela que conozco hoy y que se asusta hasta del viento, haya vivido tantas aventuras. Lo que sí no ha cambiado es la casa que hoy me acoge, donde siguen llegando personas de todo tipo y a todas horas, especialmente ante catástrofes.

Para el terremoto en febrero de 2010, y a pesar de que fue a las 3 de la mañana, llegó tanta gente a cobijarse que faltaban tazas donde servir té. Y mientras yo hervía agua en olla, porque la tetera simplemente no daba abasto, mi abuela se paseaba entre los afligidos cual pastora en su rebaño al igual que hace más de 40 años.

### **Par de triunfos**

Pasaron 15 días antes de que descolgaran el cartel de la puerta y ya nada era igual, el país que antes bullía en tensión ahora parecía congelado. “Es que la UP había dejado la *cagá*, los trabajadores se tomaban las empresas y las quebraban. –me contó para un 11 de septiembre mientras buscábamos velas para pasar la noche– Nunca voy a olvidar como se veía a los *huevones* robarse hasta los muebles de las fábricas sin ninguna vergüenza”.

A principios de los 70’ las políticas de Salvador Allende tenían un gran foco en la estatización del país, especialmente en el sector agrícola, minero e industrial. Estas adquisiciones o traspasos seguían un procedimiento específico e idealmente no requerían de violencia, pero sus principios fueron tomados por grupos exaltados que decidieron aplicar “la ley del pueblo” en donde pillasen. Así fue como algunos campesinos murieron defendiendo su ínfimo pedazo de tierra y cientos de empresas fueron tomadas a la fuerza.

Confeciones Eric no fue la excepción y en diciembre del 71’ sus trabajadores tenían todo listo para ocupar el taller. “Lo que pasa es que venía gente de afuera a *aleonar* a los obreros y decirles que hacer. En nuestro caso nadie sabía de dónde eran los

*gallos* o cuáles eran sus intereses, pueden hasta haber sido *momios* intentando promover el caos, quién sabe. La cosa es que estaban todos decididos, pero el jefe fue más inteligente”.

Dos días antes de la ocupación, Francisco llamó a reunión extraordinaria. De pie frente a sus 140 empleados informó que estaba al tanto de los preparativos para tomar la fábrica y que en pos de evitar altercados iba a entregárselas ese mismo día. A continuación, de forma dramática y ante la mirada atónica de los observadores, tomó sus llaves y las puso sobre la mesa.

“Aquí están, me retiro... Pero antes, y en buen espíritu de cooperación con ustedes porque sé que necesitan el trabajo, permítanme hacerles unas preguntas: ¿Cuál de ustedes sabe de ventas? ¿Y qué tal sobre negocios a gran escala? Supongo que todos aquí quieren ser jefes pero solo hay una vacante ¿Quién será el elegido que crea que puede hacer funcionar todo esto? Recuerden que si fracasan, y para cuando terminen de vender hasta las alfombras, se quedan sin nada. Yo me voy a concentrar en mis otros proyectos. Mucha suerte”.

A la mañana siguiente las llaves estaban donde mismo y todos actuaron como si nada. La empresa seguiría en pie evadiendo todas las crisis hasta 1977, cuando las obligaciones televisivas del jefe lo convencieron de terminar con la fábrica.

Afortunadamente para ella, forradoras eran necesarias en todas partes y encontrar empleo no le fue difícil. En Casa García, su nuevo taller, las cosas eran bastante similares al anterior, nuevamente había paga fija y sus colegas habían asignado una cuota diaria de trabajo. Pero con los 16 vestones acordados era imposible llenar un día y la tarde se hacía eterna.

Aburrida hasta el hartazgo y convencida de que podía ganar más, ignoró a sus compañeras y fue a hablar con el gerente. Sin titubear expuso el arreglo de sus colegas y la forma de remediarlo. “No saca nada con echarlas –insistió– cualquiera que contrate va

a hacer lo mismo, yo lo he visto por años y en todos lados. Ofrezca comisión y va a ver cómo cambian las cosas”.

Tras 10 minutos de negociación regresó a la mesa con un nuevo triunfo bajo el brazo. Desde ahora se pagaría extra por cada forro terminado a partir del 17avo en adelante. “¡Debieses ser nuestra representante!”, coreaban las mujeres cada vez que recibían sus bonos extras el día viernes.

Dos años después la crisis industrial causada por las importaciones se comenzaba a sentir y Casa García despidió a un tercio del personal, incluyéndola. Pero las comisiones conseguidas sobrevivieron junto a su convicción de generar cambios.

### **¿Habré sido?**

“Uno siempre tiene que tener algo de donde sacar cuando las cosas se ponen difíciles –suele aconsejar–, no hay que poner todos los huevos en la misma canasta”. En su caso las canastas eran dos trabajos, uno asalariado y otro independiente. El primero era de forradora donde fuera que la contrataran y el segundo era de modista en la población donde vivía. Cuando uno fallaba se apoyaba en el otro y viceversa.

Sin embargo, y por mucho se abstenga de mencionarlo, su plan B no solo respondía a una necesidad económica sino también espiritual. Su oficio tenía que ser más que solo repetir una tarea infinitas veces, necesitaba que lo fuera y el trabajo de modista era lo único que podía llenar ese vacío. Allí en su máquina casera y de la mano de clientas quisquillosas, podía volver a transformar la falda más simple en algo nunca visto y dejar su sello en cada prenda. Más aún, tenía la excusa para seguir tomando clases y aprender cosas nuevas.

Encontrar clientes era fácil, tenía la mejor publicidad que se podía encontrar, una hija hermosa que se paseaba por el barrio luciendo sus diseños. Las otras madres se agolpaban en la puerta para que les hiciera los mismos vestidos a sus hijas y el trato

estaba hecho. Con el tiempo ellas también hicieron encargos y avanzó al negocio de mujeres adultas, que no sólo pagaban por la prenda sino también por el asesoramiento.

“Yo no era como las demás que sólo hacían lo que les pedían, me fijaba en el tipo de cuerpo de la clienta y aconsejaba cosas que le vinieran. Mal que mal ellas eran mi vitrina y ¿qué sacaba con hacer una blusa preciosa si a la mujer que la llevaba se le veía pésimo? Nadie se iba a fijar en lo bien hecha que estaba o en el modelo, el comentario iba a ser ‘mira que fea se ve *Fulana*’ y yo iba a quedar *como la mona*”.

Su estrategia de negocios funcionaba y le proporcionaba una buena cartera de clientes pero incluso con ello el dinero no alcanzaba. Así que tras ser despedida de Casa García comenzó a comprar El Mercurio todos los días en busca de un nuevo empleo, ojalá en un taller grande. Cuatro meses después un aviso llamó su atención. «Se necesitan embolsilladoras, forradoras, maquinistas, planchadores. Presentarse en 5 de Abril esq. Mengual».

Cuando llegó a las 9 de la mañana del día siguiente la fila de interesados era tan larga que daba vuelta la cuadra. Para peor todos los que entraban eran despachados rápidamente sin siquiera ser probados. Todo pintaba para una pérdida de tiempo pero se quedó porque no tenía nada más que hacer.

Tras 45 minutos de espera entró a una sala con dos hombres, uno sentado tras el escritorio, que supuso sería el jefe, y el segundo de pie en un rincón. El primero se presentó y comenzó la entrevista y el otro no dijo palabra ni se movió. Su mirada fija en ella era tan intensa que podía sentirla sin verla “¿Quién es y qué querrá?”.

“Listo señora Catalina ¿tiene usted alguna pregunta?”, era la señal que daba por terminada la entrevista, o eso parecía hasta que el hombre del rincón se acercó y susurró algo al oído del jefe que lo hizo cambiar de opinión. “Ahh, bueno entonces la probaremos. Señora por favor pase a la habitación de al lado y espere a que la llamemos”.

El camino a la mesa de prueba fue largo, más aún porque el hombre del rincón insistió en ir atrás de ella lo que la hizo sospechar que miraría su trasero. Años después se enteraría de que mientras caminaban él, además de mirarle todo, hacía gestos de triunfo en su espalda para deleite de todos los hombres de la empresa.

“Yo iba con un pantalón y una blusa color concho vino, nada tan despampanante pero a Juan Godoy le gustó –me confió mientras mirábamos lanas en 21 de Mayo–. Ese día los planchadores de la fábrica, animados por las tonteras que hacía Juan, me dieron la *chifladura* más grande y vergonzosa de mi vida ¿Habré sido tan *mina*? No creo...”.

Más allá del paseo estaba claro que si no demostraba habilidades iba a perder la oportunidad, por lo que en vez de hacer solo una prueba se quedó toda la tarde forrando vestones lo más rápido que pudo. Las otras mujeres de la mesa parecían molestas y “no te hagas ilusiones que *Chabella* vuelve mañana” o “no te pongas cómoda que ya te vas”, fueron las frases más suaves que le dedicaron.

Cuando llegó el final del día y Juan fue a buscarla se sentía engañada. Molesta le dijo que si había puesto o no, porque en la mesa había escuchado otra cosa y no estaba dispuesta a perder el tiempo. “Si yo digo que hay es porque hay –afirmó Juan entre serio y galante– y alístese porque empieza mañana trabajando fijo”.

Feliz retornó a su hogar tras calcular que con lo que ofrecían por prenda iba a ganar más que en el taller anterior.

## **Me harté**

Su llegada a Solari en el año 79’coincidió con el último periodo de reformas económicas liberales instauradas por Augusto Pinochet antes de que se desatara la crisis del 82’. La apertura de fronteras y su consiguiente presión en los mercados nacionales había resultado en la tecnologización del país. En la empresa llegaron las primeras máquinas forradoras y su posición se vio en peligro.

Ésta nueva herramienta forraba el cuerpo del vestón por el revés, dejando libres la sisa<sup>14</sup>, el cuello y la *cola*<sup>15</sup>. Para utilizarla sólo se requería a una persona que manejara la máquina y otra que diera vuelta los vestones terminados.

Las tres partes restantes se seguían haciendo a mano pero ya no justificaban el equipo de 30 personas disponibles. Muchas fueron reubicadas en el pegado de botones o etiquetas y un tercio despedida. En su caso a pesar de ser nueva continuó de forradora pero ahora exclusivamente de cuellos.

Teresa, encargada hasta entonces, había aprovechado el despido masivo para retirarse a los 70 años. Cualquiera que la sucediera debía ser muy talentosa ya que forrar cuellos es una de las costuras más difíciles que se pueden hacer a mano. El acabado en las puntas debe ser redondeado y sutil partiendo de una pieza triangular, lo que es muy difícil de conseguir. Más aun siendo una posición única no sólo había que hacerlo bien sino que rápido con al menos 100 prendas terminadas al día.

Su éxito en el desafío aseguró no sólo su posición dentro del staff de forradoras sino también en la empresa. Ya que dos años después la crisis económica quebró la fábrica y sus dueños sólo recontrataron al 50% del personal para comenzar un nuevo emprendimiento, ella estuvo entre los escogidos.

Diebermann comenzó en 1982 en el mismo lugar y con los mismos dueños aunque las cosas eran muy distintas, no sólo era la falta de gente, sino que los sueldos bajaron a la mitad y se eliminaron todos los beneficios. Don Tito Solari, fundador de la empresa, había caído enfermo y pronto sus tres hijos tomarían el mando de la compañía.

Juan Carlos, el mayor, era muy distinto a su padre, no conocía bien el negocio y se mantenía alejado de sus trabajadores. “No era como don Tito que siempre tuvo la política de puertas abiertas. ¿Te conté de cuando me enfrenté a él por las etiquetas? ¡Ja! El viejo me tuvo que dar la razón porque no quería perderme!”.

---

<sup>14</sup> Costura que corresponde a la unión entre la manga y el cuerpo.

<sup>15</sup> Costura que corresponde a la punta inferior de la espalda

El pegado de etiquetas era una de las posiciones peor pagadas e ideal para trabajadoras primerizas. Pero con la quiebra de la empresa cada vez más cercana se tomó la decisión de no contratar gente nueva y que las trabajadoras que cosieran a mano se turnaran para llenar la vacante. El problema era que ella lo hacía tan rápido que al dueño se le ocurrió dejarla fija en el cargo lo que para ella significaba una reducción drástica de sueldo.

“Yo me voy, en esto pagan por día y a mí no me conviene, sólo usted gana”, dijo a Tito apenas se instaló en su oficina. “¿Y qué es lo que quiere?”, respondió él. “Si usted empieza a pagar por etiqueta seguro que se van a pelear por el puesto y harán todo rapidísimo, yo no tendré que seguir en eso por mucho tiempo y ganamos los dos. Si no, renuncio y usted sigue como hasta ahora solo que con una buena trabajadora menos”.

Nuevamente su negociación fue exitosa y en poco tiempo sus colegas luchaban por acaparar el lugar mientras ella retornaba a su puesto de forradora. Sin embargo tres de años después el Plan Laboral ideado por José Piñera anuló al Código del Trabajo, dejando a los trabajadores sin herramientas de negociación y animando a Juan Carlos y otros empresarios a cerrar las puertas de sus oficinas indefinidamente.

La crisis económica que siguió fue el preludio de una serie de protestas iniciadas en mayo de 1983 por la Confederación de Trabajadores del cobre (CTC) y más tarde sostenidas por diversas organizaciones de trabajadores como el Comando Nacional de Trabajadores (CNT), la Coordinadora Nacional Sindical de Chile (CNS) y la Unión Democrática de Trabajadores (UDT), entre otros. El despertar social promovido por la mano obrera no quedó ajeno a la vida diaria de los trabajadores de la empresa, quienes de a poco comenzaron a organizarse.

“Fueron las viejas –me aseguró una tarde en el supermercado–, llevaban tantos años en la empresa que siempre se habían sentido como dueñas de todo. Don Tito las quería y respetaba, entonces el desprecio de Juan Carlos les parecía un ataque personal

*¿cachai?* Decían que por su culpa todo se había ido a la *cresta* y que debíamos pelear nuestros derechos”.

En 1984 las quejas, en un principio apenas audibles, se habían convertido un clamor colectivo difícil de ignorar. Pero la falta de sindicato desde la quiebra y las restrictivas políticas del Plan Laboral frente a las negociaciones colectivas y huelgas, dificultaban la toma de acciones concretas.

Los trabajadores dudaban y “las viejas” presionaban, en un *tira y afloja* que duró hasta mediados de año cuando las ancianas idearon un plan de huelga tan sutil que ni siquiera parecía tal.

Cuando sonó el timbre a las 1 de la tarde del 6 de agosto para ir a almorzar, 250 personas se quedaron inmóviles. El sonido de máquinas y radios se extinguió, la cocina permaneció vacía y hasta las ollas de almuerzo que el personal de comedor debía calentar, seguían frías. “¡Qué está pasando aquí! –gritó Juan Carlos al entrar a la sala de máquinas– ¡¿Qué significa esto?! ¡Hable alguien!”. Todos se miraban atónitos y asustados, “las viejas” callaban.

¿Hasta ahí habrá llegado su plan o querían tirar a otro a los leones? Nadie lo sabe. Lo único cierto es en que entre la multitud la única voz que se alzó fue la de mi abuela, quien con 45 años, un hijo ingeniero de la Universidad Federico Santa María, casa propia, y dos nietos de su hija menor que mantener, no le tenía miedo a nada.

“Son esos impulsos que le vienen a uno –dijo cuando ya estábamos en la cola para pagar las compras–. La Marinita estaba estudiando para enfermera cuando se embarazó del *Frano* y quiso casarse. Él no tenía mucho y le costaba mantener a la familia, entonces vivían conmigo y yo los alimentaba a todos. Pedrito no ganaba tanto y era difícil. Quería que mi hija volviera a estudiar y que mi *guacho* viajara por el mundo, no que estuvieran preocupados de llegar a fin de mes. En la empresa nos pagaban miseria y me harté así que cuando nadie hablaba levanté la voz, así sin pensar”.

## **Grano de arena**

–Estamos así porque queremos cambios –dijo de pie frente a todos–, estamos cansados de que nos paguen poco y de que no nos reciba en la oficina.

–A ver –respondió Juan Carlos prepotente–, esto hay que discutirlo en privado. Quiero que cinco de ustedes vengan a mi oficina.

El resto del almuerzo se ocupó en definir al grupo de representantes que finalmente fue conformado por tres maquinistas, incluyéndola, más dos planchadores. A las dos en punto se presentaron en la oficina del hijo del dueño quien apenas la vio exclamó:

–Primero que nada ¡¿usted quién es para andar hablando?! ¿Nueva acaso?

–¿Nueva en esta empresa o en la que teníamos antes de la quiebra? –respondió suave pero cortante. “¡Con eso lo dejé callado!” me contaría con una sonrisa de oreja a oreja décadas más tarde.

–Ya –dijo sin dar la palabra a nadie más–, armen un petitorio para ordenar el asunto y entréguenmelo.

15 días después se hallaba el grupo nuevamente en la puerta de la oficina con dos hojas escritas a máquina, que entre otras cosas pedían aumento de sueldo, delantales para los empleados y un par de zapatos al año. Juan Carlos estaba de viaje así que los recibió su hermano menor de 20 años, Enzo.

A pesar de que el joven fue un poco más amable que su hermano no titubeó en poner en duda la legitimidad de sus peticiones. ¿Cómo saber si ellos realmente representaban a la totalidad de los trabajadores? Ni siquiera tenían firmas que lo corroborasen, todo el asunto “carecía de validez”. Llenos de impotencia por la nula disponibilidad al diálogo, el grupo hizo oídos sordos y se dirigió a la Inspección del Trabajo para ver si un abogado podía guiarlos mejor.

Siete días después, cuando Juan Carlos llegó de su viaje se encontró con un recién conformado sindicato y la negociación colectiva en marcha. Se dice que los gritos proferidos en la oficina se escuchaban en toda la empresa. Sin embargo al interior del sindicato las aguas tampoco estaban quietas. La nueva presidenta no había sido elegida por la mayoría y sonaban voces de discordia.

Nuevamente, mi abuela se encontraba en el centro del huracán, su decisión de dar un paso al costado para favorecer a personas con más experiencia no había traído más que problemas. Teresa, la segunda mayoría en las votaciones con un mísero 30%, no parecía ser idónea en el cargo. El colectivo se dividía y perdía fuerza. Presionada por quienes sintieron que su voto había sido desperdiciado, decidió retomar el puesto y educarse, fueron 30 días de caos.

En 1984 Confederación Nacional de Sindicatos de Trabajadores Textiles, del Vestuario y la Confección (Contevch), llevaba solo 4 años de funcionamiento pero ya era un bastión de resistencia frente al abuso obrero en dictadura. Su especialidad era dotar de herramientas a dirigentes sindicales para que enfrentasen de mejor manera las negociaciones frente a los empresarios. Al conocer las leyes y sus escasos derechos los trabajadores se empoderarían y conseguirían cambios.

Por ser Diebermann una empresa de confección, su recién inaugurado sindicato se afilió de inmediato a la Contevch y comenzaron las clases tanto para la presidenta como su directiva. Muchos de los seminarios y cátedras eran realizados en conventos católicos ubicados lejos de la ciudad y sus profesores eran de la talla de Alejandro Foxley y Mariana Aylwin.

El conocimiento de oratoria, leyes laborales, protocolo e historia de Chile, la convirtió de negociadora ocasional en una verdadera líder. Al término de su primer periodo, tres años después, ya había conseguido mejoras en los sueldos y algunas garantías, además de organizar un fondo de ayuda social para proteger a trabajadores accidentados o enfermos. Aquello junto con las fiestas de navidad y de 18 de

septiembre, competencia de alianzas entre secciones y *polla* comunitaria, aseguraron su reelección durante los siguientes tres periodos.

“En la Contevch eran súper comprometidos, entonces uno aprendía y después tenía que enseñar –me explicó cuando tejíamos, yo un poncho y ella un chaleco–. En el 87 tu abuela ya andaba en las fábricas haciendo clases a los trabajadores, explicándoles cómo defenderse sin correr peligro, o sea dentro de la ley. Íbamos en grupo y además de hacer algo bueno la pasábamos súper bien... íbamos a comer a “Don Peyo”, a “Los Buenos Muchachos” o al “Chancho con Chaleco””.

La única sombra en éstos, los mejores años de su vida, eran los celos de su pareja quien no veía con buenos ojos tanta actividad grupal. Domingo, con quien tenía una relación de 10 años, se sentía dejado de lado y celoso de sus amistades, en especial de Manuel Bustos quien además de ser un gran dirigente era un conocido Casanova.

Se habían conocido durante un seminario en Isla de Maipo cuando ella interrumpió la clase de un abogado para pedirle que hablara en términos más mundanos ¿cómo esperaba darse a entender si hablaba como en la Corte? A Manuel le gustó su actitud y desde inmediato *engancharon*, pero su relación nunca fue más que una grata amistad. El único problema era que él era efusivo y Domingo lo malentendía, ahí empezaban los *bochornos*.

Lejos el peor ocurrió en 1989 durante una ceremonia de premiación a los colaboradores destacados de la Contevch. En medio de la cena formal y justo cuando iban a decir su nombre, Domingo llegó enfurecido y la arrastró a casa.

–¿Pero por qué? –pregunté enfurecida–.

–Es que esa vez estábamos sentados Manuel, yo y una chiquilla que le gustaba. Él muy coqueto trataba de conversarle pero como yo estaba en medio los molestaba, así que cuando llegó Domingo lo único que vio fue a Manuel estirado casi encima mío. –

risa estrepitosa— Por supuesto que lo malinterpretó y me llevó de un ala ¡justo cuando iban a decir mi nombre!

—Qué horror...

—Imagínate... por la frescura de ese otro *cagué* y no pude recibir mi premio... y eso que yo ayudé a que fuera presidente.

### **De una vez por todas**

Casi exactamente un año antes, el 22 de agosto de 1988, se hallaba junto a Flor en el terminal de buses para dirigirse a Punta de Tralca. No eran las únicas, cientos de dirigentes sindicales y representantes de las distintas ramas obreras viajarían allí para iniciar la CUT, Central Unitaria de Trabajadores, que continuaría la labor de la desaparecida Central Única de Trabajadores acallada en dictadura.

La indicación era que los grupos se dispersaran lo más posible, ojalá llegaran por distintos medios y en diferente horario para no despertar sospechas. La reunión como era acostumbrado, se realizaría en terrenos pertenecientes a la Iglesia Católica, en este caso del Arzobispado de Santiago, y duraría todo el fin de semana.

En un principio, el Congreso Constituyente se desarrolló con calma pero al pasar las horas militares comenzaron a rodear el perímetro para hacer presión, nadie salió. Las votaciones y conteos duraron toda la madrugada y dieron por ganador a Manuel Bustos con 21.441 votos. “Cuando salimos el domingo ya no podían hacer nada, el asunto estaba cocinado y no podían detenernos. Con la CUT de vuelta éramos invencibles y nos tiramos con todo para apoyar el «No» y sacara a *Pinocho* de una vez por todas”.

En Diebermann, Juan Carlos estaba molesto, con la fecha del primer Referéndum acercándose lo último que quería era una revuelta política en la empresa y el sindicato

no hacía más que caldear los ánimos. Rayados en los baños y discusiones a viva voz entre los trabajadores se habían convertido en rutina.

La tensión estalló el 5 de octubre cuando el «No» ganó el plebiscito y aseguró el inicio del retorno a la democracia. Pero un año después, terminados los abrazos y acabada la euforia, sólo quedaba una pregunta: ¿irá a sobrevivir la empresa? “Ese es el problema de estudiar –me confió mientras comíamos helado directo de la cassata–, mientras todos viven felices uno no porque sabe lo que se viene. Yo sabía que no nos quedaba mucho y la presión por hacer algo me volvía loca”.

La respuesta vino en 1990 cuando Patricio Aylwin junto a la CUT instauraron un programa de vivienda obrera por cuotas. Cada empresa industrial con un sindicato asociado obtendría cierto número de casas a repartir entre sus trabajadores. Ella, desesperada por dejar algo a la gente antes de la quiebra, se volcó de lleno al proyecto e incluso consiguió más cupos de los asignados.

Todo se reducía a los contactos, quien tuviera más simpatías dentro de la CUT podía no sólo cuidar su cuota sino que sacar de las ajenas. La guerra entre dirigentes incluía regalos a las secretarías y manipulación de listas, juego que ella no dudó en seguir. Asegurando en tres años más de 30 viviendas para sus afiliados entre los que estaban algunas de sus amigas más cercanas.

A finales de 1992 y con el juego de las listas a punto de acabarse, la desesperación de a poco volvía a su vida. Fue entonces cuando la CUT le informó que estaba seleccionada para ir a un seminario en E.E.U.U para educarse sobre nuevas formas de organización obrera. Seis meses después tomaría el avión a Washington DC para pasar 15 días en el Centro de Estudios del Trabajo George Meany.

Más de 20 años han pasado y no recuerda ni de lo que se trataban las clases, sólo tiene en mente la visita al puerto de Baltimore, la Casa Blanca, el memorial de John F. Kennedy y cuánto destino turístico hubo cerca. También su cómica reacción al ver el

primer hombre afroamericano de su vida y las tiendas de juguetes sexuales que en Chile ni soñaban con existir.

“Lo que más hice fue comer, probé tantos dulces y pasteles como pude –resumió cuando le pregunté por su viaje—. También compartimos regalos con gente de otros países así que recibí un prendedor bonito. Yo había llevado ollitas de Pomaire y fueron un éxito. ¿Qué más? Te compré una Barbie con vestido de novia”.

Siempre esperé que con los años hubiera más información pero no fue así, lo único relacionado con el seminario en sí que pude recabar fue que para finalizar dio un discurso sobre el rol de las mujeres en la industria chilena ¿Qué habrá dicho? Nadie lo sabe, lo único que insiste en repetir son los detalles de su huida desesperada ante un confundido afroamericano y de la primera vez que vio una muñeca inflable.



Catalina y representante del Centro de Estudios del Trabajo E.E.U.U., 1993

A su regreso, en agosto de 1993, fue reelegida como presidenta para lo que sería su último término. En ese periodo debido a la recalculación de los sueldos por velocidad trabajada, las remuneraciones se dispararon aumentando más de un 50%. La empresa se hundía más que nunca y ella debía tomar una decisión difícil.

Si decía a los trabajadores que congelaran o disminuyeran sus sueldos había una posibilidad de salvar o alargar el tiempo de vida de la fábrica. Todos sabían que sus pagos estaban inflados producto del engaño al sistema de velocidades. Si cada quien

hubiera trabajado honestamente cuando el supervisor tomó su promedio de tiempo, los sueldos serían más o menos los mismos de siempre. Pero por otro lado era muy probable que la gente se aferrara al dinero y no quisiera ver la verdad que se escondía tras la renovada abundancia.

Por supuesto que sucedió lo segundo y los gritos de “¡vendida!” la seguían por los pasillos. Nadie quería escuchar ni entender, sólo acusarla de conspiración con los dueños y fraude. La presión hizo que trabajara el triple para lograr acuerdo entre trabajadores y jefes pero nada de eso sucedió.

En 1995 un *surmenage* causado por el estrés, la sobrecarga de trabajo y el rechazo de los que alguna vez la apoyaron, la dejó en el hospital. El doctor le prohibió participar en las elecciones nuevamente; sí o sí debía dejar la actividad sindical.

“El tiempo me dio la razón y en el 98’ cuando quebramos muchos se acordaron de mis palabras. Lo único que queda es la tranquilidad de que hice lo mejor que pude y que nunca traicioné a mi gente, si ellos no lo quisieron ver en su momento ya es cosa de ellos. Al menos mis amigas siempre estuvieron a mi lado”.

## **No más**

“El 98’ fue el peor año de mi vida –me dijo hace mucho tiempo atrás–. El 11 de febrero terminé con Domingo y me fui de su casa a escondidas como una cobarde. El 20 de abril murió mi papá de cáncer a la laringe y a inicios de septiembre se terminó la fábrica. En un año había perdido todo...”.

En medio del vacío emocional, lo único seguro era que había que seguir trabajando, estar en casa le daba tiempo para pensar y eso dolía ¿pero a los 59 años quién la iba a contratar? Increíblemente el primero en tenderle una mano fue nada menos que Sergio, mejor conocido como “pelado maldito”, a quien incluso una vez, en medio de una discusión y frente a todos, había llamado “perro nazi”.

El taller donde la ubicó quedaba en San Pablo con Brasil y también hacía ropa de hombre, la única condición para su estadía era que no contara a nadie sobre su pasado sindical. Todo iba bien pero tras un año, hubo despidos masivos y ella fue desvinculada en favor de quienes tenían más antigüedad.

A fines de 1999, ya jubilada, volvió a la búsqueda de empleo que a estas alturas se volvía tediosa. Entre lo poco y nada que salía en el diario, El Águila parecía la única buena opción, era grande y había sobrevivido todas las crisis, incluso algunas de sus amigas trabajaban allí. Sin mucho esfuerzo pasó todas las pruebas y quedó.

La especialidad de la fábrica era ropa femenina y de mezclilla por lo que le asignaron la posición de pegado de cierres, una de las pocas en común con sus empleos anteriores. El pago era regular, el sitio bien organizado y el almuerzo gratis. Sentía que había llegado al lugar correcto; la tranquilidad duró sólo dos días.

Al tercer día se encontró en el pasillo con Juana, una mujer que había participado en la Contevch durante los años 80'. Su saludo fue cálido y compartieron anécdotas pasadas, todo en cercanías de una jefa de sección. Media hora después llegó el gerente acompañado por dos guardias de la empresa.

–¿Usted es Catalina Iturrieta? –preguntó ante la mirada atónita de sus compañeras–.

–Sí, yo soy.

–Acompáñeme por favor, recoja todas sus cosas.

Quería llorar de humillación pero se aguantó, rápidamente recogió sus cosas y dio la caminata más larga de su vida por los corredores de la empresa hasta los casilleros, los guardias no la dejaron sola en ningún momento. A la salida y ya con todos sus objetos en mano, el gerente le dijo que no quería a ningún sindicalista entre su gente.

“Los *gallos* incluso me siguieron hasta la puerta como para asegurarse de que no volviera, igual que a una ladrona... –me contó hace solo meses atrás– todo por haber sido del sindicato. Fue la peor humillación de mi vida... aún me duele”.

Tras la desilusión y aun asustada, decidió buscar empleo con gente que la conociera de antes y así llegó a Jacobo Lewis. Muchos de sus ex compañeros y amigas trabajaban allí y el rubro era ropa masculina por lo que se sentía en casa, el único problema eran las condiciones. El galpón de la calle San Pablo donde se ubicaba el taller no tenía ningún tipo de calefacción y nylon roto reemplazan los vidrios de las ventanas.

El frío en invierno y el calor del verano eran extremos, tanto que a veces solo permanecer sentada en la máquina era intolerable. Para peor con el tiempo el negocio decayó y los sueldos se atrasaban, las imposiciones ni siquiera existían. Dos años después incluso venían del Servicio de Impuestos Internos a buscar al dueño, quien evadía los controles disfrazándose de planchador.

Una mañana a mediados de 2004, y tras más de 40 años de trabajo, simplemente no quiso ir más; estaba cansada. Sin pensarlo mucho renunció y se fue a casa. “No pienso coser más”, se dijo, pero a los 5 meses ya estaba desesperada buscando qué hacer porque sentía que ser dueña de casa no era lo suyo. Una vecina que mantenía un taller casero la reclutó para unirse a su emprendimiento.

“Con la Olga volví a coser pero desde la casa, también recibía pequeños arreglos de los vecinos como antes y eso me entretenía. El problema era que, como siempre pasa en estas *pegas* informales, pagaban poco y mal. A veces recibía el 75% de lo acordado y lo demás quedaba en deuda y así”.

Con todos fuera estudiando o trabajando, la soledad de a poco la consumió. La pieza de costuras que alguna vez fue un refugio se sentía como prisión y la depresión comenzó a hacer estragos en su vida. En medio de la crisis se prometió no volver a coser nunca más.

Hoy pese a que la tristeza cedió, mantiene su promesa. Las agujas le traen demasiados recuerdos que simplemente no puede manejar, “ya no soy la misma de antes –suele decir–, la Catalina de hoy no cose”.

Cuando le conté el tema de mi memoria un año atrás se rió.

–¿Cómo no vas a tener nada más que escribir? ¿Qué tal algo importante?

–¡Pero si es importante!

–Inventa otra historia, nadie se va a dar cuenta. Además yo ya no hago nada...

–*Filo* con su opinión. Total yo me acuerdo de todo ¡cuando la termine va a ver!

–Ya... ya, pásame el cuaderno mejor será.

Las anotaciones en su acta de secretaria, porque no pudo aguantarse las ganas de tener un cargo en el Centro de la Tercera Edad a la que asiste, decían: “Hoy se discutió el tema de la cuota para la once y la presidenta dijo que...”.

## Epílogo

“Mediante el trabajo ha sido como la mujer ha podido franquear la distancia que la separa del hombre. El trabajo es lo único que puede garantizarle una libertad completa”, afirmaba Simone de Beauvoir a mediados del siglo XX, cuando los movimientos feministas eran una realidad innegable en Europa y Estados Unidos. Y si bien en Chile los cambios seguían haciéndose esperar, hasta la ley de divorcio tardó una eternidad, la frase resumía bastante bien la situación; eran las mujeres trabajadoras las que empujaban las ruedas de la reforma.

Es en este escenario que la industria textil y de confección toma un rol principal en la emancipación de género del país, por ser el único nicho industrial en utilizar mano de obra femenina de forma masiva durante el siglo XX.

De acuerdo al análisis de Godoy, Díaz y Mauro, “(...) desde el censo de 1885 hasta el de 1907, la rama concentró al mayor número de ocupadas (1885, 49,5%; 1895, 46,7%; 1907, 34,4%), y en las industrias de confecciones y textil, las mujeres representaron más del 80% de los ocupados” (2009:78). Prevalencia laboral que se mantiene hacia la segunda mitad de siglo pese al aumento en la diferenciación laboral, siendo sólo superada por el oficio de empleada doméstica (1952, 22%; 1960, 15,2%; 1970, 17,7%).

La asociación entre lo femenino y esta ocupación no era un fenómeno nuevo, los estándares de género la habían consignado como trabajo aceptable desde tiempos bíblicos, “Mujer virtuosa, ¿quién la hallará? Su estima sobrepasa a la de las piedras preciosas (...) Busca lana y lino, y con voluntad trabaja con sus manos” (Proverbios 31:10, 13). Y la Revolución Industrial no hizo más que perpetuarlos en un contexto económico nuevo, desplazando el trabajo desde el hogar a la fábrica.

Sin embargo, la sola posibilidad de acceso a un trabajo asalariado estaba lejos de solucionar los problemas de equidad, las mujeres ganaban menos dinero y seguían

siendo consideradas sujetos de segunda categoría. La clave del cambio, más que en el trabajo en sí, yacía en la unidad que proporciona la convivencia diaria y su evolución hacia una conciencia de grupo y más tarde de género.

Prueba de ello es que las primeras sociedades femeninas del país nacieron bajo el alero del trabajo y la solidaridad entre pares, como la Sociedad de Obreras de Socorros Mutuos de Valparaíso, fundada en 1887 por las costureras del taller *Casa Gunter*; la Federación Cosmopolita de Obreras en Resistencia, que integró a costureras y obreras del calzado de Valparaíso en 1903; y la Asociación de Costureras “Protección, Ahorro y Defensa”, iniciada en 1906 por Esther Valdés de Díaz, destacada obrera *corpiñera*. Esta última organización también tomaría el rol comunicacional del movimiento bajo la forma de periódico bimensual con *La Alborada* (1905-1907) y su gemelo *La Palanca* (1908).

Si bien en un comienzo las organizaciones centraban su quehacer en resolver los problemas inmediatos relacionados con “(...) la desgracia y la protección de su fuerza de trabajo como factor de protección y sobrevivencia” (Illanes, 2003: 321), a partir de 1910 el foco lentamente avanzó hacia el plano político y de reivindicación de género.

Este cambio se vio reflejado en los escritos publicados por *La Alborada* y *La Palanca*, que para Ossandón y Santa Cruz, realizan “el cruce entre género y clase” (2005: 261). Diferenciándose de sus predecesores debido a que la “base argumentativa es la liberación de las mujeres y los hombres de la explotación comercial, enfatizando que, en ese proceso de emancipación, la supresión de los sistemas de opresión de las mujeres es condición necesaria” (2005: 262).

En referencia al cambio, los autores citan el texto de 1908 “Hacia nuestra emancipación”, parte del primer número del periódico *La Palanca*.

“La educación de nuestra compañera de explotación y miseria ha sido enormemente descuidada, debido a la indiferencia con que se le ha mirado y al poco aprecio de sus fuerzas para la lucha por la

conquista de nuestros derechos (...) no llegará la emancipación del hombre, mientras no la secunde la mujer. No seremos dignos de la libertad en tanto mantengamos a la mujer en esclavitud” (2005: 262).

En este escenario proliferan múltiples organismos entre los que se cuentan los Centros Feministas Belén de Sárraga (1913), el Consejo General Femenino (1917) y el Consejo Nacional de Mujeres (1919). Este último avanzó hacia la creación del Partido Cívico Femenino (1922) y dos años después al Partido Demócrata femenino, cuyo accionar sumó esfuerzos al Movimiento Pro-Emancipación de las Mujeres de Chile para la conquista del sufragio universal, el divorcio y la protección a la maternidad.

“Desde la hilacha” se centra en lo que sucedió con las obreras de la industria textil y de confección a partir de 1960, cuando ya teniendo una mujer en el congreso, ley de nulidad de matrimonial, y jubilación garantizada, o sea lo mínimo para sobrevivir en dignidad, el eje de la lucha de género migró hacia materias valóricas y sociales. Godoy, Díaz y Mauro, observan el cambio progresivo en los resultados de encuestas de opinión en realizadas en entre los 60’ y 70’.

Una de ellas es el estudio de Mattelart y Mattelart en 1968, que buscaba conocer la situación e la imagen de la mujer y que constató la existencia de “un fuerte rechazo hacia el trabajo fuera del hogar de la mujer casada (...) se asociaba con abandono del hogar, posible promiscuidad y mayores niveles de independencia femenina, lo que deterioraba las relaciones conyugales” (2009: 85).

Apreciación que se flexibiliza tan solo 5 años después, de acuerdo a los resultados de una investigación del Instituto Laboral y de Desarrollo Social del Ministerio del Trabajo. Los autores destacan:

“madres, esposas y dueñas de casa eran roles que poco a poco habían ido ‘perdiendo su valor incuestionable’ (...) Algunas evidencias de este cambio: un 62% de las entrevistadas mostraban una posición favorable para incorporarse a la fuerza de trabajo; un 45,4% señaló

que no correspondía que existiera una segregación de roles entre el marido y la esposa (responsabilidad económica, cuidado de los hijos y toma de decisiones), (...) un 54,4 % que el cuidado de los hijos correspondía a ambos; y un 92,3 % que ambos tomaban las decisiones” (2009: 87).

Temas como el aborto, el rol familiar, y la libertad de vestimenta, entraban en crisis y las filas de mujeres, cada día más gruesas, de este nicho industrial estaban en la primera fila del cambio.

Es así como, según los mismos autores, el aumento en la participación laboral femenina logró poner tensión “los referentes de género que asignaban en forma exclusiva a los hombres el trabajo productivo y a las mujeres el trabajo reproductivo, y los modelos de familia que se sustentaban en dicha distribución del trabajo. (...) especialmente por el mayor distanciamiento de las mujeres de repertorios, que centraban sus identidades predominantemente en el ser madres y dueñas de casa” (2009: 89).

Por ello conocer las historias, motivaciones, triunfos y fracasos de estas mujeres, cuyas decisiones redefinieron a la sociedad, es entender el mundo en el que vivimos hoy.

## **Entrevistas propias**

- 1.- Flor. Realizada el 8 de marzo de 2014.
- 2.- María Eugenia. Realizada el 10 de marzo de 2014.
- 3.- Elena. Realizada el 5 de abril de 2014.
- 4.- Miriam. Realizada el 12 de abril de 2014.
- 5.- Catalina. Recopilación de relatos desde el año 2000 al 2014.

## **Bibliografía**

### **a) Libros**

GAVIOLA, E. (1986). Queremos votar en las próximas elecciones: historia del movimiento femenino chileno 1913-1952. Santiago, Chile: Arancibia Hermanos.

GODOY, L, DÍAZ, X. & MAURO, A. (2009). “Imágenes sobre el trabajo femenino en Chile, 1880-2000”. Revista Universum. N° 24, vol. 2. pp 74 a 93.

ILLANES, M. (2003). “La revolución solidaria. Las sociedades de socorros mutuos de artesanos y obreros: Un proyecto popular democrático”. En Des-centrado. Santiago, Chile: LOM. pp 263-361.

KIRKWOOD, J. (1982). Feminismo y participación Política en Chile. Santiago, Chile: Flacso.

La Biblia Latinoamérica (11° ed.). España: Ediciones Paulinas Verbo Divino.

LABARCA, A. (1947). Feminismo Contemporáneo. Santiago, Chile: Zig-Zag.

MELLER, P. & TOCMAN, A. (1996). “Apertura comercial y diferencial salarial en Chile”. En El modelo exportador chileno. Crecimiento y equidad. Santiago de Chile: Cieplan. pp. 87-39.

OSSANDÓN, C. & SANTA CRUZ. E. (2005). “El estallido de las formas: Chile en los albores de la ‘cultura de masas’”. Santiago, Chile: LOM.

RAMOS-ESCADÓN, C (2004). Industrialización, género y trabajo femenino en el sector textil mexicano: el obraje, la fábrica y la compañía industrial. México: CIESAS.

REINECKE, G. (1997). Flexibilidad, Innovaciones y Cadenas Productivas: La Industria Textil y del Vestuario en Chile. Santiago, Chile: Organización Internacional del Trabajo.

TURNO, J. & MOSLARES, C. (2007, Junio) “De la industrialización mediante sustitución de importaciones a la liberalización y diversificación comercial”. Boletín Económico de ICE. N° 2914. pp. 49-62.

#### **b) Artículos de prensa y notas electrónicas**

AGLIATI, C. & MONTERO, C. (2002). Prensa de mujeres 1900-1925: Abriendo espacios para la interpretación. Cyber Humanitatis. Recuperado el 15 de junio de 2014 en <http://www.cyberhumanitatis.uchile.cl/index.php/RCH/article/view/5619/5487>

DÉLANO, M. (1988, 23 de agosto). “El democristiano Bustos, nuevo presidente de la CUT chilena”. El país. pp. 2.

ROCHA, P., OSORIO, P. & VILLARROEL, J. (2005, Agosto). “Políticas de vivienda social en el gran Santiago: Proletarización de los sectores populares urbanos”. Scripta Nova. Vol. IX, N° 194. Recuperado el 24 de octubre de 2014 en <http://www.ub.edu/geocrit/sn/sn-194-31.htm>

#### **c) Documentos**

Dirección de Estadísticas y Censos (1960). “Censo Población 1960. Resumen País”. Santiago de Chile. Recuperado el 12 de agosto de 2015 en <http://www.ine.es/inebaseweb/71807.do?language=0>

Instituto Nacional de Estadísticas (1970). “Población Total País”. Santiago de Chile. Recuperado el 12 de agosto de 2015 en <http://www.ine.es/inebaseweb/71807.do?language=0>

MACCAA, R. “Chile XI Censo de Población (1940)”. Santiago de Chile: Centro Latinoamericano de Demografía. Recuperado el 12 de agosto de 2015 en <http://www.ine.es/inebaseweb/71807.do?language=0>

Servicio Nacional de Estadística y Censos (1952). “XII Censo General de Población y I de Vivienda”. Santiago de Chile. Recuperado el 12 de agosto de 2015 en <http://www.ine.es/inebaseweb/71807.do?language=0>

